

Sentimientos equivocados

Anne McAllister

U.S.

Sentimientos Equivocados

Anne McAllister

2º Fletcher
Sentimientos Equivocados (2000)
Título Original: Fletcher's baby ()
Editorial: Harlequin Ibérica
Serie: 2º Fletcher
Sello / Colección: Bianca 1148
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Sam Fletcher y Josie Nolan

Argumento:

Sam Fletcher era un empresario de éxito, acostumbrado a mandar. Siempre se enfrentaba con éxito a cualquier situación, por muy difícil que fuera. Por eso, cuando Josie Nolan le dijo que estaba esperando un hijo suyo… Bueno, Sam se quedó algo perplejo, pero no por ello iba a flaquear.

Con un Fletcher en camino, tendría naturalmente que haber boda. A Sam el matrimonio le parecía la solución lógica al problema del embarazo, pero Josie deseaba casarse por amor, no por las convenciones sociales. El nacimiento del bebé era inminente y Sam tenía que convencer a Josie lo antes posible…

Capítulo 1

SAM Fletcher estaba acostumbrado al desfase horario posterior a un largo viaje en avión.

Se conocía al dedillo la sensación de cansancio en los ojos, la modorra general y la tendencia a bostezar en el momento más inoportuno. Pero era la primera vez que se le taponaban los oídos.

— ¿Qué es lo que ha hecho Hattie? —miró a su madre, que se le echó encima nada más entrar en su apartamento.

Eso en sí ya era raro. Amelia Fletcher vivía en el mismo edificio de la zona nordeste que su hijo, pero su lema era no imponerse, cosa que le parecía una descortesía. Y Amelia Fletcher nunca había sido tachada de maleducada en su vida.

Sin embargo allí estaba, a la una de la tarde, tres de la madrugada en Tokio, que era de donde había llegado Fletcher, en el vestíbulo de su apartamento de la Quinta Avenida con un papel en la mano.

—El abogado dijo que no podía esperar hasta que volvieras a los Estados Unidos para leer el testamento —le informó—. Y como yo tenía poder mientras estuvieras fuera, ha sido completamente legal hacerlo sin ti.

—Por supuesto, pero...

Se veía que había perdido el oído totalmente. Sabía que su adorada y excéntrica tía Harriet había fallecido la semana anterior y aunque sentía no haber podido asistir a su funeral por estar fuera, no entendía qué tenía que ver con él el testamento.

—Te lo ha dejado todo —le repitió su madre.

Eso era lo que le había parecido oír la primera vez. Sam sacudió la cabeza con rapidez.

— ¿Todo? Quieres decir la... —su voz se fue apagando mientras asimilaba lo que la palabra todo podría implicar en el caso de su tía Hattie.

Para dejárselo aún más claro, su madre se puso a leerle la lista.

—La casa, es decir, el hostal, y todo el mobiliario, incluidos los jarrones Ming; la cristalería de Tiffany y su colección completa de bocetos de Grant Wood —su madre cambió a un tono más bajo para continuar—. También te ha dejado tres gatos: Clark Gable, Errol Flynn y Wallace Beery —miró a Sam divertida—. Y un perro llamado...

—Humphrey Bogart —dijeron los dos al unísono.

Se apoyó contra la pared y suspiró largamente; tampoco tenía demasiada gracia.

Amelia no dejaba de sonreír.

—Eso es —miró de nuevo a la lista—. Y un periquito.

Sam suspiró de nuevo.

—Fred Astaire.

—Y también —terminó su madre haciendo una floritura—. Un objeto sin identificar llamado Josephine Nolan.

Sam se puso derecho como una vela.

— ¿Cómo?

Amelia dio un paso atrás, sorprendida por la vehemencia de su reacción.

—Es lo último que aparece en la lista que el abogado me envió por fax. Josephine Nolan —sonrió de nuevo—. Nunca he oído hablar de Josephine Nolan. ¿Qué te parece que es? ¿Un conejo? ¿Un hámster? ¿Una tortuga?

A Sam no le hacía ni pizca de gracia. Sabía perfectamente qué era Josephine Nolan.

— ¿Qué demonios ha hecho Hattie dejándome una mujer?

Shakespeare sin duda tenía razón. Lo primero era matar a todos los abogados, empezando por Herman Zupper, fiel sirviente de Hattie.

— ¿Qué quiere decir con que se ha marchado de vacaciones? —preguntó Sam cuando la secretaría de Zupper le dijo que su jefe no estaba.

—Durante un mes —contestó tranquilamente—. Él y su esposa se han ido a Alemania a celebrar sus bodas de oro. Por eso fue por lo que tuvo que hablar con su madre antes de marcharse.

—Es absurdo —murmuró Sam enojado—. ¿Por qué diablos iba a hacer Hattie una cosa así?

Encima de todos los problemas que ya tenía, uno más. Era el dueño y el presidente de Importaciones Fletcher, uno de los negocios más exclusivos del ramo en todo el mundo. Empresas como Gumps y Neiman Marcus se morirían por poder ofrecer algunos de los productos que él importaba para la venta. Pero el hecho de ser el dueño no significaba que se durmiera en los laureles. Al contrario, viajaba por todo el mundo, en busca de nuevos tesoros, negociando tratos multimillonarios. ¡No tenía tiempo de dejarlo todo para hacerse cargo de un pequeño hostal en Dubuque, Iowa!

—Le aseguro que todo está en perfectas condiciones —le informó la secretaria, creyendo que él pensaba que le habían endilgado una cochambre.

Sam gruñó de nuevo. Sabía que el hostal de Hattie era un negocio rentable. El hostal, una mansión victoriana de unas veinte habitaciones situada sobre un risco con vistas a la población de Dubuque y al río Mississippi, era un lugar encantador.

Incluso para él se había convertido en una especie de refugio cuando las presiones de la vida cotidiana se le hacían insoportables. Hattie, una viuda sin hijos, siempre lo había recibido con los brazos abiertos.

En realidad, recibía con los brazos abiertos a todo el mundo, pensó

Sam con preocupación.

La Mansión de los Escudos, que así se llamaba el hostal, tenía la colección de objetos superfluos más grandes que Sam había visto en su vida.

Los tres gatos no eran más que una indicación de su lamentable tendencia a recoger las cosas que otras personas tiraban. Supuso que debía considerarse afortunado de que al morir su tía tan solo contara con tres gatos, dos perros, un periquito…

Y Josie Nolan.

¡Eso era un problema bien distinto! Había supuesto que Hattie, que no tenía hijos, le dejaría todo a Josie, a quien amaba como si fuera su hija. ¿Qué demonios había hecho dejándole a Josie a él?

Se aclaró la voz.

— ¿Cómo es el asunto ese acerca de… Josephine Nolan? —le preguntó a la secretaria.

— ¿Josephine Nolan? —la secretaria parecía confusa.

—En el testamento aparece —le explicó Sam, sintiéndose ridículo —. Hattie me dejó los gatos, el perro, un pájaro y a Josephine Nolan.

—Lo siento pero no conozco los detalles del legado. Aunque podría enterarme, si así lo desea.

—No importa, yo lo haré —colgó, se recostó en el asiento y se puso a mirar al techo.

Su madre, a Dios gracias, se había marchado después de soltarle la noticia bomba. Amelia jamás había sido amante de los líos, y al ver la cara que había puesto su hijo al mencionarle a Josie no le pareció que augurara nada bueno. Se acercó a él y le dio un beso en la mejilla, antes de desaparecer por la puerta.

—Nos veremos cuando hayas descansado, cariño —le había dicho antes de salir—.

No te preocupes. Ya conoces a Hattie; siempre le gustaron las bromas.

¡Pues vaya broma!

Josie Nolan era la encargada de Hattie en el hostal. Josie, hija adoptiva de unos vecinos al hostal, solía pasarse horas mirando con añoranza hacia la casa de Hattie y a su marido Walter, y un día Hattie le propuso adoptarla y vivir con ellos.

Con el tiempo le había pagado a Josie los estudios y cuando se graduó, Josie había vuelto a ayudar a Hattie.

Cuando Sam conoció a Josie era una quinceañera de ojos grandes y cabellos negros, que se ruborizaba cada vez que él la miraba. Pero no había vuelto a verla hasta el otoño pasado, cuando se fue a ver a su tía para evitar tener que ser padrino de la boda de su ex prometida.

Al verla, apenas la había reconocido. Seguía teniendo los ojos grandes y el pelo negro, pero tenía los pechos turgentes y unas piernas

preciosas.
Al verle las piernas a Sam le había impresionado lo largas que las tenía.
¡Maldita sea, ni siquiera recordaba cómo tenía las piernas Izzy, su ex novia!
Desde entonces no había sido capaz de dejar de pensar en Josie Nolan. Pero tan solo, se decía a sí mismo, porque aún se sentía mal porque lo habían dejado plantado. Solamente se había fijado en ella igual que se había empezado a fijar en otras mujeres, en un intento de recuperar el equilibrio emocional y vital después de que Izzy lo echara de su vida.
En realidad, sabía que su ex había hecho bien en romper el compromiso. Por eso no había reaccionado mal; incluso lo había entendido. Con solo mirar a Izzy se había dado cuenta que lo que sentía por Fina, el hombre con quien se había casado, jamás lo había sentido por él.
Por el contrario, no le había resultado fácil mostrar- se amable y comprensivo; todo tenía un límite. No podría haber soportado estar en el altar de la iglesia mientras Izzy se casaba con otro hombre.
Por esa razón se había marchado a Dubuque y pasado una semana pintando, empapelando, cambiando algunos cables... y otras cosas.
En ese momento eran esas otras cosas lo que le preocupaban.
¿Le habría contado Josie a Hattie lo que había pasado la última noche? Sam deseaba que alguien pudiera resolverle sus dudas... O tal vez no.
Recordaba algunas cosas. Si cerraba los ojos se imaginaba el rostro bañado en lágrimas de Josie Nolan al abrirle la puerta de su dormitorio. Él no debería haber llamado a esa puerta; tendría que haber ignorado los ahogados sollozos de Josie y dejar de hacer de buen samaritano.
Dios sabía que no había estado él en condiciones de consolar a alguien en una noche en la que era él el que necesitaba ser consolado. Esa noche Izzy y Finn se habían casado. Y aunque se alegraba por Izzy y sabía que se iba a casar con el hombre adecuado, no le animaba demasiado el saber que no había sido él.
Justo después de la cena, había subido a su dormitorio con una botella del mejor whisky irlandés de su tío Walter, esperando quizá que la compañía del whisky le hiciera olvidar.
Quizá fue el licor lo que le agudizó el oído o tal vez las paredes fueran más finas de lo que recordaba. Sabía que Josie estaba esperando a su prometido, Kurt, para salir a celebrar el cumpleaños de ella. La había visto paseando de un lado a otro del vestíbulo, luego de pie en el porche, mirando hacia la carretera con expectación.
¿Acaso aquel bastardo no se iba a presentar?

Sam aún no lo sabía.

Pero cuando fue y llamó a la puerta del dormitorio de Josie y ella le abrió en camisón y bata, con la cara llorosa, entonces se enteró. Debería haberse dado media vuelta y echado a correr, pero en vez de eso se quedó a consolarla. Le sonrió con amabilidad y le dijo:

—Las penas compartidas son menos penas, o al menos eso dicen. Ven a tomarte una copa conmigo.

Y ella fue, pero nunca debería haber ido.

De lo que había ocurrido después tenía recuerdos borrosos.

Recordó sonrisas tristes, voces quedas y discretas caricias. También vagamente haberle enredado los dedos entre los cabellos y también aspirando con deleite la suave fragancia a canela y champil que durante toda esa semana había asociado directamente con Josie. Recordó haberle acariciado las suaves y larguísimas piernas.

Más tarde, tras unos cuantos brindis más a prometidos perdidos y otros ausentes, se habían acariciado y besado con más pasión. Y luego, ay, Dios mío, recordó esas piernas enrolladas alrededor de su cuerpo.

Y más tarde…

Recordó la resaca que había sufrido al despertarse a la mañana siguiente; que luego sonó su teléfono móvil y a su secretaria Elinor diciéndole que el señor Nakamura llegaba en avión esa misma tarde para hablar con él sobre el cargamento de muebles de madera de teca que le había prometido.

Atontado y con un terrible dolor de cabeza, Sam le aseguró que estaría allí.

Después había mirado a su alrededor para ver si todo ello no había sido más que un sueño. Josie, como era la encargada del hostal y preparaba los desayunos a los clientes, se había marchado.

No había constancia de su paso por allí, aparte de los dos vasos sucios sobre la mesita junto a la chimenea. Cuando Sam había hecho la cama, se había encontrado sus braguitas entre las sábanas.

Había hecho las maletas antes de bajar. Sabía que tenía que hablar con ella, pero no tenía idea de qué le diría.

Al bajar, se había encontrado a Hattie en la cocina, pero no a Josie.

—La llamó Kurt —le había informado Hattie—. Quería verla esta mañana. Copo ayer por la noche no vino, le he dicho que se fuera a verlo —Hattie había sonreído—.

Sentirá no haberse despedido de ti.

Sam lo había dudado mucho.

Seguramente estaría arrepintiéndose de lo que había ocurrido la noche antes.

Estaba visto que nada más llamarla Kurt había corrido a verlo. Bueno, había pensado Sam, era lo lógico. Le había ahorrado hacer el

ridículo delante de ella al intentar disculparse.

Pero tan solo durante siete meses.

Entonces tendría que hacerlo. Y también tendría que arreglar la tontería de que Hattie le hubiera dejado el hostal a él. Era Josie la que había hecho de aquel lugar un próspero negocio; ella la que merecía quedarse con el hostal, no Sam. Sam decidió que se lo regalaría a Josie.

No, no sería posible, maldita sea. Habría problemas de impuestos. Para él claro, no para ella. Sus ingresos le permitirían hacerse cargo de esos gastos, pero no a Josie. Si le daba el hostal, Josie no se lo agradecería porque no podría mantenerlo.

Tal vez, pensaba, ni siquiera lo querría; tal vez se habría casado ya con Kurt.

El acartonado de Kurt seguramente no tendría interés en el negocio; no desearía nada que pudiera distraer a Josie de su persona.

Sam gruñó de nuevo, intentando encontrar una solución. Sabía que de no sufrir aquel desfase horario podría resolver esa situación sin problemas.

Seguramente todo tendría sentido por la mañana.

Estaba demasiado cansado para levantarse del sofá e irse hasta el dormitorio a dormir. Se acurrucó sobre el cómodo tresillo y el último pensamiento consciente que tuvo fue para su tía.

¿Dondequiera que estuviera, qué diablos estaría tramando?

Se dio a sí mismo veinticuatro horas para viajar en avión hasta Dubuque, arreglar el asunto del hostal, llegar a algún tipo de acuerdo con Josie sobre cómo llevar el negocio hasta que encontrara un comprador y volver a Nueva York para recibir a un grupo de hombres de negocios tailandeses que no podía dejar de lado.

Habría preferido esperar a que volviera Herman Zupper y encasquetarle a él el asunto del hostal, o bien gestionar todo ello por fax o por teléfono.

En realidad, prefería no haber heredado ni tener que ir hasta allí.

Pero iría, porque Hattie había sido siempre buena con él; lo había querido y apoyado toda la vida, sobre todo cuando le cayó encima todo el peso del imperio Fletcher, del que era el único heredero.

En esos momentos deseé no haber rechazado su invitación a hacerle una visita en Navidad. Le había sorprendido escuchar su voz por teléfono en aquella fría tarde de diciembre. Cuando Hattie quería decirle algo solía enviarle un telegrama. Pero aquella tarde, cosa rara, lo había llamado por teléfono.

—Deberías venir, Sam —le había dicho.

Pero como no había insistido como habría hecho normalmente, le había resultado fácil decir que no.

Le había dicho que estaba ocupado, muy ocupado. Y, además, era

verdad.

¿Pero tan ocupado como para no poder pasar la última Navidad con su tía?

Pues no tanto. Se podría haber tomado unos cuantos días libres, haberse llevado a Amelia y haber pasado esas fechas con Hattie.

Pero no lo había hecho por lo que había pasado entre él y Josie. Se habría sentido incómodo. Maldita sea, ella y Kurt se iban a casar en diciembre, cuando él terminara la carrera.

Sam había pensado que quizá habría tenido que asistir a su boda y ser el padrino.

No, gracias. Pero por culpa de eso no la había visto durante los últimos meses de su vida y ya era demasiado tarde para arrepentimientos. De todos modos, iba a ir porque la quería y porque se lo debía.

Y Sam Fletcher siempre pagaba sus deudas.

—Hola Sam —el viejo de cabellos canosos lo saludó desde el banco del porche donde estaba sentado en cuanto Sam salió del coche de alquiler y echó a andar por el camino que cruzaba la amplia zona de césped delante de La Mansión de los Escudos

—. ¡Ya era hora de que vinieras por aquí!

—Hola Benjamín —Sam sonrió al ver al hombre y apretó el paso; llegó al porche y le estrechó la mano—. ¿Qué tal estás?

El viejo se recostó en la butaca con un suspiro.

—Si quieres que te diga la verdad, echo mucho de menos a Hattie.

—Sí —dijo Sam con pesar.

Era lógico. Benjamín Blocker le debía mucho a Hattie. Al igual que Josie, era uno de los protegidos de su tía.

Años atrás, Benjamín había trabajado para el marido de Hattie en el barco propiedad de Walter que surcaba las aguas del Mississippi; pero Benjamín bebía demasiado y lo había despedido.

Prometió dejar la bebida y se apuntó a diferentes programas para ello, pero ninguno parecía funcionar. De vez en cuando, se presentaba a la puerta de Walter, comía con ellos y empezaba otra vez a trabajar en el barco.

Luego, el año en que murió Walter, Benjamín se presentó a la puerta cuando Hattie estaba en medio de una crisis de fontanería. Benjamín sabía de eso y le arregló la avería.

Hattie, en un arranque de gratitud le dijo:

— ¿Por qué no te quedas aquí? Siempre hay cosas que hacer y reparar en el hostal.

A Sam no le había parecido una buena idea y así se lo había hecho saber a su tía. Pero Hattie se había encogido de hombros y había dicho:

—Hay que darle una oportunidad.

— ¿Lo dices en serio? —Sam recordaba que había dicho el viejo.

Hattie asintió.

—No me vendría mal tener un hombre en casa para echarme una mano cuando lo necesite.

Benjamín se quedó. Y el hecho de ser útil, verdaderamente útil, hizo más que ninguno de los programas para alcohólicos a los que había asistido. El hombre aprovechó la oportunidad que le había brindado Hattie y dio gracias al cielo. Sam estaba seguro de que no había vuelto a beber; al menos no se había enterado de que se emborrachara. Benjamín se encargaba del mantenimiento del edificio. Instaló una bañera de hidromasaje en cuatro de los dormitorios y desde luego se ganó el Sustento.

Más adelante ese mismo año, cuando Hattie compró una casita algo más abajo con la intención de utilizarla para alquileres a largo plazo, Benjamín la ayudó a restaurarla y luego se mudó al piso de abajo como guardés de la propiedad. Hacía algo más de un año que Hattie le había cedido la propiedad.

Y seguramente sería por eso por lo que no le había dejado nada a Benjamín en su testamento.

O a Cletus, otro de los protegidos de Hattie, que en ese momento subía por el camino. Cletus tendría quizá unos setenta y cinco años, frente a los ochenta de Benjamín y él también había llevado una existencia sin norte cuando Hattie lo había conocido en un comedor de beneficencia. Habían empezado a hablar de lo bonitas que estaban aquel año las lilas y Hattie lo había invitado a que fuera a ver las suyas.

Había llegado en bicicleta, andrajoso pero limpio, con una americana azul marino algo raída, unos pantalones caqui y un ramillete de lilas en el ojal.

Opinó que las de Hattie necesitaban una buena poda.

—Hay que hacerlo en otoño —le había dicho; seguidamente había contemplado el césped y los jardines con ojo crítico—. A esas petunias les hacen falta unas telas metálicas para sujetarlas y la parra necesita una pérgola mejor que la que tiene.

— ¿Puede hacer una pérgola? —Hattie le había preguntado.

Cletus le había hecho una pérgola y desde entonces se había quedado allí. En ese instante dejó sobre el césped la carretilla llena de tiestos y miró a Sam de arriba abajo.

— ¿Cómo te va, Cletus? —Sam le tendió la mano.

Cletus gruñó y le estrechó la mano, pero fue más que un apretón.

—Has tardado mucho en venir.

Sam frunció el ceño.

—He venido en cuanto he podido. Estaba en Asia cuando murió Hattie, por eso no pude asistir al funeral.

Pero los dos hombres se le quedaron mirando con cara de pocos amigos.

—Pero ya estoy aquí. No os preocupéis, todo irá bien. Voy a ocuparme de todo.

Cletus lo miró con expresión severa.

—Más te vale.

—Estoy seguro de que harás lo correcto —Benjamín asintió mirando a Cletus.

Sam se alegró de que alguien tuviera algo de confianza en él.

—Por supuesto que lo haré —dijo con brío.

Miró a Cletus para ver cómo se había tomado el apoyo de Benjamín. Los ojos del viejo le devolvieron una mirada dura.

—Contamos contigo —Cletus dijo por fin.

¿Qué demonios pasaba allí? ¿Es que creían que iba a vender el hotel?

—Me ocuparé de que no os falte de nada —les prometió.

—No es por nosotros que estamos preocupados -dijo Cletus—. Es por Josie.

—Me ocuparé de Josie —prometió Sam.

Parecía que había dicho lo más apropiado porque los dos hombres sonrieron de oreja a oreja.

—Lo sabía —comentó Benjamín.

—Buen chico —concedió Cletus y le dio una palmada en la espalda.

Sam se deleitó un instante con sus muestras de aprobación y luego preguntó:

— ¿Dónde está ella?

—En la cocina. No nos ha dicho que fueras a venir.

—No la llamé para decírselo —y no pensaba explicarles por qué, pero sí quería saber algo antes de entrar—. ¿Está... casada?

Benjamín lo miró de hito en hito.

— ¿Casada?

Cletus se quitó las gafas y empezó a limpiarlas. Luego se las puso otra vez y miró a Sam con seriedad.

—Aún no.

Sam suspiró. Aquello no debía sorprenderlo. Jamás había apreciado las cualidades de Kurt. Tal vez era un regalo de Dios para los filósofos del mundo, pero a Sam le parecía demasiado cursi y caballeroso hacia la mujer que amaba.

—Voy a verla —se encaminó hacia la parte trasera de la casa.

Podría haber ido por delante, pero en ese caso tendría que haber llamado al timbre y esperado a que Josie fuera a abrirle la puerta.

Quería jugar con ventaja y entrar sin que ella se enterara.

La vio por la ventana. En el centro de la cocina había una encimera

y Josie estaba detrás, colocando unas flores en un jarrón. Era alta, unos cinco centímetros más que Izzy, con el cabello largo y lustroso, castaño oscuro con tonos rojizos cuando estaba al sol. Sam recordó que desde que la vio por primera vez cuando ella era poco más que una niña sintió deseos de acariciárselo. Y siempre se había contenido hasta...

Se metió las manos en los bolsillos.

De no haber estado tan distraída con las flores lo habría visto llegar. Aquel día de su cumpleaños había estado haciendo lo mismo; el día en que Kurt le dio plantón, el día en que Sam la había invitado a su dormitorio a tomar una copa; el día en que...

¡Caramba! Lo único que podía hacer era disculparse, reconocer que había cometido un error, que ambos lo habían cometido. Después podrían cerrar esa página de sus vidas civilizadamente.

Abrió la puerta.

Josie alzó la cabeza, sonriente. Sin embargo, al verlo la sonrisa se desvaneció.

—Josie —dijo con lo que esperaba fuera la mezcla correcta de camaradería y distanciamiento.

Ella tragó saliva.

—Sam.

Él sintió como si lo abofetearan.

Estaba acostumbrado a que Josie se pusiera contenta al verlo; acostumbrado a ver el brillo en sus ojos y la sonrisa en sus labios. Pero desgraciadamente no vio ninguna de esas dos cosas. Josie lo miró pero con reserva.

Bien, pensó Sam, apretando los labios al ver el distanciamiento de Josie; si eso era lo que ella deseaba...

—He venido lo antes posible —dijo con brusquedad—. Siento no haber podido llegar a tiempo para el funeral. Estaba en Hong Kong y tenía que ir a Japón antes de volver a casa.

—Por supuesto —Josie seleccionó un clavel y con sumo cuidado lo juntó con las demás flores del ramo.

No lo miró ni dijo nada más; ni siquiera le preguntó cómo estaba ni le dijo si lo había echado de menos.

En el silencio de la cocina se oía el tic-tac del reloj.

—Debería haber estado aquí, acompañándola: debería haber venido en Navidad.

Pero no lo hice por... por...

«Por ti», pensó.

Pero no podía decirle eso. Aspiró profundamente y volvió a intentarlo.

—La última vez que estuve aquí... Siento lo de...

Pero no pudo seguir.

Le debía una disculpa, desde luego. ¡Aunque tampoco la había forzado! De eso sí que se acordaba. Deseó con toda su alma que Josie lo mirara y le diera alguna indicación de lo que estaba pensando.

Sam Fletcher, de quien alguien dijo una vez que derramaba encanto por cada poro de su piel, tan solo derramaba en ese momento grandes gotas de sudor.

—Lo de aquella noche… —dijo finalmente, decidiendo que lo mejor era ser directo—. Fue un gran error pedirte que fueras a tomarte una copa conmigo. Y después… Bueno, después…

«Maldita sea, mírame», quería decirle Sam.

Lo hizo, pero no sirvió de nada, Su rostro era tan inexpresivo que no tenía idea de lo que se le estaba pasando por la cabeza. Aún así, se veía que lo que había dicho hasta ese momento no era suficiente.

—No fue mi intención… No fue mi intención que pasara lo que pasó —hizo una pausa, ruborizándose ante su silencio total—. Fue por culpa del alcohol…

—Yo pienso lo mismo —dijo Josie en tono apagado mientras se volvía a mirar por la ventana.

—Intenté verte a la mañana siguiente. Recibí una llamada de mi secretaria. Entonces bajé a buscarte y Hattie me dijo que habías salido con Kurt… —la miró para que se lo confirmara y ella asintió.

Josie levantó los dos jarrones que tenía delante y se volvió para colocarlos sobre un carro. Sam la observó, esperando que llevara pantalones cortos para ver las largas y maravillosas piernas que un día le habían rodeado la cintura y…

Pero más que fijarse en las piernas se quedó en la cintura.

¡Josie estaba embarazada!

Y no solo de pocos meses; tenía una tripa enorme.

— ¡Vas a tener un hijo!

Josie dejó los jarrones sobre el carro.

— ¡Y Kurt aún no se ha casado contigo!

De repente Sam se sentía furioso. Bastante malo era ya que el muy imbécil le diera plantón continuamente, que esperara que le mecanografiara todos sus malditos trabajos, pero eso ya se pasaba de castaño oscuro.

— ¿Por qué iba a casarse conmigo? —respondió Josie—. El hijo no es suyo.

— ¿No es…? —Sam se quedó perplejo. ¿No era hijo de Kurt?

Frunció el ceño con rabia, intentando asimilar la noticia y añadirla a lo que sabía de Josie Nolan.

¡Desde luego no había pensado que fuera una de esas que se acostaban con cualquiera!

Siempre le había parecido tan callada, tan abnegada, tan dulce… Siempre le había gustado Josie Nolan y la respetaba. Además, pensaba

que no había tenido suerte en la vida, ni siquiera con sus novios.

Aquella noche del otoño anterior había sentido lástima por ella y había querido consolarla. Quizá se había equivocado. ¿Qué clase de vida llevaba Josie, maldita sea?

—Supongo que sabes quién es el padre —le dijo en tono ácido.

Josie abrió mucho los ojos, alzó el mentón y Sam vio que se ponía colorada.

—En realidad sí —le dijo de plano—. Eres tú.

Capítulo 2

«Ay, DIOS Mío...», pensó Josie. Qué falta de tacto, qué poca discreción.

Pero resultaba difícil ser discreta cuando te sentías como un elefante.

Ahogó un suspiró y se esforzó por aparentar indiferencia. Pero no era fácil; en realidad le costó mucho más de lo que había imaginado.

Durante los últimos seis meses, desde que se había dado cuenta de que la noche que había pasado con Sam iba a tener más repercusiones que las de tipo emocional, había temido aquel momento. Lo había querido evitar, resistiéndose a las continuas recomendaciones de Hattie para que se lo dijera a Sam, prefiriendo ocultar la cabeza debajo del ala, como le había criticado Hattie.

Josie lo llamaba instinto de supervivencia

¿Cómo podía sino llamar a enfrentarse a un hombre para decirle que iba a ser padre cuando estaba claro que él ni siquiera se alegraba de verla?

Su noche de intimidad había sido producto del whisky. ¿O acaso no acababa él de decirle eso? Ella lo supo todo el tiempo, solamente fue incapaz de resistirse.

Josie Nolan había profesado a Sam Fletcher un amor no correspondido desde los quince años.

Como era realista, Josie jamás había esperado que un atractivo millonario se enamorara de la hija adoptiva de la vecina de su tía. Quizá fuera la protegida de Hattie y la encargada de su hostal, pero había empezado siendo su muchacha de la limpieza. Josie había leído el cuento de La Cenicienta, pero no por ello era tonta.

Porque cuando Sam Fletcher se había presentado a su puerta la noche de su veinticinco cumpleaños, todo misericordioso, comprensivo y amable, no había sido capaz de cerrarle la puerta en las narices.

Y por eso se había pasado los últimos seis meses tratando de encontrar una forma de explicarle las consecuencias de aquella noche.

Pero ninguna manera le había parecido la adecuada. Tan solo caminos que hubieran conducido a Sam a pensar que era una fresca y que lo único que quería era encerrarlo en un matrimonio que él no deseaba.

A veces, en la oscuridad de la noche, mientras recordaba sus tiernas caricias, la premura de su deseo, la firme persuasión de sus labios, intentaba hacerse ilusiones pensando que había existido algo real entre ellos, que recibiría la noticia con entusiasmo, y que cuando volviera a Nueva York la echaría de menos tanto como ella a él.

Pero a la luz del día se daba cuenta que no eran más que sueños.

Pero mientras que él no se presentara y le dijera que había sido un error, le quedaba un poco de esperanza.

Ya no.

—No fue mi intención que pasara lo que pasó —le había dicho.

Tampoco la de Josie.

Pero había pasado. Y en dos meses serían padres. Se quedó quieta, esperando a que Sam empezara a gritarle tal y como había hecho Kurt.

— ¿Mío? —repitió Sam.

Al menos Sam no estaba gritando. La suavidad de su tono de voz le dio fuerzas, pero al mirarlo se le quitaron completamente. Sam se había quedado paralizado, como si hubiera explotado una bomba a sus pies.

Y Josie supuso que para él había sido un tremendo shock. Había ido allí para resolver el asunto del hostal y de los animales, no para eso.

—Sí —contestó Josie.

— ¿Estás segura?

Josie se puso tensa de nuevo y la preocupación que acababa de sentir por él se desvaneció en un instante.

—Sí, estoy segura. A pesar de la impresión que pude haberte dado, no tengo por costumbre acostarme con el primero que venga.

—No quise decir… —se apresuró a contestar, pero se calló, puso cara de estar angustiado, se frotó la frente y suspiró largamente—. Bueno, maldita sea, a lo mejor sí. Pero solo porque ha sido un gran sobresalto para mí. Lo siento —refunfuñó.

No la miró a los ojos y lo peor era que no podía dejar de mirarle la tripa de soslayo.

Josie aceptó la disculpa tal y como había sido pronunciada: a regañadientes. Colocó Otros dos jarrones más en el carro. No pensaba quedarse ahí y dejar que Sam la mirara embobado; ni tampoco ser testigo de cómo se estrujaba el cerebro pensando.

Le habría gustado poner pies en polvorosa, pero ni muerta haría eso.

Así que finalmente se quedó, consciente del silencio, del movimiento nervioso de los pies.

— ¿Entonces… cuándo ibas a decírmelo? —dijo en tono informal, pero Josie percibió un trasfondo de tensión bajo esa fingida naturalidad.

Se pasó la punta de la lengua por los labios y se encogió de hombros en un intento por aparentar una tranquilidad que no sentía.

—Supongo que con el tiempo tendría que habértelo dicho.

— ¿Qué tendrías que haberme dicho? ¿No te parece que tal vez yo habría querido saberlo?

—Para ser sincera, no.

Sam se la quedó mirando, boquiabierto, sin dejar de mirarla.
Josie no apartó la mirada.
—Bueno, según están las cosas, este no es exactamente un momento demasiado especial, ¿no crees?
Sam apretó la mandíbula.
— ¿Quieres decir con eso que no lo deseas?
Josie se tocó la tripa con orgullo.
— ¡No estoy diciendo esa ridiculez! Yo quiero tener este hijo.
De eso al menos estaba segura. Hija de unos padres indiferentes e incompetentes, había pasado de un hogar adoptivo a otro desde los seis años. No iba permitir que algo así le ocurriera a su hijo. Iba a tenerlo, a cuidarlo y a quererlo lo más posible, y eso era todo.
—Pero no creo que tú sientas lo mismo —le dijo sin rodeos—. ¿Me equivoco? —le preguntó, con la misma fran9ueza que él había utilizado con ella anteriormente.
Él se quedó un momento en silencio.
Entonces Josie asintió con fingido aire de satisfacción, se dio media vuelta y salió de la cocina, empujando el carrito hacia el comedor.
Pocas cosas ponían nervioso a Sam Fletcher.
¿Acaso no era él un gran empresario internacional? ¿No había negociado él con el pachá de un pequeñísimo reino asiático rodeado de policía armada para conseguir los derechos exclusivos de una línea de mobiliario por la cual sus competidores darían la vida?
¿Y no tomaba decisiones multimillonarias de las que dependían el sustento de muchas familias? ¿Y cuando su novia lo dejó por otro hombre, acaso no había mantenido la calma?
Sí, sí, y sí.
Pero que le dijeran a uno que era el padre del hijo que estaba esperando una mujer cuando apenas si recordaba haberse acostado con ella... Bueno, eso podía hacerle perder los nervios al más pintado.
Dominó su primera inclinación, que era decirle a Josie Nolan que le faltaba un tomillo; también que era imposible que él fuera lo bastante irresponsable como para engendrar un hijo con una mujer que no era su esposa. Sin embargo, los difusos recuerdos que tenía acerca de lo que había ocurrido esa noche demostraban claramente su irresponsabilidad.
Su segundo deseo fue el de echar a correr. Poner pies en polvorosa, salir por la puerta y no volver jamás.
Pero Sam Fletcher nunca huía de nada; jamás lo había hecho.
Desde que era un niño lo habían educado a enfrentarse a sus responsabilidades, a hacerse cargo de las cosas, a hacer lo correcto.
Ese día había ido a Dubuque esperando hacer lo correcto. Había esperado poder encontrar un comprador para el hostal e incluso, porque Hattie lo deseaba, encontrarles un hogar a los tres gatos, el

perro y el pájaro.

Se había imaginado a sí mismo llegando al hostal y, después de disculparse con Josie, poder reír juntos al comentar el extraño testamento de Hattie.

Pero se le habían pasado las ganas de broma. Se dio cuenta que el testamento había sido una manera de hacer lo que Josie no había hecho: obligarlo a que volviera y que se enterara así de los hechos. Suponía que debía agradecerle eso a su tía. Y lo haría, de no estar tan sobresaltado.

¡Iba a ser padre!

Lo que más le inquietaba era que, sin el testamento de Hattie, quizá jamás se habría enterado de ello.

Josie pasó todo el tiempo colocando jarrones de flores en las habitaciones, recibiendo nuevos huéspedes, llevando champaña a los recién casados, tomando nota de las reservas para cenar y respondiendo a las preguntas sobre las atracciones locales. Y a la vez que hacía todo eso, estaba esperando a que Sam apareciera de un momento a otro.

Cuando había vuelto a la cocina, él ya no estaba allí.

—Ha salido —le había dicho Cletus.

—Le pegaste un buen hachazo, ¿no? —había añadido Benjamín.

Josie lo había negado pero también se había fijado en la cara de Sam. Se preguntó si tal vez esa fuera la última vez que lo habían visto. Pero no, porque el coche de alquiler seguía aparcado a la puerta de la finca. Así que, dondequiera que hubiera ido, lo había hecho andando. Recordó que cada vez que iba a Dubuque a buscar paz interior, caminaba hasta la ensenada o bien por la orilla del río.

—Necesita espacio —le había dicho Hattie en una ocasión—. Contemplar las cosas desde otra perspectiva. Tiene que dar un paso atrás para poder ver las cosas con claridad y comprender sus responsabilidades.

¿Era eso lo que estaba haciendo en ese momento?

Fuera lo que fuera, Josie deseó que no tuviera nada que ver con ella.

No sabía si prefería que volviera para zanjar el asunto de una vez por todas, o si deseaba que no volviera para hacer como si nunca hubiera estado allí.

Pero pasó la tarde y seguía sin haber rastro de Sam.

Bien... Maldita sea, no sabía lo que quería, aparte de tirarse de los pelos. Caminó de un lado a otro del vestíbulo. Incluso salió al porche delantero y se puso de puntillas para ver si lo veía llegar por la carretera; no quería que volviera a sorprenderla.

Pero la tarde murió y luego se puso el sol; finalmente el fresco de esa noche primaveral la obligó a meterse en casa. Estuvo un rato en el

vestíbulo y luego se retiró a la cocina, pero ese lugar le recordaba demasiado el encuentro de aquel mediodía.

Bajó por las escaleras al lavadero del sótano. Había montañas de sábanas y toallas para doblar. Y si bajaba a buscarla allí, al menos las escaleras chirriarían y lo oiría.

Era una tontería inquietarse tanto. Nada iba a cambiar, aunque él lo supiera ya. Josie seguiría embarazada y lo que sentía por él continuaría siendo un amor no correspondido.

Se preguntó a sí misma por milésima vez por qué no había podido conformarse con Kurt. Ciertamente era un poco demasiado recto e inflexible para su gusto; y, además, era de los que pensaban que su misión evangélica era más importante que su esposa.

También Kurt podría haberse callado en vez de criticarla, diciéndole que había probado del fruto prohibido.

Bajó las escaleras del sótano con cuidado, agarrándose al pasamanos. Antes de quedarse embarazada solía bajarlas sin pensar, con agilidad y rapidez. Pero con el nuevo peso que llevaba a cuestas debía ser más cautelosa.

Qué pena que no hubiera hecho lo mismo siete meses atrás.

Se agachó y sacó de la cesta un montón de toallas limpias; las colocó sobre una mesa y empezó a doblarlas. Formó ordenados montones, alisando las suaves toallas con placidez. Era un trabajo mecánico, tranquilizador. Terminó una tanda y se agachó a por otro montón.

El bebé le dio una patada.

Josie sonrió. Incluso cuando más inquieta se sentía, el bebé tenía la capacidad de hacerle sonreír. Quizá fuera una tontería, pero con su hijo ya no se sentía tan sola.

— ¿Despierto, eh? —le preguntó con suavidad.

Dejó las toallas sobre la mesa, se acarició la tripa y fue recompensada con otra patadita. Josie sonrió de nuevo. A veces sentía como si se comunicase en Morse con aquella persona que vivía en su interior.

— ¿Has tenido un mal día? —le preguntó—. Yo sí. Y lo malo no ha hecho más que empezar.

Sacó una toalla y la sacudió con fuerza antes de doblarla. El bebé le dio otra patada, esa vez tan fuerte que Josie hizo una mueca.

— ¿Qué pasa?

Josie pegó un respingo, tiró al suelo el montón de toallas dobladas y se volvió horrorizada para mirar hacia la parte del sótano donde estaba la bodega. Sam salió de entre las sombras.

— ¡Mira lo que has hecho!

— ¿Qué te pasa? —repitió, avanzando unos pasos—. ¿Te duele algo?

Josie sacudió la cabeza mecánicamente.

—No. Me ha dado una patada... Eso es todo.

— ¿Patada? —parecía aturdido.

—El bebé.

Le miró la tripa y abrió la boca como para decir algo, pero se limitó a pasarse la lengua por los labios y a sacudir la cabeza. Luego se agachó a recoger las toallas.

Josie lo observaba en silencio y deseó poder darle un empujón y hacerlo ella. Pero no podía; el bebé pesaba demasiado.

— ¿Qué hacías escondido en la bodega? —le preguntó indignada.

—No venía a sacar ninguna botella, si es eso lo que te preocupa —Sam se incorporó y dejó las toallas sobre la mesa.

—Es mejor que las vuelvas a echar a lavar —dijo furiosa—. Ahora ya no puedo utilizarlas.

Obedientemente, Sam las metió en la lavadora. Después contestó a la pregunta de Josie.

—Estaba pensando.

— ¿En la bodega?

—Me pareció apropiado.

Josie apretó los labios. Se volvió, cerró la lavadora, echó el jabón y colocó el mando en la posición adecuada. No tenía nada que decirle.

Sam no se apartó. Josie siguió toqueteando el mando, luego abrió otra vez la puerta de la lavadora.

—Vine porque Hattie me ha dejado el hostal —dijo por fin.

—Lo sé —no lo miró.

—Yo pensé que te lo dejaría a ti.

Josie cerró la puerta y encendió la lavadora.

— ¿Y por qué iba a hacerlo? No soy familia suya.

—Estabas más unida a ella que nadie. Tú fuiste la nieta que ella y Walter nunca tuvieron y Hattie te quería mucho —dijo, casi como si fuera una acusación.

—Yo también la quería —dijo Josie con determinación y entonces volvió la cabeza para mirarlo—. Ella fue para mí la madre, la abuela, la familia que nunca tuve. ¡Pero jamás esperé que me dejara el hostal! Ya hizo suficiente por mí. Hattie estableció un fondo a mi favor. El señor Zupper puede decírtelo. Uno para mí... y otro para el bebé.

—Lo más lógico hubiera sido que, además, te hubiera dejado el hostal —insistió Sam—.

Cuando estuve el otoño pasado... Cuando Izzy... Cuando yo...

—Sé cuando me dices —pronunció Josie con aspereza.

¿Acaso pensaba que lo había olvidado? Sam aspiró profundamente.

—Bien, ya sabes cuando. Bueno, pues en aquel momento me dijo que no tendría que preocuparme del hostal cuando ella muriera. Y yo le dije que ella no iba a morir —Sam hizo una pausa y Josie percibió

el dolor en su voz; ella sentía lo mismo, pero no pensaba consolarlo.

—Tú no sabías que ella iba a morir —le dijo—. Ninguno de nosotros lo sabía.

—Hattie sí. Me dijo que el corazón dejaría de funcionarle algún día; luego me dijo que con mucho respeto al resto de la familia, te iba a dejar el hostal a ti —se frotó la nuca—. Y, si en el testamento me ha dejado a Josie Nolan, es por algo.

Josie se volvió.

— ¿A mí también me incluyó en tu legado?

—Yo creí que era una broma.

Vaya broma, pensó Josie.

—Lo es —dijo con firmeza.

Sam sacudió la cabeza.

—No. Hattie tenía razón —dijo, moviéndose de un lado a otro; bajó la vista y se quedó un buen rato mirando el suelo—. Nos casaremos, Josie.

Como proposición dejaba mucho que desear. En realidad, Josie se sintió como si le hubieran propinado una patada en el estómago.

Lo había dicho así, sin más. Como si fuera un trato de negocios con una única solución posible.

Suponía que en relación a Sam Fletcher la mayoría de los pactos tenían tan solo una salida: la que a él le diera la gana.

¡Pero eso no era lo que él deseaba! Josie sabía que Sam no quería casarse con ella. Se le notaba en la cara, en la forma de mirarla; lo escuchó en la resignación de su voz.

¿Y por qué iba a desearlo? Él no la amaba, no quería al hijo de ambos.

Lo estaba haciendo porque Hattie lo había obligado en cierto modo y porque estaba acostumbrado a obrar con responsabilidad, a hacer lo más conveniente.

Tal y como Hattie sabía que haría.

Tal y como Josie temía que hiciera. Por eso no había querido contarle lo del bebé.

—Un niño tiene derecho a conocer a su padre —le había dicho Hattie con suavidad.

—Lo sé —le había respondido Josie—. Solo es que... No puedo decírselo. Todavía no.

— ¿Y cuándo?

—Algún día —Josie le había respondido con vaguedad.

—Un niño tiene derecho a conocer a su padre también —Hattie había continuado diciéndole.

Y cada vez que Hattie hablaba de ello, Josie cambiaba de tema.

—Puedes decírselo en Navidad —había concluido Hattie.

Pero Sam no había ido. Josie se había dado cuenta del disgusto de

Hattie al ver que su sobrino no aparecía; la había sorprendido mirándola con preocupación en más de una ocasión.

Pero Josie se había hecho fuerte para no ceder a esa preocupación porque sabía por qué Sam no había ido.

Después de esa ocasión, Hattie no había vuelto a sacar el tema. Y Josie se atrevió a pensar que la mujer se había rendido.

Obviamente, después de conocerse el testamento, Josie supo que se había equivocado.

Hattie se había asegurado de que Sam se enterara de todo.

Sam no se había imaginado a sí mismo haciendo una proposición matrimonial como aquella, de pie en el lavadero, deseando que su futura y embarazada novia lo mirara, con las manos metidas en los bolsillos y los puños apretados.

Desde luego no se parecía en absoluto a la que le había hecho a Izzy. Aquella fue durante una acogedora cena, a la luz de las velas, en un restaurante en la cima de Knob Hill.

Estuvieron riendo y agarrándose de la mano y al sugerir él que tenían una relación demasiado buena como para malgastarla en encuentros informales, Izzy se había quedado sin aliento y le había regalado la más encantadora de sus sonrisas.

Josie no debía sorprenderse; lo mejor era que se enterara de sus intenciones. Era la única solución responsable, aunque Dios sabía que de habérsele ocurrido otra, seguramente se la habría propuesto.

¿Además, qué esperaba Josie? ¿Que le jurara amor eterno? Imposible. Sobre todo después de haberle asegurado ese mismo día que había cometido un error acostándose con ella.

Estaba dispuesto a hacer lo correcto, y eso era suficiente, se dijo para sus adentros. La miró con expectación y esperó a que ella hiciera también lo correcto.

—No —dijo Josie.

Sam la miró de hito en hito. ¿La habría oído mal?

— ¿No?

—No, gracias —añadió tras una pausa, pero no parecía demasiado agradecida.

Él apretó los dientes.

— ¿Y por qué diablos no?

¡Encima que él no quería casarse con ella! Sin embargo se había portado como un hombre y la había pedido en matrimonio. ¡Lo menos que podía hacer, maldita sea, era aceptar!

—Cuando me case, lo haré por amor —dijo sin más. La miró boquiabierto; después se fijó en que no llevaba ningún anillo.

—Corrígeme si me equivoco —le dijo lentamente—. Pero no veo que tu amor te haya pedido en matrimonio.

—No —reconoció con voz queda, luego pestañeó y se miró las

manos.

Oh, Dios mío, pensó Sam; aquello era como atacar a un cachorro indefenso.

—No quise decir... -dijo entre dientes, con brusquedad.

Se acercó a ella, para consolarla, pero entonces recordó a qué le había conducido un gesto similar en el pasado.

Se retiró con brusquedad.

—Lo siento.

En realidad no lo sentía en absoluto. Kurt Masters no merecía a una mujer tan amable, generosa y abierta y, bueno, porqué no decirlo, tan cariñosa como Josie. Pero supuso que no estaría muy dispuesta a oír eso en ese momento.

—Kurt no importa —dijo, tras una pausa. Sam no pensaba discutírselo.

—Me alegro –dijo con brusquedad—. ¿Entonces por qué no aceptas mi proposición?

—Te lo he dicho.

—Porque quieres amor —casi escupió—. ¿Y qué hay del bebé? ¿Es que no quieres que él reciba amor?

— ¡Por supuesto que sí! —respondió irritada—. ¿Qué estás diciendo?

—Le estás negando el amor de su padre.

—Tú no lo quieres –dijo de plano.

— ¿Cómo diablos sabes tú eso?

—No puedes quererlo.

— ¿Y por qué no? —preguntó, cada vez más indignado.

—Porque en los diez años que te conozco, jamás te he oído decir que quisieras tener un hijo.

—Bueno, quizá haya cambiado de opinión.

Josie volteó los ojos con exasperación.

—Déjame tranquila.

—No, déjame tú tranquilo. Tú has tenido todo este tiempo para acostumbrarte a la idea. Yo acabo de enterarme...

—No había nada que te impidiera volver en estos siete meses —Josie apuntó con almibarada cortesía.

— ¡Pensé que lo mejor para los dos era no aparecer por aquí!

—Sería para ti.

—Y ahora no lo creo. Pero soy una persona responsable y estoy dispuesto a hacer lo correcto y...

— ¿Y estás tan seguro de qué casarse es lo correcto?

Sam abrió la boca y vaciló. Eso le bastó a Josie.

—Tú no quieres casarte conmigo, Sam. No quieres tener un hijo. Lo que quieres es vender el hostal, salir de aquí y no mirar nunca hacia atrás. ¿No fue a eso a lo que viniste?

— ¡Vine porque Hattie me cargó el muerto!

—Exactamente. Y te lo digo, no tienes porque cargar con el muerto más. Hattie quería que fueras tú el que estuvieras aquí, no yo. Como tú dijiste este mediodía, fue un error —fue hacia las escaleras, se volvió y lo miró a la cara—. Fue, como bien dijiste tú, por culpa del alcohol.

—No quise decir…

—Claro que sí. Fuiste sincero. Y ahora tienes suerte. No voy a hacerte responsable de lo que hiciste bajo los efectos del whisky.

— ¿Y qué pasaría si quisiera hacerme responsable?

Sus miradas se retaron de nuevo.

—Vete al infierno, Sam —dijo Josie, y subió las escaleras muy ofendida.

Sam la siguió.

— ¡No me dejes con la palabra en la boca!

Josie se volvió, con las mejillas encendidas.

—No se te ocurra volver a gritarme —dijo, en tono más bajo que él pero muy indignada—. Al menos si quieres que La Mansión de los Escudos siga teniendo la buena fama que tiene.

— ¡A la mierda el hostal!

Josie se encogió de hombros.

—Muy bien, allá tú. Es tu casa, tu negocio.

—Te he ofrecido compartirlo contigo.

—Y yo he dicho que no, muchas gracias —le confirmó en tono áspero—. No des un portazo al salir —se volvió y lo dejó allí plantado.

Sam se la quedó mirando con rabia hasta que desapareció de su vista. Entonces fue hasta la cocina a grandes zancadas, abrió la puerta que daba al vestíbulo de entrada y salió muy ofendido. Consiguió apenas no gruñir a los huéspedes que había en la sala.

¡No había manera, pensaba mientras salía al jardín con rabia, de tener una discusión satisfactoria! ¡Ni siquiera podía uno dar un portazo!

Había sido tan tremendo como ella lo había temido. Peor aún.

Le había pedido que se casara con ella. Y lo había hecho porque él era un caballero, un hombre responsable y generoso. Él tenía todo lo que ella deseaba en un esposo y no podía tener.

Y eso era así porque él no la amaba. Al menos era lo suficientemente sincero como para no mentir.

Josie estaba pegada a la ventana, mirando hacia el jardín. Allí estaba Sam, de pie junto al borde del risco que se alzaba majestuosamente sobre la población de Dubuque, con los hombros caídos y las manos metidas en los bolsillos de los tejanos. El viento le revolvía los cortos cabellos y tenía en el rostro una expresión lúgubre.

Pero en realidad debería de estar contento de que le hubiera dicho

que no. Quizá no lo hubiera asimilado aún. Cuando lo hiciera, se alegraría.

Aún entonces, seguiría sintiéndose responsable. Sam era de los que les gustaba hacer las cosas bien; siempre había sido así. ¿Acaso no había ido a consolarla la noche en que Kurt le dio plantón?

Apartó de su mente aquel pensamiento. Llevaba siete meses pensando en lo mismo.

Había esperado, soñado, anhelado que Sam se hubiera enamorado de ella.

Pero no había ocurrido eso y ya no había nada que hacer.

En el futuro Sam intentaría hacer lo mejor para el pequeño, le ofrecería su apoyo, quizá estableciera un fondo a su favor. Tratándose de Sam, tal vez quisiera estar con el pequeño dos semanas en verano.

Ella no discutiría; Sam tendría derecho. Se mostraría cortés y agradecida hacia él. Y, secretamente, Sam agradecería que ella no hubiera aceptado su proposición. Todo resultaría de lo más civilizado.

Ella estaría atada a Sam Fletcher para toda la vida. Le resultaría muy duro pero, por su hijo, lo haría.

¿Y no por ella misma, también?, se dijo en tono burlón mientras contemplaba al único hombre que había amado en toda su vida.

Para ser totalmente sincera consigo misma, tenía que reconocer que no le disgustaba la idea de que Sam fuera todavía parte de su vida.

No sería lo mismo que estar casada con él. En realidad no quería obligarlo a mantener una relación que no estuviera basada en el amor.

Pero con saber cómo estaba, dónde estaba, lo que estaba haciendo...

Simplemente con saberlo...

Josie le había dicho que no.

¿No?

Sam seguía sin creerlo.

O quizá sí. Parecía que ninguna mujer quería casar- se con él. Primero Izzy y luego Josie. ¿Acaso se estaría poniendo de moda?

Estaba tan tenso que le entró un tremendo dolor de cabeza. Respiró hondo, pero eso no lo ayudó a relajarse. Paseó por el borde del acantilado, desde donde se veía el centro de la ciudad; pero él no vio nada.

No se tenía por una persona con la que fuera difícil congeniar. Además, no era tan feo.

¿O sí?

Maldita sea, no lo era.

¿Entonces cuál era el problema?

—Quiero casarme por amor —murmuró, recordando la voz de Josie mientras lanzaba una piedra contra la pared de roca caliza que

rodeaba el acantilado—. Bueno, maldita sea, cariño, yo también. Yo también quería.

Pero en ese caso había un niño en quien pensar. Su hijo. El hijo de ambos.

Ese niño quizá debiera su existencia a unos momentos en los que el whisky había obnubilado su razonamiento. Pero lo que hubo entre ellos no fue una unión sin sentido, o desprovista de sentimiento. Quizá no recordara todos los detalles de lo que había ocurrido aquella noche, pero su cuerpo lo había sentido, sus sentimientos también. Había respondido a Josie como ella a él.

¡Estaba seguro que, de intentarlo de nuevo, Josie volvería a responderle!

Se volvió y miró hacia la casa. En la ventana del rellano del primer piso se movió una cortina.

Sam entrecerró los ojos.

— ¿Piensas que la respuesta es negativa, Josie Nolan? —le dijo a la mujer que sabía que se escondía tras la cortina.

Pues bien, Sam Fletcher no se arredraba ante nada.

Capítulo 3

JOSIE decidió que había sido el destino.

Lo más seguro sería que, en una casa de veinte habitaciones, Dios no permitiría que Sam fuera a dormir en la habitación contigua a la suya.

Lo cierto era que había pensado en la posibilidad de que él se marchara aquel mismo día.

El hostal estaba al completo; incluso la buhardilla del tercer piso, que había sido suya en vida de Hattie. Tan solo hacía tres días que Josie había terminado de montar allí una habitación para huéspedes y, con la ayuda de Benjamín y Cletus, se había mudado un piso más abajo, a las habitaciones que solía ocupar Hattie.

—Deberías estar contento —le dijo a Sam cuando él vio que el hostal estaba lleno—. Otra habitación disponible significará mayores ingresos para ti.

—Al cuerno con los ingresos. ¿Dónde voy a dormir yo?

Había llamado a su puerta hacia las diez y ella la había abierto con recelo, pero no había vuelto a decirle que se casara con él. Se había mostrado cortés, aunque frío y distante al mismo tiempo, al preguntarle dónde podía colocar sus cosas. Cuando se enteró de que no había habitaciones la frialdad se había transformado en irritación.

—Veré si puedo conseguirte una habitación en La Sastrería.

Se trataba de otro hostal victoriano. En opinión de Josie no era tan agradable como La Mansión de los Escudos, pero aun y todo bastante cómodo.

—Dormiré en el salón —dijo Sam, mirando hacia la pequeña sala que formaba parte de sus dependencias.

Hattie a veces le había puesto allí a dormir cuando el hostal había estado lleno. Pero eso había sido cosa de Hattie, no de ella.

—Me temo que no va a ser posible.

Él la miró sorprendido.

— ¿Por qué no? ¿Lo has alquilado también?

Josie aspiró profundamente.

—Hago lo posible para regentar tu hostal con profesionalidad, y eso significa alquilar las habitaciones. Eso es lo que he hecho, pero no significa que tenga que renunciar a las mías.

— ¿Duermes en la sala?

—Forma parte de mis dependencias —dijo con firmeza.

Había dos habitaciones, el dormitorio y la sala, y un baño. No dormía en la sala, pero tampoco deseaba que lo hiciera él. Estarían demasiado cerca para su gusto.

—Desde luego no has tardado nada en mudarte. Hattie lleva muerta solo dos semanas.

Sus palabras fueron como una bofetada para Josie, y debió de notársele en la cara que puso, porque Sam se frotó la nuca y se disculpó.

—Lo siento, no quería decir eso. Normalmente suelo tener más tacto.

—Es cierto —concedió Josie.

La miró fijamente.

—Pero no todos los días me entero de que voy a ser padre.

Apretó los labios y se cruzó de brazos, pero desde luego no pensaba disculparse.

—Llamaré a La Sastrería.

—No te molestes. Dormiré en el office.

Josie abrió los ojos como platos.

— ¡No puedes!

— ¿Por qué no? ¿Has alquilado eso también?

—No seas burro, Sam. Allí abajo no hay más que un pequeño sofá.

—Bueno, si no me dejas dormir aquí en la sala... —la estaba provocando, desafiando.

Josie apretó los dientes.

—No.

—Lo dices como si nunca hubiéramos estado juntos en la vida —esbozó una medio sonrisa.

Josie sintió que se ponía colorada.

— ¡He dicho que no!

—Bien. Dormiré en el office —empezó a bajar por las escaleras.

—Voy a llamar a La Sastrería.

—Adelante. No pienso marcharme.

Josie lo vio alejarse, frustrada e irritada, pero empeñada en no darse por vencida.

— ¡Adelante tú! ¡Duerme en el sofá si lo prefieres!

Cerró la puerta, y estuvo a punto de hacer precisamente lo que antes le había pedido que no hiciera: dar un portazo. Se metió en su dormitorio, dispuesta a ignorarlo. Todavía estaba esperando a una pareja que llegaría tarde. Normalmente solía esperar a los huéspedes en el office, leyendo o viendo la tele.

Pero esa noche no pensaba optar por eso.

Se quedó en su habitación, leyendo a ratos y otros paseando con inquietud. Cuando una hora después sonó el teléfono, Josie lo descolgó con rapidez. La pareja que iba a ocupar la habitación Coleman no llegaría esa noche.

—Sentimos llamar tan tarde —se disculparon—. Ha surgido un problema.

—No pasa nada —les aseguró Josie; luego colgó y cerró los ojos—. ¡Maldita sea!

No tenía por qué hacerlo; en realidad estuvo a punto de no ir.

Pero Josie había pasado suficientes noches en su vida durmiendo en circunstancias desagradables como para no sentir un ápice de compasión, aunque fuera hacia Sam. De mala gana bajó al office.

Estaba oscuro, pero a la luz de la luna que entraba por la ventana vio a Sam tumbado en el confidente, con los pies colgando.

— ¿Has venido a ver si estaba cómodo? —le preguntó.

—He venido a decirte que puedes meterte en la habitación Coleman —le contestó en tono seco—. Los huéspedes acaban de llamar para cancelar la reserva.

A la luz de la luna lo vio sonreír lentamente. Seguidamente se estiró y se incorporó.

Tan solo llevaba unos pantalones cortos de tela.

Josie se retiró a su habitación a toda prisa, pero desgraciadamente la imagen de Sam se le había quedado grabada en la memoria.

Y tenerlo en la habitación Coleman resultó ser peor que dejarle dormir en la sala. Su sala estaba al otro lado del baño, pero la habitación Coleman compartía una pared con la suya.

Se metió en la cama y se arropó con el edredón hasta la barbilla. Con resolución, se volvió de lado, de espaldas a la pared; de espaldas al recuerdo; de espaldas a Sam.

Pero no le sirvió de nada.

Él estaba allí, tal y como lo había estado la última vez.

Era su cumpleaños; el nueve de septiembre. Y estaba empeñada en que fuera el mejor cumpleaños de su vida.

Durante años había fingido indiferencia ante fecha tan señalada. Estando con una familia adoptiva uno se llevaba menos chascos cuantas menos cosas esperara. Incluso cuando había vivido con sus padres, todo había sido tan imprevisible que Josie se había acostumbrado a no esperar.

Cuando se había ido a vivir con Hattie y Walter, los habían celebrado con ella. Ellos fueron lo más parecido a una verdadera familia que Josie había tenido en su vida.

En una ocasión, el año que cumplió los quince, incluso Sam había estado allí para celebrarlo y, además, le había hecho un regalo. Claro que, él no había ido expresamente para su cumpleaños; volvía de su primer viaje de negocios por Asia y decidió ir a Iowa a ver a sus tíos.

Josie no lo conocía, pero nada más verlo sus fantasías adquirieron una nueva dimensión. Comparado con los chicos del instituto, Sam era como un dios. Alto y atlético, aparte de guapo, Sam consiguió que el corazón le latiera aceleradamente. Pero fue algo más que su aspecto físico lo que le atrajo de Sam. Fue, por ejemplo, el entusiasmo conque se prestaba a ayudar a Walter.

Él y Walter solían contarse sus viajes y aventuras. Josie había

escuchado y disfrutado en anteriores ocasiones de la mayoría de las cosas que contaba Walter, pero no se le escapaba ni una palabra de las de Sam. Había estado en todas partes, lo había hecho todo y había disfrutado de todo ello. Josie lo escuchaba, entusiasmada. Después, se aseguró que dondequiera que estuviera él, ella no estaba demasiado lejos.

A Sam debió de gustarle que le prestara esa atención porque el día de su cumpleaños, después de abrir Josie los regalos de Hattie y Walter, Sam le ofreció un pequeño estuche cuadrado envuelto en papel de regalo.

—No es más que un detalle que te compré durante el viaje —le dijo, medio disculpándose—.

Nada del otro mundo.

Pero para Josie significó muchísimo. Le sorprendió la belleza del pequeño caballo de jade que encontró dentro del estuche. Lo acarició con un dedo, sonrió y se lo colocó en la palma de la mano.

—Gracias —le dijo de corazón—. Lo guardaré como un tesoro.

Él pareció avergonzado.

—No es para tanto.

Pero para Josie sí que lo era.

Todavía tenía el caballito sobre su tocador. Para ella aquel había sido el mejor cumpleaños de su vida. Durante meses después, había soñado con compartir otros cumpleaños con Sam.

Pero finalmente se hizo mayor y se dio cuenta de que el cuento de Cenicienta no podría nunca ser real.

Por ello se sintió bien cuando Kurt empezó a cortejarla. No era tan guapo como Sam, pero tenía las facciones agradables. No había viajado tanto como Sam, pero desde luego más que ella. No era demasiado detallista, pero la necesitaba, y eso era más de lo que podía esperar de Sam. Al menos era un comienzo.

Había conocido a Kurt en la iglesia, durante un acto benéfico para el cual Josie había preparado unas galletas. Kurt había probado una, le había dicho que estaban deliciosas, y luego le había pedido si podía prepararle unas pocas también para él. A partir de entonces había hecho muchas galletas y mecanografiado bastantes hojas para sus trabajos de licenciado en teología porque él estaba, como él mismo solía decir, ocupándose de su grey.

Josie lo entendía. Le halagaba lo suficiente que Kurt quisiera pasar sus escasos momentos libres con ella. Además, no era el caso de que hubiera muchísimos hombres que reclamaran su atención.

El único que deseaba que lo hubiera hecho era Sam Fletcher.

Entonces se enteró de que estaba prometido.

La desesperación que sintió la tarde en la que Hattie le contó que Sam iba a casarse la sorprendió enormemente. Claro que, tampoco

había considerado seriamente que él fuera a interesarse por ella, ¿o acaso sí?

Bueno, no, pero...

Pero hasta que se comprometió había albergado una esperanza, aunque fuera en su subconsciente.

Con Sam comprometido a Isabel Rule, Josie se dio cuenta que sus sueños se habían quedado en eso. Dejó de soñar y se centró en Kurt.

Aun así, se sorprendió bastante cuando Kurt la pidió en matrimonio en el mes de mayo.

— ¿Quieres que nos casemos? ¿Nosotros? —le preguntó, dudando si lo había oído bien.

Kurt sonrió y asintió, después se inclinó y la besó suavemente en los labios.

—Pues claro que quiero —le dijo—. Hacemos una buena pareja.

Y Josie pensó también ¿por qué no? Hacían una buena pareja, en realidad. Kurt cuidaba del resto del mundo y Josie cuidaba de Kurt.

— ¿Me quieres? —le preguntó.

—Pues claro que te quiero.

Josie entendía lo que quería decir. Kurt .quería a todo el mundo.

Más tarde, cuando estuvo sola, repitió en voz alta sus nombres:

—Kurt y Josie. Josie y Kurt.

Y le gustó el sonido de aquel par. Le hizo sentir que formaba parte de algo.

Josie amaba a Kurt del mismo modo que él la amaba a ella.

Por eso dijo que sí. Planeaban casarse al año siguiente, cuando Kurt terminara sus estudios y encontrara una iglesia. Parecía mucho tiempo, pero a Josie no le importaba esperar.

El día del cumpleaños de Kurt, en julio, Josie reservó una mesa en un romántico restaurante a la orilla del río. Le costó trabajo decidir qué regalarle, pero finalmente se decidió por las obras completas de un teólogo a quien él admiraba particularmente y por un CD de un grupo de jaez que él había ido a ver a Chicago. También le hizo un jersey en tonos azules que intensificaban el color de sus ojos y le preparó una tanda de galletas de mantequilla, sus favoritas.

Kurt se quedó encantado. Le dio un beso y le dijo lo mucho que esos regalos significaban para él, lo mucho que ella significaba para él. Y luego se disculpó porque no podrían ir a cenar al restaurante donde ella había reservado mesa. Tenía que asistir a una reunión en la iglesia.

Josie lo entendió. Sonrió animosamente y canceló la reserva. Ya tendrían otra ocasión, le aseguró a Kurt; y a sí misma.

—Pues claro que sí —le prometió Kurt—. Iremos el día de tu cumpleaños.

Josie le tomó la palabra, y en septiembre, unos días antes de su

cumpleaños, hizo de nuevo una reserva.

Quizá debiera haber dejado que Kurt lo hiciera en su lugar; de haberlo hecho, tal vez se hubiera acordado.

La noche anterior, al despedirse de ella después de ir a buscar unas hojas que le había pasado a la máquina, se lo recordó:

—No te olvides de la cena de mañana. A las seis y media.

—Sí, la cena —dijo distraídamente mientras le daba un beso en la mejilla.

— ¿Qué le vas a preparar para cenar mañana? —el sonido de la voz de Sam la sobresaltó.

Creía que se había acostumbrado a su presencia en la casa. Había llegado dos semanas atrás, silencioso y taciturno, y se había enfrascado en cualquier tarea que Hattie quisiera darle.

Josie había esperado a que él le contara algo, pero Sam no soltaba prenda. Se limitó a aserrar y a pegar martillazos.

La explicación se la dio Hattie.

—Han roto el compromiso.

Josie había intentado desesperadamente ignorar el salto de alegría que le había dado el corazón. Sin embargo, quería seguir ignorando a Sam; no quería seguir amándolo. Él ni siquiera sabía que ella existía. Era una tontería preocuparse por él. Además, tenía a Kurt.

Ignoró el sarcasmo de Sam.

—Nada —dijo airadamente—. Kurt me va a invitar a cenar.

— ¿Lo sabe él? Tú elegiste el sitio e hiciste la reserva.

—Porque quiero ir a ese restaurante —dijo con rabia contenida—. Y Kurt está muy atareado.

—Con todo el mundo menos contigo.

—A mí me dedica también parte de su tiempo —mantuvo categóricamente—. Por ejemplo, mañana por la noche.

Josie sabía que Sam había sido testigo de los despistes de Kurt en más de una ocasión en las dos semanas que llevaba allí, y se lo recordaba cada vez que podía. Pero jamás comentaba nada acerca de lo que el bueno de Kurt hacía por sus parroquianos.

Josie sabía que su prometido tenía muchos fallos. Claro que Sam tampoco se había prometido a una chica perfecta. Después de todo, ¡Isabel lo había dejado!

—No te preocupes por mí —le dijo Josie.

—No lo haré —Sam se dio la vuelta y salió.

Josie se dijo que a Kurt no se le olvidaría; por supuesto que no. Él sabía lo mucho que aquella celebración significaba para ella.

La noche de su cumpleaños preparó la cena para Hattie y Sam, pero no quiso comer con ellos. Mientras cenaban, subió a arreglarse. Luego se sentó en el salón a esperar, charlando alegremente con algunos huéspedes. Dieron las seis y media y Kurt no apareció.

Luego dieron las siete. Josie había dejado de sonreír y charlaba con los clientes con cierta vaguedad.

A las ocho menos cuarto se excusó y salió al porche, sonriendo aún, pero algo inquieta. El coche de Kurt no era nuevo y a veces le daba problemas. ¿Habría sufrido un accidente?

Fue hasta el borde del acantilado para ver si desde allí podría divisar el coche. Esperé fuera hasta las ocho.

Finalmente, a las nueve de la noche, se dio por vencida. Entró y cruzó el salón a toda prisa, con la cabeza gacha, contenta de que Sam no estuviera allí para burlarse de ella.

Hattie alzó la cabeza; estaba sentada en la cocina pelando patatas.

— ¿Ya estás de vuelta?

—Lo más seguro es que no haya podido llegar a una cabina. Dame, deja que lo haga yo —

dijo Josie.

Le quitó a Hattie el pelapatatas de las manos y se puso a trabajar. Tenía que mantenerse ocupada para no pensar; para que no le doliera tanto.

Después de recoger las cacerolas y guardarlas en el armario, puso la mesa. Le sacó brillo a la cafetera, a la tetera, a la bandeja, a la lechera y al azucarero. Y estuvo todo el tiempo atenta, esperando el ruido de sus pasos, esforzándose por ahogar las lágrimas que deseaba derramar.

Rogó en silencio para que su prometido apareciera. Pero él no se presentó.

Se dijo a sí misma que habría una razón de peso que justificara su ausencia. Era ridículo que se preocupara tanto y que se sintiera tan dolida.

Pero esa era la realidad. El dolor lo tenía ahí, anclado en el fondo del corazón. Y poco después, cuando buscó refugio en la soledad de su dormitorio, allá para las once de la noche, llegaron las lágrimas.

Josie no solía llorar muy a menudo. Era más bien una chica fuerte, que no solía deprimirse.

Pero esa noche lloró.

Se quitó el vestido de gasa rosa que se había comprado especialmente para aquella velada y lo colgó en el ropero. En el baño se lavó la cara y los dientes. Se deshizo la laboriosa trenza que tanto rato le había costado hacerse y sacudió su abundante cabellera. Todo ese rato estuvo aguantándose las lágrimas. Pero cuando se metió en la cama, empezó a llorar.

Intentó acallar las lágrimas, pero esa vez no le dio resultado.

Lloró y lloró amargamente.

Lloró por la cena perdida, por sentirse tan sola en su cumpleaños, por lo imbécil que había sido al ilusionarse, por lo ridícula que era.

Lloró por la niña que había sido, siempre de espectadora. Y lloró por la joven a quien nada parecía importarle ya.

No sabría decir cuánto tiempo estuvo allí llorando, pero pasado un rato oyó unos golpes en la puerta.

Tragó saliva alarmada, intentando ahogar sus sollozos, controlarse. ¡Lo que menos falta le hacía era que uno de los huéspedes la hubiera oído! Pero probablemente no se trataría de eso.

Además, la habitación junto a la suya era donde estaba Sam, y él no estaría por allí un sábado por la noche. Seguramente algún huésped necesitaba algo; una almohada extra o hacer una llamada. Josie se enjugó las lágrimas con la sábana, se puso una bata y sonrió con su sonrisa de posadera. Entonces abrió la puerta y se quedó clavada en el sitio.

Era Sam.

— ¿Estás bien? —dijo en tono suave, desprovisto de la burla que ella habría esperado.

Él también parecía algo bajo de forma, con el pelo revuelto, la camisa de manga corta desabrochada y un par de tejanos descoloridos. Estaba descalzo y se balanceaba ligeramente de una pierna a la otra.

Josie ahogó un sollozo y pestañeó.

—Pues claro que estoy bien.

—Te he oído llorar.

Quería negarlo; no quería que Sam Fletcher conociera su debilidad. Lo malo era que, él ya sabía por qué lloraba. Josie se encogió de hombros con torpeza.

—No es para tanto —dijo.

— ¿Te ha dado plantón? —dijo sin censura, más bien con cierta tristeza.

—Seguro que ha habido una buena razón —dijo, encogiéndose de hombros de nuevo.

Él vaciló.

—Seguramente —dijo Sam en voz baja.

— ¿Querías algo? —le preguntó Josie finalmente.

Levantó una mano y Josie vio la botella. No era vino; era una botella de whisky irlandés.

—Dicen que las penas compartidas son menos —dijo—. Ven a tomar una copa conmigo.

Josie frunció el ceño.

— ¿Una copa?

—Hoy es tu cumpleaños, ¿no? Vamos a celebrarlo —dijo Sam arrastrando un poco las palabras, y Josie, que era más razonable, lo miró detenidamente.

— ¿Estás bebido, Sam?

—Aún no —blandió la botella de nuevo—. Pero estoy en ello.

— ¿Y por qué?

—Venga, Josie. ¿Te vas a quedar aquí compadeciéndote de ti misma toda la noche? Es tu cumpleaños, no tu noche de bodas. Tú no eres la única que ha sido abandonada, ¿sabes?

Y entonces lo entendió.

Con el disgusto que tenía, se había olvidado completamente de que ese día Isabel Rule se había casado con otro hombre.

Sintió un tremendo instinto de protección hacia el hombre que tenía delante. El atractivo, fuerte, inteligente y duro de Sam; el hombre que amaba desde hacía diez años.

¿Cómo era posible que Isabel hubiera preferido a otra persona?

—Ay, Sam —sacudió la cabeza con desconsuelo.

Él arrugó el entrecejo, tomándose su respuesta como una negativa.

—No es bueno beber solo. No querrás que lo haga, ¿verdad? —sonrió con pesar—. Es el mejor whisky de Walter —le confió, mirando la botella—. Lo saqué del alijo que mi estimado bisabuelo les ofreció el día de su boda. Solo quedan cinco botellas.

Josie abrió los ojos como platos. Esas botellas eran prácticamente sagradas.

— ¿Y tú has abierto una de ellas?

—A Hattie no le importará. Y me ha parecido apropiado —alzó de nuevo la botella—. He brindado por la felicidad de la novia.

—Ay, Sam —repitió Josie.

La añoranza que empapaba la voz de Sam y el amor contra el que ella llevaba luchando todos esos años se combinaron para ahogar en ella los últimos vestigios de sentido común.

Cerró la puerta de su habitación y lo siguió hasta su dormitorio.

Con la imaginación, con el corazón, y en sueños, había estado en esa habitación anteriormente. En su imaginación le había sonreído y acariciado. Pero eso era real, se dijo a sí misma, y no se atrevería a hacer tales cosas.

Por no decir que estaba prometida.

Sam abrió la puerta y se retiró para dejarla pasar. Por un instante Josie vaciló, pero solo por un instante.

No quería estar sola esa noche; y a Sam le ocurría lo mismo.

Podrían consolarse el uno al otro, sonreírse el uno al otro; beber juntos un poco del fabuloso whisky de Walter.

¿Qué mal le haría?

Sam la siguió y cerró la puerta.

Las dependencias del Capitán era una de las habitaciones más pequeñas del hostal.

Pero en esa ocasión le pareció más pequeña que nunca, con el fuego crepitando en la chimenea, la bañera de hidromasaje en la torrecilla y la cama de bronce que de pronto se veía más grande de lo

que le había parecido al hacerla esa mañana.

Sam estaba sirviendo dos vasos de whisky. La botella estaba casi vacía. Bien, pensó Josie; así no perdería la cabeza.

—Siéntate.

Josie miró a su alrededor. La mecedora estaba llena de libros, papeles y facturas. No había dónde sentarse, salvo la cama.

Sam la estaba mirando, esperando a que se sentara. Si quitaba todo lo que había en la mecedora, él pensaría que estaba loca.

Aspiró profundamente y se sentó como si la cama fuera a explotar al hacerlo. Pero pronto se sintió ridícula, sentándose en el borde de manera tan remilgada; por eso se recostó contra los almohadones y tomó el vaso que él le ofrecía.

Sus dedos se rozaron una milésima de segundo, lo suficiente para hacerle sentir una especie de descarga eléctrica.

Sam dejó la botella sobre la mesilla de noche y alzó el vaso en un brindis.

—A su salud —dijo con soma.

Josie sabía a quiénes se refería. Por su parte a Kurt y por la de él a Isabel. Josie pegó los labios al borde del vaso y bebió del agua de fuego.

Sam hizo lo mismo. Se pasó la lengua por los labios y sin dejar de mirarla dijo:

—Por nosotros.

¿Nosotros?

Dieron otro trago. Josie sintió el calor del whisky que le llegaba hasta los dedos de los pies. Pero aquel trago pareció suavizarla, relajarla. Sam la miró.

—Hazme un sitio.

Josie lo miró y luego hizo lo que le pedía. Sam se sentó y seguidamente se recostó; tenía el hombro apoyado contra el de ella. Josie sintió el calor de su cuerpo a través del fino algodón de la bata y su camisa. Aquel calor era más intenso que el que le había proporcionado el trago de whisky. Josie intentó apartarse, pero Sam le agarró de la rodilla con firmeza.

—No lo hagas —dijo con voz ronca—. Quédate.

Josie volvió la cabeza y vio sus ojos marrón oscuro a solo unos centímetros de ella; la boca casi al mismo nivel que la suya. Estaban tan cerca que a la pálida luz de las llamas era capaz de ver el vello que le cubría el mentón, e incluso una pequeña cicatriz que le había dejado la varicela al lado de la boca y que al sonreír se trasformaba en un hoyuelo. Josie deseó acariciárselo.

La situación había llegado a un punto peligroso.

Dio otro trago del whisky de Walter y el peligro retrocedió.

Tan solo se trataba de Sam. Nada ocurriría entre ella y Sam; nada

había ocurrido en esos diez años.

Pero entonces la besó.

El roce de sus labios fue cálido y suave; más suave que el whisky, más cálido también.

No la quemó como el whisky, pero el calor estaba allí, prendiendo, chisporroteando y convirtiéndose en una auténtica llama.

¡Sam la estaba besando!

No podía ser; estaba equivocada, se había vuelto loca.

Cerró los ojos y entreabrió los labios para saborear la lengua y los labios de Sam. Se resistió un momento, pero solo un momento.

Sam sabía de maravilla; mejor aún, a gloria. Y cuando él abandonó los labios de Josie para dibujar un húmedo trazo por la mandíbula y la mejilla, Josie gimoteó, instándole a que volviera. Pero la áspera caricia de su barba le pareció tan excitante y dulce como sus labios.

Sus gemidos se transformaron en ronroneos.

La necesidad que llevaba acumulándose en su interior tanto tiempo que ya no recordaba, pareció florecer en ese momento, abrirse y responder a las caricias de sus labios.-

« ¡Estoy con Sam!», pensó.

Su razonamiento intentó avisarla, pero su cuerpo iba por otro camino. Y su corazón, que Dios la ayudara, parecía por fin sentirse aliviado.

Sus labios, que parecieron razonar mínimamente, consiguieron articular unas palabras.

—No deberíamos...

¿Pero qué se suponía que tenía que hacer cuando él le decía que sí, que lo sabía, pero no dejó de besarla?

Se sentía tan bien entre sus brazos...

—Sam, no podemos…

—Calla... —le susurró al oído—. No lo haremos.

Entonces Sam se apartó de ella lo suficiente para llenar los dos vasos, pero seguidamente le echó el brazo por la cintura y la estrechó contra su cuerpo.

—No lo haremos —repitió y dio un trago. Josie hizo lo mismo.

—Es un imbécil —dijo por fin.

Le tomó de la mano, uniéndolas en una sola.

—Ella también —susurró Josie, apretándole la mano.

Sintió que Sam sonreía, apoyando la cara en sus cabellos.

—Ella no lo ha creído así.

Josie deseó que la mirara. Alzó la mano y le acarició el mentón. Estaban tan cerca el uno del otro que le rozaba la mejilla con las pestañas. Como no veía nada decidió besarlo.

—Lo siento; lo siento tanto —lo sentía por su dolor, por el daño que Isabel le había causado, no por lo que estaba pasando en ese

momento.

Entonces lo besó y dejó que la besara, una y otra vez.

Josie había entretejido esa fantasía en un imaginación durante años: el momento en que Sam finalmente se fijara en ella, en que sus instintos se despertaran ante la mujer en la que se había convertido, y que la deseara.

Los besos cambiaron. Sam empezó a hacerlo con avidez, cubriéndole los labios con persuasión, buscándola, saboreándola.

Josie entendió sus exigencias porque ella sentía lo mismo. No se enteró del momento en que se olvidó de Kurt, de su cumpleaños, de la soledad y de sus sueños. La realidad se impuso, haciéndole sombra a todo lo anterior.

Y esa realidad era Sam.

Cuando empezó a acariciarle por todas partes, a aprender los contornos de su cuerpo, Josie se entregó a las sensaciones. Le permitió acariciarla porque era lo que deseaba.

Jamás intentó pensar que era Kurt el que la estaba acariciando. El whisky podía haberle hecho bajar la guardia, pero no le había enturbiado el pensamiento. Sabía de quién eran los dedos que le rozaban la piel bajo el camisón; sabía a quién pertenecía aquel cuerpo que se movía encima de ella, duro como una roca; sabía a quién pertenecían aquellos labios que la besaban sin tregua.

Y sabía que no le preocupaba. O quizá se preocupaba demasiado por el hombre equivocado. Por Sam.

No sabía lo que sentía Sam, ni lo que pretendía. De momento le bastaba con estar entre sus brazos. Se deleitó al sentir las yemas de sus dedos acariciándole los brazos con suavidad.

Se estremeció cuando esos mismos dedos se deslizaron sobre sus senos.

Pero eso no era suficiente. Josie también necesitaba acariciarlo.

Dejó el vaso sobre la mesilla y tímidamente le acarició el brazo, deleitándose con el tacto sedoso del vello teñido por el sol. Seguidamente movió la mano y la introdujo por la abertura de la camisa, para palparle el pecho desnudo.

Era la primera vez que le tocaba el pecho. Había deseado hacerlo, soñado con ello incluso, pero hasta entonces no se había atrevido.

Era cálido, suave y fuerte; velludo también. Igual que sus brazos, fuertes y morenos.

Sam era un hombre de negocios pero con el cuerpo de un hombre que realizaba un trabajo físico. ¿Qué hacía cuando no estaba trabajando o cruzando el océano montado en un avión?

No lo sabía y quería saberlo.

Quería conocerlo todo de él. Lo que pensaba, lo que esperaba, lo que soñaba, lo que sentía con sus caricias cada centímetro de su

cuerpo.

Él le quitó la bata lentamente. Tenía la cabeza inclinada sobre sus pechos, mientras depositaba ligeros y húmedos besos a través del fino algodón del camisón, incitándola bajo la tela humedecida.

Josie se estremeció de deseo. Con una mano le agarró del pelo por la parte de la nuca y arqueó la espalda, pegándose más a él.

Él le subió el camisón y Josie supo que si no lo detenía en ese momento ya no habría vuelta atrás. Y aunque lo sabía, se había equivocado. Hacía rato que se le había pasado el momento oportuno para detenerlo. Él no podía controlarse y ella tampoco.

Tal vez se había engañado a sí misma pensando que podía casarse con Kurt. Lo quería, pero como a un hermano, no cómo quería a Sam.

Las sensaciones y sentimientos que Sam le estaba provocando eran tan fuertes que parecían inevitables, predeterminados.

Sam intentó desabrocharse los botones de los tejanos, pero los dedos se le habían vuelto torpes. Soltó una palabrota porque le temblaban los dedos.

Josie sonrió.

—Déjame a mí.

Al desabrochárselos, le rozó la ávida presión bajo la tela y oyó cómo aspiraba ruidosamente.

Nada más desabrocharle los pantalones, Sam se los quitó y seguidamente los calzoncillos. Le tocó a Josie el turno de lanzar una exclamación entrecortada. Había visto a Sam en bañador, e imaginado la virilidad escondida bajo la tela. Pero el verlo totalmente desnudo era un espectáculo impresionante.

Desgraciadamente, no le dio tiempo. Sam Fletcher, en su espléndida desnudez, se colocó encima de ella, haciéndose un hueco entre las piernas de Josie. Ella no perdió el tiempo y le rodeó con las piernas la cintura, disfrutando y amando cada compacto centímetro de su virilidad.

Jamás lo había hecho con Kurt, ni con ningún otro hombre. Debería haber sentido miedo, recelo, terror... Pero no sintió nada de eso.

Porque por muy mal que le pareciera después, en ese momento le parecía que estaba haciendo lo correcto; porque era Sam y llevaba años amándolo de todo corazón.

Sintió un dolor, breve y agudo. Sam se quedó quieto y se alzó sobre ella; entonces la miró con perplejidad, el reconocimiento asomando a su mirada.

Se miraron y el tiempo se detuvo.

Un temblor le sacudió el cuerpo y Josie lo vio tragar saliva, vio cómo se mordía el labio, aguantándose.

Ella le acarició los cabellos a la altura de la nuca y él se

estremeció.

Sam cerró los ojos y arqueó el cuerpo y Josie le acarició la mejilla.

—Sam —susurró—. Mi Sam.

Entonces perdió el control.

—Ah, Josie —murmuró y dejó caer la cabeza sobre su hombro, para seguidamente tomarla enteramente. Y al tiempo que Josie dejaba de sentir dolor, el deseo fue creciendo en su interior y arqueó la espalda para completar su unión.

Sintió que Sam se desplomaba entre sus brazos y Josie lo estrechó contra su pecho.

Una serie de suaves descargas parecieron desgranarse en sus entrañas. Y entonces, que Dios la ayudara, sintió que lo amaba más que nunca.

Y, como era boba, seguía amándolo. Como era tonta y a pesar de saber que había una pared que los separaba, Josie revivió de nuevo ese amor.

Y más tonta aún porque él no la amaba; de eso se enteró muy pronto.

Durante el resto de aquella noche se engañó a sí misma diciéndose que él la amaba. Se había quedado con él en su dormitorio, abrazándolo mientras dormía y repitiéndose para sus adentros que todo saldría bien.

Al día siguiente le diría a Kurt que habían cometido un error prometiéndose en matrimonio. No era la chica para él y esa era la pura verdad.

¿Pero cómo iba a casarse con 5Sam cuando sabía que él seguía amando a otra mujer?

Le había dicho que no y volvería a decírselo.

En el silencio de su habitación repitió la palabra.

—No.

Debería haberle dicho eso siete meses atrás y lo sabía.

Pero también sabía que estaba contenta de no habérselo dicho.

Colocó la mano sobre su tirante y distendido abdomen, donde el hijo de Sam descansaba bajo su corazón.

Tan solo por su hijo quizá se atreviera a decirle que si.

Capítulo 4

JOSIE se tropezó con Humphrey Bogart y se le cayeron al suelo las torrijas con compota de manzana.

— ¡Mierda!

Fue la gota que colmó el vaso.

Se había pasado casi toda la noche despierta, dando vueltas y más vueltas, reviviendo aquella noche de septiembre junto a Sam, y oyéndolo dar vueltas a él también.

¿En qué habría estado pensando Sam?

No quería saberlo. Ya tenía bastante con sus turbadores pensamientos. Y pareció que el bebé sintió su inquietud porque también había estado bastante intranquilo. Cuando apenas había terminado de cerrar los ojos, sonó el despertador a las seis y media de la mañana.

Josie lo apagó y se levantó de la cama pesadamente, evitando mirar su reflejo en el espejo mientras se cepillaba el pelo y se lavaba los dientes. Luego, bajó a la cocina sin hacer ruido para preparar los desayunos.

Tenía cuatro huéspedes que iban a hacer la ruta de los monumentos en bicicleta, por el lecho de una antigua vía que iba de Dubuque a Dyersville. Le habían pedido el desayuno muy temprano para poder salir a las ocho.

Normalmente a Josie no le costaba ningún trabajo hacer ese tipo de cosas, pero esa mañana el cerebro no le funcionaba.

Se había cortado el dedo preparando una macedonia de frutas y manchó los plátanos de sangre, con lo cual tuvo que tirarlos. Después se le quemaron las salchichas. Se le olvidó que uno de los huéspedes era vegetariano y tuvo que salir a toda prisa para retirar el plato de salchichas medio quemadas, disculpándose porque se lo había avisado de antemano. Pero ya no podía ir tan deprisa como antes. Calculó mal y se dio un buen golpe en la tripa con la encimera. Para agradecérselo, el bebé le pegó una patada.

Cinco huéspedes más se sentaron a desayunar, pero Josie no tenía preparados sus desayunos; y luego cuatro más antes de que hubiera terminado con los cinco.

Los tres últimos llegaron tarde, aunque les tenía los desayunos preparados. Y fue entonces cuando se tropezó con Humphrey Bogart y las torrijas, las salchichas y Josie acabaron en el suelo.

— ¡Ay, por Dios!

Pero antes de decir nada más un par de fuertes brazos la estaban levantando del suelo.

Sam la puso de pie en un instante, pero no la soltó. Era la primera vez que la tocaba desde que habían hecho el amor.

— ¿Estás bien?

Asustada, tanto por su proximidad como por la caída, Josie se echó hacia atrás.

—Bien! Acabo de tropezarme con el perro.

Intentó librarse de él, pero Sam no la soltó.

— ¿Estás segura?

No había sido una mala caída.

—Por favor —le dijo—. Suéltame. Tengo que servir el desayuno.

«Tengo que alejarme de ti», pensó.

—Tienes que sentarte.

—No, yo...

Pero Sam la agarró de los hombros y la condujo no hacia una de las sillas de la cocina, sino al pequeño office, derecha hacia el confidente.

—Siéntate.

— ¡No puedo! Tengo que...

—Haz lo que te digo.

— ¿Y por qué iba a hacerlo?

Él le sonrió con serenidad.

—Porque si no lo haces te despediré.

— ¡Los huéspedes tienen que desayunar!

—Los huéspedes van a desayunar... si dejas de intentar levantarte.

Josie entrecerró los ojos e intentó mirarlo con desaprobación. Sam no se movió. A Josie le dio la impresión de que se quedaría allí plantado todo el día si seguía discutiendo con él.

—Alguien tiene que recoger y limpiar —añadió.

—Tú desde luego no.

Abrió la boca para discutir, pero él la miró enfadado.

—Josie. Ya es suficiente.

—Muy bien —dijo exasperada—. Hazlo tú, entonces. Sirve. Limpia —se cruzó de brazos—.

Haz lo que te dé la gana; me da igual.

Él sonrió.

Sam Fletcher tenía una sonrisa deslumbrante. Volvió la cabeza rápidamente y agarró la primera revista que vio, fingiendo indiferencia.

—Eso está mejor —asintió él con satisfacción.

Luego, sin dejar de sonreír, se volvió y fue hacia la cocina.

Josie se quedó sentada en el confidente echando humo durante una hora larga, oyendo el murmullo de la voz de Sam mientras hablaba con los huéspedes. Deseó oír lo que decía, pero le era imposible.

Trató de ponerse en pie para acercarse a la puerta a escuchar, pero las piernas le flaquearon. ¿Le habría afectado la caída más de lo que

había pensado? El bebé se movió en su vientre. Josie se quedó sentada, sin moverse, para ver si sentía algo parecido a una contracción. Últimamente había tenido algunas. Con las primeras sintió una especie de tirantez en el abdomen y no había sabido a ciencia cierta lo que era. La última vez que había ido al ginecólogo se lo había preguntado.

—Son contracciones —le había dicho—. Siendo tan espaciadas no pasa nada. Todavía no te van a dar continuas; es demasiado pronto.

—Todavía es pronto —le dijo al bebé—. Demasiado pronto.

Aún le faltaban dos meses para dar a luz. Josie se agarró la tripa con ambas manos, como si al hacerlo así pudiera evitar que le diera otra. Sintió al bebé moviéndose de nuevo, pero no pasó nada más. Josie respiró aliviada.

Oyó el ruido de los platos en el fregadero; después el tintineo de la plata. El desayuno había terminado. La puerta de uno de los armarios de la cocina se cerró de golpe. Se oyó un bufido seguido de un maullido, y Sam soltó una palabrota.

Se abrió la puerta y Sam entró en la habitación, depositándole sobre el regazo a un quejoso Errol Flynn.

—Toma. Que se quede aquí contigo. Ahora vengo con los otros dos; y con el perro. No sé cómo no te has matado en la cocina. Estos malditos bichos están todo el rato pegados a los pies.

—Estoy acostumbrada a ellos —Josie acarició a Errol Flynn, que parecía muy molesto.

—Bueno, pues yo no —Sam miró hacia la cocina y luego hacia ella —. ¿Qué tal estás? —la repentina suavidad de su tono de voz le llegó al alma.

—Bien. Ya te lo he dicho.

—Te traeré una taza de té.

—No necesito...

Pero pareció no importarle lo que ella necesitara o dejara de necesitar. Al poco rato estaba de vuelta, con Wallace Beery y Clark Gable en brazos y Humphrey Bogart caminando detrás de él.

—No se van a querer quedar —le dijo Josie.

—Lo harán.

Salió y volvió con una golosina para el perro y un cuenco de leche para los gatos.

—Se supone que no deben tomar leche.

—También se supone que no deben estar pisándole a uno los talones.

Josie lo miró y frunció el ceño. Pero los gatos parecían contentos. Errol saltó de su regazo y se unió a los otros dos alrededor del cuenco. Humphrey miró a Sam y meneó el rabo, esperando para que le diera otra galleta.

—Chantaje —murmuró Josie cuando Humphrey consiguió lo que quería.

Volvió a dedicarle una de esas malditas sonrisas suyas.

—Haré lo que sea —le guiñó un ojo, ella se hizo la desentendida y Sam salió, cerrando la puerta tras él.

—Haré lo que sea —dijo ella en tono burlón.

La puerta se abrió de nuevo.

—Con leche y sin azúcar, ¿verdad?

Ella asintió con sobresalto y Sam se marchó de nuevo.

—Vete —dijo en voz baja—. Por favor, por favor, vete.

Tardó tanto en volver que Josie pensó que se había olvidado de ella. Eso le hizo sentir alivio. Pero entonces la puerta se abrió otra vez y apareció Sam con una taza de té en la mano.

—Gracias —dijo con recelo, pero al dar un sorbo del brebaje caliente se sintió mejor.

— ¿Todo bien?

Josie asintió.

—Estupendo —le sonrió, ladeó la cabeza, abrió y cerró la mano y se volvió hacia la cocina.

Josie lo observó marcharse y sintió ganas de llorar.

— ¿Todo bien? —repitió, igual que había hecho él. No, nada iba bien. Nada de nada.

—Todas las jóvenes deberían tener un marido como el tuyo —le dijo la señora Jensen mientras le entregaba la tarjeta de crédito ese mismo día.

— ¿Cómo?

—Qué joven tan razonable. Nos dijo que estaba sirviendo el desayuno para que tú pudieras descansar.

—Ya —dijo Josie—. Sí, bueno, se ha mostrado algo... insistente.

—Disfruta de ello, querida —se apresuró a decirle la señora Jensen —. No todos los hombres son así.

—No.

Josie le devolvió la tarjeta de crédito. La señora Jensen le dio una palmada en la mano.

—Y qué detalle llevar tus anillos a agrandar.

Josie se miró los dedos, desprovistos de anillos.

— ¿Mis anillos? —repitió enfáticamente, con los ojos saliéndosele de las órbitas.

—Ay, Dios mío. Tal vez no debería habértelo dicho. ¿Crees que quería darte una sorpresa?

Josie sacudió la cabeza con aturdimiento. ¿Anillos? ¿Qué anillos?

—Me fijé que no llevabas anillo de casada —le confió la señora Jensen—. Por eso le pregunté si tenías el mismo problema que yo durante mi embarazo. Las manos y los pies se me hincharon mucho y

creí que a ti te había pasado lo mismo.

Josie sintió que el rubor le teñía las mejillas. Intentó retirar la mano, pero la señora Jensen no la soltó.

—Y Sam, así se llama, ¿no? Sam dijo que sí, que estabas algo hinchada y que había llevado tus anillos al joyero.

— ¿Hinchada? —Josie escupió. La señora Jensen sonrió.

—Es mucho más amable que lo que dijo Tom —volvió la cabeza y miró a su esposo con cariño—. Él le decía a todo el mundo que yo estaba engordando.

—Eh, esto, yo jamás... —protestó el señor Jensen. Pero la señora Jensen se echó a reír.

—No te preocupes, querida. Yo perdí todos los kilos que había engordado después de tener al bebé. Estoy segura de que tú también —le dio otra palmada en la mano y dirigió su mirada hacía el vientre de Josie—. Cuando volvamos en julio nos encantará ver al nuevo miembro de la familia.

—Ah, sí... —dijo Josie con distracción.

Normalmente solía recordar los planes de sus huéspedes, pero en ese momento no lograba recordar los planes de los Jensen para el verano.

—Nuestra reunión familiar, ¿no te acuerdas? Estarán nuestras tres hijas con sus familias.

Lizzie tuvo un bebé en Navidad, así que Ashley tendrá nada más que unos meses más que el tuyo. Podréis comentar muchas cosas. Tu Sam y Mark podrán hacerlo también. Cuando nació Ashley, Mark se desmayó. Me apuesto lo que quieras a que tu Sam no lo hará.

Josie ni siquiera se aventuró a contestar a eso.

Esbozó su mejor sonrisa y rezó para que los Jensen se marcharan mientras siguiera conservando algo de cordura.

— ¿Por qué les has dicho que eras mi marido?

Sam, que estaba en el porche delantero, despidiéndose del tercer grupo de huéspedes a quienes había dicho que era su esposa, se volvió al percibir la rabia que impregnaba sus palabras.

—No fui yo.

— ¿No? ¿No has dicho nada de ajustar el tamaño de mis anillos?

—Bueno, una señora ha comentado que no llevabas ningún anillo y me ha dado la impresión de que no le parecería bien si le dijera que vivimos juntos.

— ¡No vivimos juntos!

—Ahora sí.

—Ya sabes a lo que me refiero —dijo enfurecida—. Y preferiría que no equivocases a los huéspedes. Sobre todo a aquellos que van a volver dentro de tres meses, esperando vemos como una familia feliz.

Sam se encogió de hombros.

—No es algo tan malo. Espero que lo seamos.

— ¿Qué?

—Ya me has oído.

Josie se estremeció involuntariamente.

—Ya te he dicho que no.

—Eso fue ayer.

—Nada ha cambiado.

—Todavía.

Maldición. ¿Por qué tenía que mostrarse tan presuntuoso? ¿Tan seguro de sí mismo?

¿Por qué era tan fuerte? ¿Tan guapo?

—No voy a cambiar de opinión.

Él sonrió.

—Entonces tendré que convencerte.

Ella sacudió la cabeza.

—No puedes. Estarás en Nueva York.

—No.

— ¿Qué quieres decir con que no?

—Me voy a quedar aquí.

— ¡No puedes! ¡Tu trabajo está allí! ¡Eres el presidente de Fletcher's, por Dios bendito!

Mucha gente depende de ti.

Él la miró a los ojos.

—Solo hay una persona que quiero que dependa de mí —entonces le miró la tripa—. Una —

repitió—, de momento.

— ¡No seas ridículo!

—No lo soy.

— ¡No puedes quedarte aquí!

—Voy a quedarme aquí, Josie —le dijo—. Ya puedes ir acostumbrándote.

No lo había dicho en serio, por supuesto.

Le resultaría imposible. ¿Cómo podría dirigir una empresa multimillonaria con base en Nueva York desde un hostal en un pueblo de Iowa?

Josie decidió que no podía ser cierto. Y respiró aliviada hasta la tarde en que un hombre se presentó a tender una línea nueva de teléfono y de fax.

— ¿Dónde quiere colocarlas, señora? —le preguntó el técnico desde detrás de una caja enorme que parecía pesarle mucho.

Ella lo miró desconcertada y al momento se acercó Sam.

—Venga para acá. Voy a montar una oficina en la habitación Coleman —le dijo a Josie mientras el técnico pasaba.

— ¡No puedes! ¡Ya está reservada!

—Lo siento. Dales otra habitación. Envíalos a La Sastrería.
—No pienso mandarlos ahí.
Él se encogió de hombros tranquilamente.
—Entonces ofréceles el confidente del office.
—Les daré la habitación de la señora Shields —dijo, apretando los dientes.
—Esa les gustará. Es más grande y mejor —Sam le indicó al técnico que subiera por las escaleras; luego se volvió hacia Josie, que lo miraba angustiada—. No te preocupes. No es bueno ni para ti ni para el bebé.
Josie se imaginó dándole un puñetazo. Luego alzó la mirada al cielo.
— ¿Cómo pudiste hacerme esto, Hattie? —le preguntó a su querida y fallecida amiga y jefa
—. No sabes lo que has hecho.
No era fácil ignorar a Sam. Si se hubiera quedado en la habitación Coleman le habría resultado más sencillo, pero no lo hizo.
A cada rato metía la cabeza en la cocina, haciéndole preguntas, tomando notas y pidiéndole que le recordara sus reuniones con hombres de negocios tailandeses o relojeros alemanes; o bien pidiéndole que llamara a su secretaria, Elinor, para que se encargara de un cargamento de paraguas japoneses.
¡Paraguas, por Dios bendito!
Josie deseaba poder mandarlo a freír espárragos, pero no quería que Sam supiera lo nerviosa que le ponía.
También habría ayudado si Sam no hubiera decidido a jugar a hotelero. En dos ocasiones sonó el timbre de la puerta y, antes de que Josie pudiera llegar, ya estaba allí Sam, saludando a los huéspedes con el aplomo y la amabilidad que hacían de él un hombre de negocios de tanto éxito.
Josie se dijo que Sam tenía todo el derecho. El era el jefe; solo deseó que lo dijera. Sin embargo, siempre decía:
—Esta es Josie.
Y entonces la miraba con posesividad y todas las mujeres se fijaban en la enorme tripa de Josie y en la expresión de adoración de Sam. Seguidamente sonreían y le preguntaban para cuándo esperaba el bebé, y luego comentaban lo agradable que resultaba tener a su esposo con ella todo el tiempo.
Josie tenía ganas de estrangularlo. Deseaba poder gritarle a todo el mundo que no estaban casados, pero no podía, porque a los huéspedes no se les podía gritar.
Pero quizá le gritara a su jefe cuando tuviera la oportunidad. En la mayoría de los casos sonreía cortésmente y luego escapaba lo antes posible. Si él quería recibir a los invitados, le parecía bien, pensó

malhumorada. Así no tendría que sonreír todo el santo rato.

—Qué cara de mal humor tienes.

Josie alzó la cabeza de un ramo que estaba preparando para una de las habitaciones y vio a Cletus y Benjamín entrando por la puerta de servicio. Sonrió a los dos hombres y se retiró el pelo de la cara.

Aquel día había empezado a hacer calor y como estaba embarazada era más sensible a las altas temperaturas y se ponía de mal humor. En realidad quizá fuera una buena cosa que Sam se hubiera hecho cargo de los huéspedes; seguramente resultaba mucho más encantador que ella en esos momentos.

—Nada de eso —les dijo, alzando de nuevo la cabeza.

Sabía que los dos hombres se preocupaban más por ella desde la muerte de Hattie.

—Es que tengo calor.

— ¿Quieres que encienda el aire acondicionado? —le preguntó Cletus.

—No. Sobreviviré.

—Me alegro oírte decirlo –dijo Benjamín en tono seco—. Porque no pareces muy contenta.

Josie se encogió de hombros

—Bueno, no me encuentro demasiado bien, Eso es todo.

— ¿Sam no está dándole largas al asunto de la boda?

Josie alzó la cabeza bruscamente.

— ¿Qué boda?

—La vuestra.

—No va a haber ninguna boda —les dijo Josie.

Benjamín frunció el canoso ceño.

—Por supuesto que sí; a eso ha venido.

—Quizá, pero eso no significa que yo vaya a casarme con él.

Cletus parecía molesto.

— ¿Y por qué no?

—Porque no quiero —Josie dijo con firmeza.

— ¿Por qué no? —le preguntó Benjamín.

Josie ahogó un suspiro. ¿Dónde decía que tenía que explicar su decisión a un par de viejos entrometidos?

—Uno no se casa solo porque vaya a tener un bebé.

—A mí me parece una estupenda razón para hacerlo —resopló Cletus.

—Estupenda —repitió Benjamín.

Josie sacudió la cabeza.

—Yo no lo creo así.

— ¿Se te ocurre otra mejor?

—El amor.

—Tú lo amas —ambos la miraron, desafiándola a que lo negara.

Josie apartó la mirada y se mordió el labio. Juntó unas ramas más de eucalipto y las ató con un alambre.

— ¿No es cierto? —le insistió Benjamín.

—Una vez estuve enamorada de él —Josie confesó bastante molesta—. Pero eso fue hace mucho tiempo.

Dos pares de cejas se arquearon con escepticismo.

—Eso terminó —insistió. Cletus ladeó la cabeza.

— ¿No sigues, esto, enamorada?

—No, no sigo enamorada —los miró con expectación—. ¿Os creéis capaces de manteneros al margen de esto? —sugirió.

—Solo tratábamos de ayudar —le dijo Cletus.

Josie se armó de paciencia.

—Lo sé. Pero no me habéis ayudado; al contrario, así me resulta más difícil.

—Yo me casaré contigo —dijo Benjamín.

Cletus y Josie lo miraron boquiabiertos.

—Lo haré —dijo Benjamín, mientras se ponía colorado como un tomate—. Quiero decir, si estás buscando a alguien que te quiera... —un par de ojillos azul pálido la miraron con insolencia.

Josie sintió una inmensa ternura hacia el viejo. Dejó la rama de eucalipto y abrazó a Benjamín.

—Oh, Ben —Josie le besó la colorada mejilla—. Eres tan bueno conmigo.

—Lo digo en serio —dijo con nerviosismo—. De verdad.

—Aprecio tu ofrecimiento; sabes que sí. Y os quiero a los dos —sonrió y miró también a Cletus—. Pero no cómo deseo querer al hombre con quien me case. Y tampoco —añadió con cierta nostalgia— es lo que deseo que él sienta hacia mí.

— ¿Y no crees que Sam siente eso? —Cletus le preguntó, pasados unos momentos.

Josie sacudió la cabeza.

—No. Fue... un error. Cometimos un error. Casarme con él sería cometer otro —miró a uno y luego al otro, buscando su aprobación.

Los dos hombres la miraron y sacudieron la cabeza. ¿Qué era lo que quería? ¿Que le dijeran que Sam la amaba como ella siempre lo había amado?

Pero de haberlo hecho, no habría servido de nada. Tendría que oírlo de labios de Sam para creerlo.

Y Sam jamás le hablaría de amor; Sam solo hablaría del deber y la responsabilidad.

Y Josie no deseaba ser simplemente otra más de sus responsabilidades.

Ojala se marchara.

Y si no quería hacerlo por voluntad propia, Josie se encargaría de



ayudarlo.

Capítulo 5

NO DEBERÍA resultarle tan complicado. Sam estaba acostumbrado a llevar su negocio por teléfono y fax, a los correos electrónicos y a los teletextos. Y si sus hombres de negocios tailandeses no podían desplazarse hasta Dubuque, mala suerte. Pasaría sin ellos.

Pero nada marchaba bien; nada en absoluto. Los mensajes se perdían o resultaban indescifrables.

Se encontraba la mesa limpia de papeles y la papelera vacía en cuanto ponía un pie fuera de la habitación. Proyectos en los que llevaba meses trabajando, se desvanecían así sin más.

La nueva línea de teléfono no dejaba de desconectarse. El técnico dijo que no entendía el problema, pero fue hasta allí para comprobarlo in situ. Al hombre le pareció que todo estaba perfectamente.

Le preguntó a Josie si tenía el mismo problema con la línea del hostal, pero ella le dijo que no. Fue casi lo único que comentó al respecto.

Parecía evitarlo la mayor parte del tiempo y la otra parte estaba justamente donde tenía que estar él, pasando la aspiradora, dando martillazos o llevando a grupos de huéspedes a ver la habitación.

Siempre había tenido la romántica fantasía de que las mujeres embarazadas se mostraban serenas y sosegadas. Josie no estaba ni sosegada ni serena.

En cualquier caso, tres días después, empezó a cansarlo. No podía llevar el negocio como lo haría cualquier mujer embarazada. Josie no.

Embarazada y todo, aparte de dirigir el hostal tenía al mismo tiempo que volver a decorar la casa.

Una tarde la encontró colgando unos cuadros que había comprado recientemente en una subasta pública. Los colgaba en un sitio, luego los descolgaba, y los llevaba a otra habitación, para seguidamente repetir la misma operación; sobre todo en habitaciones a donde Sam hubiera decidido escapar para poder trabajar un poco.

—Aquí ya has estado —le recordó cuando entró en la biblioteca con un marco enorme lleno de fotos antiguas de edificios de Dubuque.

—Lo sé. Creí que podría encontrar un sitio mejor —se encogió de hombros—. Pero no —

tenía la cara colorada de tanto esfuerzo. Empezó a levantarlo de nuevo.

— ¡Maldita sea! Dámelo —Sam se lo quitó de las manos—. ¿Dónde lo quieres?

—Ahí —señaló un trozo de pared sobre unos viejos estantes de cerezo empotrados y Sam levantó el engorroso cuadro—. No, allí —se volvió hacia el otro lado y señaló un lugar sobre la nueva bañera de

hidromasaje—. Así podrán contemplar algo mientras se bañan.

Sam bajó el cuadro y lo llevó al otro lado de la habitación. Se quitó los mocasines y se subió al borde de la bañera.

—Pues yo no lo miraría si estuviera compartiendo la bañera con otra persona —le dijo, volviendo la cabeza.

Josie se puso aún más colorada de lo que estaba.

—Cuélgalo y ya está —contestó en tono cortante. Sam lo colgó.

—Ya está —hizo una pausa y contempló el cuadro—. Quizá quedaría mejor sobre las estanterías.

Sam bajó de la bañera.

—Lo siento, tesoro, pero se va a quedar donde está.

—Pero...

Se volvió hacia ella.

—Escucha. Está bien.

—Entonces lo cambiaré yo.

Sam se puso entre ella y el cuadro. Pero antes de poder echarle la bronca, lo interrumpió el estridente timbre del teléfono.

Era Elinor. Estaba intentando pasar por la aduana un cargamento de telas de la India y necesitaba que Sam firmara los papeles que ya le había enviado por fax.

—Tengo que ir arriba a por ellos.

Pero los documentos no estaban allí. Le habían vuelto a limpiar la mesa y la papelera estaba vacía. No fue capaz de encontrar los papeles por ninguna parte.

Fuera, en el vestíbulo, oyó a Josie pasando la aspiradora.

Estaba intentando librarse de él. No hacía falta ser un genio para darse cuenta.

— ¿Qué demonios te crees que estás haciendo? —le preguntó al día siguiente, cuando volvió a la habitación Coleman después del desayuno con un montón de faxes en la mano y se tropezó con una escalera nada más entrar.

Josie estaba subida a ella.

—Arrancando el papel. ¿Qué te parece?

Sam la miró muy enfadado.

—Parece como si estuvieras intentando matarte, ahí subida. Bájate.

—No.

Se dio la vuelta y siguió con su tarea. ¿No?

Sam sintió que le apretaba la corbata pero al ir a aflojársela se dio cuenta de que llevaba puesta una camiseta. Dejó caer el montón de faxes al suelo, estiró los brazos y agarró a Josie de las caderas, levantándola de la escalera.

— ¿Cómo te atreves? —en cuanto estuvo en el suelo se volvió, tremendamente enojada.

— ¿Y por qué no me voy a atrever cuando estás haciendo una

estupidez tan grande?

— ¡Es mi trabajo! La posadera es responsable del mantenimiento del hostal. Puedes leer en qué consiste mi trabajo.

—Haré algo mejor que eso; cambiaré la descripción de tu maldito trabajo. ¡No te vuelvas a subir a esa escalera!

—Pero tengo que hacerlo; lo tengo en la lista. Hattie y yo hicimos una lista el invierno pasado en donde apuntamos qué habitaciones había que pintar y cuáles que empapelar. Los vapores de la pintura son malos para el bebé pero el papel no lo es. Lo he hecho cientos de veces.

¿Quién crees que empapeló todo esto?

Sam no la había soltado y Josie intentó ignorar el roce de sus manos. Sam le soltó las caderas, cuyo tacto no le permitían hablar con coherencia, y la agarró de las muñecas, que le parecieron menos tentadoras.

—Tú. Pero entonces no estabas embarazada. ¿Verdad? —añadió tras una pausa.

Finalmente Josie consiguió apartarle las manos con brusquedad.

— ¡Sabes de más que no!

—Bueno, pues ahora lo estás; de mi hijo, por más señas. Así que no te vas a volver a subir en esa escalera.

Josie desvió la mirada. Punto muerto. Entonces se volvió y lo miró con indignación.

—Hay que hacerlo.

—Entonces contrataré a alguien para que lo haga.

—El dinero lo resuelve todo, ¿no, Sam?

Él apretó los dientes. Sabía que estaba intentando provocarlo; Josie sabía que de cualquier modo el dinero no le importaba. Aunque, en realidad, ella solo estaba buscando pelea.

—El dinero resolverá este asunto —le dijo con toda la calma que le fue posible—. Llama a algún hombre que pueda venir a arrancar el papel.

— ¿Hombre? —Josie dijo con desdén—. ¿No te parece algo machista?

Sam apretó los dientes.

—Vale. Llama a una mujer, a unas trillizas o a una hiena de dos cabezas. ¡Me da igual! Pero no te vuelvas a subir ahí.

Josie lo miró con rabia y él le devolvió la mirada.

Sonó el teléfono de Sam, pero no lo contestó inmediatamente.

—Voy a contestar esta llamada en la biblioteca —le dijo, alzando una mano al ver que iba a protestar—. No me importa si está reservada esta noche. Pueden esperar si quieren o si no, que se vayan a otro sitio. Tengo trabajo y voy a hacerlo. Aquí. Y tú no vas a impedírmelo. Lo único que vas a hacer es dejar de subirte a escaleras.

Otro estridente timbrazo puntualizó sus palabras.

— ¿Alguien va a contestar? —gritó Cletus.

—Fletcher. Un momento —apretó un botón y la miró enfurecido—. ¿Te has enterado?

Durante varios segundos ninguno de los dos dijo nada.

—Buscaré a alguien a quien le haga falta el trabajo —dijo Josie.

Alzó la cabeza, pasó por delante de él y bajó las escaleras.

Por detrás no parecía que estuviera embarazada. Estaba como siempre: como una mujer muy sexy con las piernas más bonitas y largas del mundo. Tan solo el suave balanceo de sus caderas delataba los cambios en su cuerpo. Pero Josie seguía teniendo los andares más sensuales que había visto en su vida, pensaba tragando saliva.

La luz de llamada en espera seguía parpadeando. En ese momento sonó el número del fax.

Sam ignoró el fax y apretó el botón del teléfono.

—Ya era hora —dijo Elinor con irritación—. Al señor Rajchakit le gustaría hablar contigo.

Está esperando. Es conferencia.

—Ah... —Sam se lanzó a hablar con sus nociones de tailandés—. *¡Sa waht! Dee Krahp, señor Rajchakit.*

Ya no había tiempo para seguir pensando en las piernas de Josie.

No fue la semana más provechosa de su vida, de eso estuvo seguro.

Consiguió arreglar unos cuantos asuntos, aunque con más dificultad que de haber estado en Nueva York. Incluso tranquilizó al señor Rajchakit, prometiéndole que se reunirían en Nueva York en el plazo de dos semanas. Sam no estaba seguro de poder ir tampoco.

Dependía de la rapidez con la que Josie volviera a razonar, o de si conseguía o no echarlo de allí.

No quería reconocerlo, pero Josie lo estaba haciendo muy bien.

Cada vez que se ponía a trabajar había siempre un jaleo y un ruido tremendos. En cambio, Josie conseguía crear un ambiente apacible en torno a los huéspedes.

Mientras que él estaba de papel pintado, de polvo y de pintura hasta el cuello, el resto de la gente parecía disfrutar de un remanso de paz.

Le costó cinco días darse su primer respiro. Pensó que lo había conseguido porque la había engañado al meterse a trabajar en Las Dependencias del Capitán sin que ella se enterara.

Sabía que la habitación estaba reservada para esa noche, pero él mismo había contestado a la llamada de los huéspedes, una pareja en su luna de miel, avisándolos de que iban a llegar tarde.

Estupendo, había pensado, y se encerró allí sin decírselo a Josie.

Se pasó tres horas sin que nadie lo molestara y adelantó trabajo que Elinor le había enviado por fax. Incluso consiguió hacer un par de

llamadas sin ser interrumpido.

A las seis se sentía como si hubiera conquistado la cima del Everest. Retiró el último folio de papel de la mesa, se puso de pie y se estiró con ganas.

Le dolía la espalda de haber pasado tanto tiempo encorvado sobre la mesa.

—Estás anquilosado, Sam —se reprendió.

Recogió los papeles, echó una mirada a su alrededor para asegurarse de que estaba lista para los huéspedes y luego salió al pasillo.

En la casa reinaba silencio. Tras las puertas de las habitaciones del señor y la señora Shields se oía el murmullo de las conversaciones de los huéspedes. Había una pareja en el Salón de las Rosas bebiendo unas copas de jerez y leyendo el periódico. Sam habría supuesto que Josie estaría allí, enseñando a los huéspedes las torres de las iglesias y contándoles toda la historia local. Pero no estaba.

— ¿Dónde está Josie? —Sam le preguntó a Errol Flynn, que estaba enroscado bajo un macetero.

Sonó el timbre de la puerta, pero Sam no fue a contestarla.

Le habían dicho muy claramente que ese no era su trabajo. Se agachó y empezó a rascarle las orejas a Wallace, que también estaba por allí.

El timbre sonó de nuevo.

Sam esperó, aguardando a oír las pisadas de Josie saliendo de la cocina. La pareja del Salón de las Rosas lo miró con expectación. Sam arrugó el entrecejo y se asomó al office.

— ¿Josie?

Pasó del office a la cocina, pero allí no había nadie. Por la puerta de servicio vio a Cletus en el jardín trasero, regando unos arriates de flores, pero Josie tampoco estaba con él.

Sam fue a contestar la puerta pero Benjamín se le había adelantado y en ese momento estaba invitando a los huéspedes a pasar.

—. . .no soy tan rápido como solía ser —se disculpaba ante las dos señoras que habían estado llamando al timbre—. Debería haber estado aquí para recibirlas; vivo ahí abajo —señaló con la cabeza hacia la casita que había un poco más abajo por el camino—. Permítanme que les lleve las maletas. Este es Sam —dijo al pasar junto a él—. Y ese es Wallace Beery.

Sam sonrió y Wallace ronroneó. Benjamín acompañó a los huéspedes al piso superior.

— ¿Dónde está Josie?

—Me pidió que cuidara del hostal durante unas horas —dijo Benjamín volviendo la cabeza—.

Por aquí, señoras.

Benjamín se encargó de recibir a los huéspedes el resto de la tarde. Josie tampoco se presentó a cenar y Sam se preguntó si habría salido.

Desde que había estado allí no se había tomado ningún día libre, y por supuesto tenía derecho a ello, pero podría habérselo dicho, pensaba bastante molesto.

Preparó algo de cenar para Benjamín y él, esperando que el locuaz de Benjamín le contara dónde había ido.

Pero Benjamín no dijo nada de ella.

Le contó historias de cuando él y Walter navegaban en barco por el Mississippi. A Sam le parecieron idílicas; un tipo de vida como la de Tom Sawyer y Huck Fian.

Sam recordó que en una ocasión, cuando Walter aún vivía, habían salido en barca hasta una de las islas, donde habían hecho una fogata para asar la comida; luego se quedaron contándose historias hasta bien entrada la noche.

Josie también estuvo allí esa noche, con los ojos brillantes y el semblante risueño, deseando escuchar el relato siguiente. Recordó haberla estado observando, asombrado y divertido al mismo tiempo por su avidez y entusiasmo.

Después de aquello, ella también quiso intentar construir una balsa y al día siguiente se puso manos a la obra.

Sam había pensado que se daría por vencida a las pocas horas, pero se había equivocado.

Le costó tres días cortar las maderas y juntarlas, trabajando todo el tiempo con obstinación. Recordaba el día que la terminó y la sacó en su primer viaje, lo radiante que estaba Josie, lo satisfecha que se la veía por haberlo conseguido. Se ensució, la picaron los mosquitos y el sol le quemó la piel, pero estaba seguro de que jamás había visto a alguien con una sonrisa tan llena de felicidad.

Entonces recordó haber visto esa misma sonrisa dibujarse en sus labios la noche que habían hecho el amor juntos.

Cuando Benjamín se marchó, Sam se sentó solo en el salón, mirando la ciudad y el río, y pensó en esos meses, en esa noche, y en Josie.

Pocas veces se había permitido a sí mismo pensar en ella desde la noche en que habían dormido juntos. Y no había querido pensar en Josie porque en aquella época ella estaba prometida a Kurt.

Aquella mujer que apenas conocía iba a ser la madre de su hijo. ¡Pero en ese momento no tenía ni idea de dónde estaba ni de con quién! Empezó a pasearse por el salón con inquietud. ¡Maldita Josie!

Dieron las nueve, las diez y las once y Josie no aparecía. ¿Habría salido con amigos?

¿Con Kurt quizá?

La idea le puso nervioso. Fue junto al teléfono, abrió la guía y

buscó el teléfono de Kurt. Lo marcó, preguntándose qué diría cuando le contestara. Pero Kurt no estaba y saltó el contestador.

—Soy Kurt Masters. He salido. Por favor deje su mensaje después de oír la señal.

Sam colgó el teléfono con fuerza.

¿Que había salido? ¿Con Josie? ¡Maldición! ¡Tenía que averiguarlo inmediatamente!

Llamaron al timbre y recibió a los recién llegados, que era la pareja que iba a ocupar Las Dependencias del Capitán.

—Espero que no se haya tenido que quedar levantado solo por nosotros —dijo la novia, sonriendo.

Sam sacudió la cabeza.

—No —a pesar de su preocupación, sonrió al verlos. La chica seguía con el vestido de novia y llevaba en la mano un piso entero de la tarta; el novio, con su elegante esmoquin, tenía una caja de pizza en la mano.

—No comimos nada durante el banquete —le explicó la novia—. Espero que no le importe.

Sam sacudió la cabeza, desconcertado. Los acompañó a la habitación y les expresó sus mejores deseos, allí, añadiendo que esperaba que la botella de champaña que Josie siempre dejaba enfriando en el cubo de hielo fuera un buen acompañamiento para la pizza.

Entonces se dio cuenta de que la champaña no estaba Frunció el ceño, extrañado. Josie no solía olvidarse de detalles así. Había esperado que entrara después de salir él, pero ya se había marchado.

—Ahora mismo vuelvo. Los recién casados tienen derecho a una botella de champaña.

El novio lo miró sonriente, mientras la novia se metía en la boca un trozo de pizza.

— ¿Sería posible que nos trajera un par de cervezas en lugar de la champaña?

—Claro —dijo Sam—. Lo que queráis.

Les subió un cartón de seis cervezas.

—Aquí tenéis. Si necesitáis algo más, decídmelo.

—No necesitaremos nada más —le aseguró la novia, volviéndose a sonreír a su marido.

Él le devolvió la sonrisa. Ambos miraron a la bañera de hidromasaje y luego a la cama.

—De acuerdo —dijo Sam, que seguidamente salió y cerró la puerta.

¿Dónde diablos estaba Josie?

Llamó a su puerta y no obtuvo respuesta, pero por debajo vio luz. ¿Habría estado allí todo el día?

— ¿Josie?

Nada. Sam esperó.

— ¿Josie? —repitió en tono más firme. Finalmente oyó unos pasos y la puerta se abrió. Sam la miró con los ojos como platos.

— ¿Pero qué te pasa?

—Nada.

Le estaba mintiendo. Jamás la había visto con tan mal aspecto. Estaba pálida y tenía los labios oscuros, los ojos hundidos y grandes ojeras.

Empujó la puerta y pasó a la pequeña sala.

— ¿Qué te pasa?

Josie se cruzó de brazos y se encogió de hombros torpemente.

—Solo son... contracciones.

— ¿Contracciones? ¿Ya? ¿Vas a tener al niño ahora?

—No. Por supuesto que no —se encogió de hombros—. Bueno, al menos espero que no —

dijo con aprensión.

Sam soltó una palabrota y le echó el brazo por los hombros, instándola a entrar en su dormitorio.

—Tienes que meterte en la cama.

—Estaba en la cama.

—Lo siento. ¿Por qué diablos no me has dicho nada?

Ella no contestó. Intentó librarse de él pero Sam no se dejó. Se quedó junto a ella, retiró el edredón y, una vez sentada, le levantó los pies y la ayudó a acostarse.

— ¿Has llamado al médico?

—Esta vez no.

— ¿Qué quieres decir con esta vez no? ¿Cuántas veces te ha pasado esto, mierda?

—No digas palabrotas —dijo con recelo—. El bebé puede oírte.

—Los bebés reaccionan al tono de voz, no a las palabras —no sabía si era verdad o no pero le pareció bastante lógico—. Llama al médico.

—No hay por qué. Me va a decir que me tumbe y eso es lo que he estado haciendo —estaba blanca como la sábana.

— ¿Cuándo han empezado?

—A la hora de la comida.

— ¡A la hora de la comida!

—No me dan con regularidad —se apresuró a decir—. Bueno, no con demasiada regularidad

—volvió la cabeza hacia un lado y Sam la vio tragar saliva.

—Voy a llamar al médico.

Ella hizo ademán de incorporarse.

—No hace falta que lo hagas.

—Creo que sí. ¡Ni siquiera conozco a tu médico! ¿Cómo se llama?

Por un momento Sam creyó que no se lo iba a decir y se preguntó si tendría que recurrir a zarandearla para sacarle el nombre.

—Doctor Bastrop –dijo a regañadientes—. Pero no deberías molestarlo; hoy es sábado por la noche.

— ¿Es que los bebés solo nacen de lunes a viernes de nueve a cinco? —Sam encontró el número en el listín y lo estaba marcando al tiempo que hablaba.

— ¡No podrá hacer nada por mí! Te va a decir que me meta en la cama y descanse.

—Ya veremos –dijo Sam—. Buenas noches, soy Sam Fletcher. Por favor, quisiera hablar con el doctor Bastrop, inmediatamente.

Cinco minutos después iban de camino al hospital.

Josie se dio cuenta de por qué Sam era un buen presidente de empresa. Sin alzar la voz ni presionar a nadie, consiguió que el centro médico al completo se volcara con ellos.

De haber llamado ella seguiría todavía en su habitación. Pero Sam exigió acción.

—Venga —le dijo mientras colgaba y le tendía la mano—. Nos vamos al hospital.

Josie no se movió. Estaba acurrucada en la cama con los brazos alrededor del abdomen. Le estaba dando una contracción y sacudió la cabeza con rapidez.

—No seas ridícula. El médico ya va para allá.

Aun así Josie no se movió. Respiraba superficialmente. Al verla tan quieta Sam se dio cuenta.

—Te está dando una ahora —afirmó—. ¿Te duele?

Sacudió la cabeza y respiré por la nariz.

—No tanto. En realidad no me duelen, solo es que... —intentó aparentar calma, pero no lo consiguió—. ¿Y si fuera a nacer ya? ¡Es demasiado pronto!

—Pues por eso tengo que llevarte al hospital —estaba tan cerca que Josie sentía su aliento en el brazo—. ¿Se te pasa? ¿Puedes sentarte?

Ella asintió temblorosa.

—Pues arriba —le echó el brazo por la espalda y la ayudó a sentarse; después le colocó el otro brazo por debajo de las rodillas—. Te llevaré.

Josie se puso tensa.

— ¡Ni hablar! —se cerró la bata bastante enfadada—. Sal de aquí.

—Tienes que ir al hospital, Josie.

—Iré, pero primero me tengo que vestir; o sea que sal de aquí para que pueda hacerlo.

Sam vaciló pero finalmente asintió con la cabeza.

—Te espero en la puerta.

Salió y la cerró, pero no se movió de allí.

Cuando estuvo sola se levantó y empezó a vestirse. Pero de repente le dio otra contracción mientras se estaba poniendo un suéter. Fue más fuerte que las anteriores y Josie se agachó, muerta de miedo.

Muchos problemas se evitarían si perdiera el bebé. ¡Pero no quería perderlo! Fue lo primero que pensó nada más enterarse que estaba embarazada.

— ¿Josie? —dijo Sam en tono bajo, pero persistente.

—Espera —terminó de ponerse el suéter.

— ¿Estás lista? —dijo Sam mientras ella se sentaba a ponerse las sandalias. Y si lo estaba o no, no pareció importarle porque abrió la puerta.

—Espera, lo hago yo —y en menos de un segundo se había arrodillado y le estaba metiendo los pies en los zapatos.

Sus cortos y rubios cabellos le rozaban las piernas embutidas en unos tejanos. Tardó un momento en abrocharle los zapatos, pero se le daba mejor que a ella.

—Es un gusto que alguien te ponga los zapatos –dijo sin poder evitarlo.

La miró y sus miradas se encontraron. Ella le sonrió tímidamente y él le devolvió la sonrisa.

Era la primera vez que se sonreían el uno al otro desde que había cruzado la puerta hacía una semana.

—Venga —Sam la ayudó a levantarse—. Vamos.

—Tengo que llamar a Benjamín. Alguien tiene que estar pendiente del hostal y del teléfono.

—Ya lo he llamado yo.

Cuando llegaron a la puerta Benjamín subía por las escaleras del porche. No se había peinado y llevaba la camisa por fuera.

— ¿Estás bien? —le preguntó a Josie; sin esperar respuesta miró a Sam—. No dejes que le ocurra nada malo, ¿me has oído?

Sam asintió.

—Perfectamente.

Cuando llegaron por la puerta de urgencias el médico ya los estaba esperando. Era un hombretón con el cabello entrecano y un enorme bigote de morsa; tenía un carácter amable y campechano que a Josie le hacía sentirse segura.

Le sonrió.

—Querías animarme la noche del sábado, ¿verdad?

—Lo siento —balbuceó Josie—. Estoy segura de que no es nada. Solo es que él... —miró a Sam que seguía agarrándola del codo—. Bueno, quería estar seguro.

El doctor Bastrop miró a Sam. Sabía que Josie no había deseado hacer partícipe de su embarazo al padre del bebé. Al él no le parecía

bien, pero no había dicho nada. En ese momento parecía estar evaluando a Sam. Este lo miró sin pestañear.

Finalmente el doctor Bastrop asintió.

—Bueno, será mejor que echemos un vistazo, ¿vale?

Sam fue a seguirlos a la sala donde iba a examinarla pero el doctor Bastrop se volvió y le dijo:

—En esto no nos puede ayudar. Vaya a pasear por el pasillo. Lo llamaré en cuanto sepa lo que ocurre.

Por un momento Josie pensó que Sam iba a discutir con el doctor. Pero de repente asintió y se metió las manos en los bolsillos.

—Esperaré aquí.

El examen le molestó un poco, pero Josie sabía que era lo normal.

Cuando el doctor terminó Josie se volvió a vestir y se sentó en el borde de la camilla, intentando descifrar la expresión del médico.

No parecía muy seguro.

— ¿Cada cuánto tiempo dices que te han dado?

—A ratos cada minuto, otros cada cinco.

— ¿Desde esta tarde? —tamborileó con los dedos sobre la mesa, la miró y luego se miró los dedos otra vez.

— ¿Va a nacer ahora? —le preguntó al ver que él no decía nada más.

—Espero que no. Vaya a buscar al padre —le dijo a la enfermera.

Dos segundos después Sam entró a toda prisa.

— ¿Está bien?

—Josie está bien.

— ¿Y el bebé? ¿Ya va a nacer?

—Aún no lo sé.

— ¿No puede averiguarlo? —Sam le preguntó con nerviosismo.

—Lo sabré.

—Pero...

—Creo que si descansas y te lo tomas con tranquilidad, las contracciones desaparecerán. Este tipo de contracciones falsas suelen darles a las mujeres que ya han tenido algún hijo. No me preocuparía tanto si este fuera tu tercero, tu cuarto, o incluso tu segundo hijo. Pero para ser primeriza, no lo sé. Si dieras a luz ahora el bebé tendría muchas posibilidades de vivir.

Muchos bebés sietemesinos sobreviven, e incluso de seis meses, pero la Naturaleza prefiere tomarse los nueve meses —miró a Josie y luego a Sam.

—Está bien, me tomaré las cosas con más tranquilidad —dijo Josie inmediatamente—. Es lo que yo estaba diciendo antes de venir.

—Tomarte las cosas con tranquilidad no va a ser suficiente —dijo el doctor Bastrop—. Vas a tener que parar del todo.

— ¿Parar?

—Sí, parar —dijo el médico con firmeza—. No sé si has estado haciendo grandes esfuerzos últimamente, pero está claro que hay algo que está desbaratando los planes.

Josie sintió que Sam se volvía a mirarla y se le subieron los colores.

— ¡Tenía cosas que hacer! Yo no quería... —su voz se fue apagando—. No estaba intentando... —volvió la cabeza, intentando no echarse a llorar.

—No importa lo que estuvieras haciendo, Josie, pero ahora no puedes seguir haciéndolo.

Tienes que aminorar el paso –dijo con tesón—. Y eso significa nada de levantar pesos, nada de escaleras, nada de correr.

— ¡Vivo en un segundo piso!

—La trasladaremos al primero –dijo Sam casi al mismo tiempo y la miró, como desafiándola a discutírselo—. Y dejará de hacer cosas. Se quedará en la cama lo que le queda de embarazo si usted lo cree conveniente.

A Josie le molestó su petulancia. Pero el doctor Bastrop asintió con la cabeza, complacido.

—Bien. Ya era hora de que alguien cuidara de ti —le dijo a Josie.

— ¡Sé cuidarme yo solita! —protestó y luego se encogió al sentir otra contracción.

El doctor Bastrop le colocó las manos sobre el abdomen y no las retiró hasta que no cesó la contracción.

—Sé que eres capaz de cuidarte tú sola, Josie —le dijo cuando por fin cedió—. Durante todo este tiempo has hecho lo mejor para el bebé. Espero que sigas haciéndolo. Simplemente debes estar contenta de que tu hombre está dispuesto a ayudarte.

« ¡Él no es mi hombre!», quería gritar Josie. «Nunca lo ha sido. Tan solo es el padre de mi hijo». Se apretó los ojos con las manos y se balanceó hacia delante y hacia atrás.

—Llévesela a casa y métala en la cama —le dijo a Sam el doctor Bastrop, de hombre a hombre—. Mímela —hizo una pausa—. Y mantenga los dedos cruzados.

Capítulo 6

— ¡NO PUEDES echarlos! —dijo Josie mientras Sam la dejaba en una silla de la cocina y se dirigía a grandes zancadas hacia la biblioteca, donde él había decidido que Josie iba a pasar la noche—. ¡Son nuestros huéspedes!

—Lo entenderán —dijo Sam al salir de la cocina.

Josie intentó levantarse, pero al oír el ruido de la silla chirriando contra el suelo, se detuvo y se dio la vuelta. La cara que puso fue suficiente para dejarla clavada en el sitio y Josie se sentó de nuevo.

—Eso está mejor. Quédate ahí y no se te ocurra moverte hasta que yo vuelva. Vigílala —le dijo a Benjamín—. Dentro de un rato tendré una habitación lista para ti.

Josie cerró los ojos y gimió. Benjamín la miró y se acercó, alarmado.

— ¿Te duele? ¿Por qué no te han dejado allí si te duele?

Josie sonrió débilmente.

—No me duele. Es que estoy preocupada.

— ¿Por el bebé?

—Por lo que está haciendo Sam.

—Sam está haciendo lo que debe —dijo el hombre con genio—. Ocupándose de las cosas; y de ti.

¿Sería aquella una conspiración masculina? La puerta se abrió.

—Se han marchado —dijo Sam—. Voy a cambiar las sábanas.

— ¿Los despertaste? —Josie estaba horrorizada.

—Dudo que estuvieran durmiendo —dijo en tono seco; sonrió con ironía—. De cualquier manera, lo han entendido. Les he prometido invitarles un fin de semana a la casa y me los he llevado a otra habitación para pasar la noche.

—No tenemos ninguna habitación libre.

—Les he metido en la tuya.

— ¿En la mía? —lo miró, asustada. Sus dependencias eran sencillas, casi austeras, carentes de las comodidades que tenían las destinadas a los huéspedes.

—No he podido meterlos en la habitación Coleman, sobre todo porque está llena de engrudo

—Sam la miró y arqueó una ceja—. Creo, Josie cariño, que te ha salido el tiro por la culata.

Le entraron ganas de sacarle la lengua, pero decidió volver la cabeza para no ver aquella maldita sonrisa de superioridad.

—Volveré contigo dentro de un momento.

Josie se recostó en el respaldo, agarrándose la tripa con las manos mientras le daba otra contracción.

Sam la vio y puso cara de preocupación.

—Vengo enseguida.

Lógicamente, porque era también lo más sensato, Sam supuso que debería esperar que perdiera el bebé. Eso rompería para siempre los lazos entre ellos, resolvería sus problemas y les simplificaría la vida a los dos.

Pero solo de pensarlo le entraba un pánico tremendo.

El hecho de trasladar, o echar si fuera necesario, a los huéspedes era lo que menos le preocupaba. Los despediría a todos si con ello fuera a ayudar a que su hijo naciera normalmente.

Pero no serviría para nada, tan solo para disgustarla aún más. A Josie le encantaba el hostal, disfrutaba de su trabajo. La Casa de los Escudos debería haber sido de ella.

Y él se aseguraría de que así fuera en el futuro. Pero de momento su principal tarea era conseguir que reposara y estuviera tranquila.

Recogió unas cuantas cosas que había en su dormitorio para que estuviera presentable para la pareja que había echado de la biblioteca. Luego buscó en sus cajones ropa interior limpia para el día siguiente, sintiéndose como un mirón mientras revolvía entre las braguitas y sujetadores. Después de acomodar a la pareja en la habitación de Josie, volvió y preparó la cama en la biblioteca. Jamás había preparado una cama con tanta rapidez en su vida. No la hizo demasiado bien pero lo importante era que ella pudiera tumbarse cuanto antes.

Volvió a la cocina y se sintió aliviado al encontrarla donde la había dejado.

—Tienes la cama lista —dijo—. ¿Cómo te encuentras?

—Estoy bien.

Pero a Sam le parecía que seguía pálida. Josie fue a incorporarse y Sam se apresuró a ayudarla.

— ¿Sigues teniendo contracciones? —le preguntó mientras la acompañaba a la habitación.

Ella asintió pero no contestó. Se dio cuenta de que estaba haciendo un esfuerzo por caminar a paso normal. Cuando llegaron a la biblioteca, Josie se detuvo y se volvió hacia él.

—Gracias.

Le estaba despidiendo y Sam lo sabía.

—De nada.

Pero no se marchó. Caminó junto a ella hasta que los dos estuvieron dentro. Entonces cerró la puerta.

— ¿Qué estás haciendo?

—Quedándome —ella lo miró con cara de pocos amigos, pero Sam la ignoró—. Te he traído el camisón —dijo y se lo pasó.

Ella se lo quitó de las manos con mucho genio y se metió en el baño. Él fue detrás de ella y entonces Josie se volvió.

—Sal de aquí —dijo—. No entres.

Había en su voz un trasfondo de pánico que lo inmovilizó. Él quería decirle que no fuera tonta, que ya la había visto desnuda. ¡Estaba claro que no se le iba a tirar encima esa noche! Pero Josie no razonaba.

Él asintió. Josie se metió en el baño y cuando cerró la puerta él se levantó y se quedó junto a ella, por si acaso.

Cinco minutos después, aunque a él le parecieron veinte, Josie abrió la puerta del baño. Sin decir nada, la agarró del brazo y sintió que se ponía tensa. Entonces la llevó hasta la cama y le retiró el edredón para que pudiera meterse.

—Bueno —dijo cuando ya se había acostado y tapado – ¿Contento? Ya estoy bien tapada.

Ahora, buenas noches.

Apagó la luz y la habitación quedó a oscuras, aparte de la luz de la luna que se colaba entre las cortinas.

—Buenas noches, Josie —dijo en voz baja.

Luego, en lugar de marcharse, se sentó en una mecedora.

— ¡Sam!

— ¿Qué? —contestó, ladeando la cabeza.

— ¿Qué crees que estás haciendo?

Sam empezó a mecerse.

— ¿A ti qué te parece?

— ¡No te quedarás!

—Oblígame a marcharme —le dijo sosegadamente. Josie resopló con impaciencia.

—Sabes de más que no puedo.

—Lo sé.

Pegó un puñetazo al edredón de plumas.

—Maldito seas, Sam Fletcher. ¿Por qué haces esto? —parecía que estaba a punto de llorar.

Sam se levantó bruscamente.

—Oh, Dios mío, no llores.

La última vez que la había oído llorar se le había partido el alma, y eso que había sido por Kurt.

—No estoy llorando –contestó con indignación. Pero al decirlo se le quebró la voz y a través del edredón se agarró la tripa con fuerza.

Sam fue y se sentó en el borde de la cama, tomándole de la mano. Ella intentó retirarla, pero él la agarró con fuerza.

—No, Josie. Te lo ruego.

Tenía la mano helada. Sam le acarició los nudillos con el pulgar y finalmente Josie cedió y relajó la mano.

—No voy a dormir si me marcho —le dijo él—. Voy a estar preocupado por ti todo el tiempo.

—Estaré bien.

—Eso espero; pero tengo que quedarme. Es para estar seguro.

Josie no le contestó.

— ¿Y mañana qué? —dijo lastimeramente momentos después—. Tengo que preparar el desayuno a las seis.

—Yo me ocuparé de eso.

—No puedes preparar el desayuno a dieciocho personas.

—Puedo –dijo Sam—. Y serán diecinueve; te traerá el desayuno a la cama —le sonrió en la oscuridad.

—No seas ridículo.

—Me parece que no soy yo el ridículo —le dijo con suavidad, sin dejar de acariciarle la mano

—. No te preocupes por los desayunos, Josie. Nos apañaremos y todo saldrá bien.

— ¡Yo no puedo hacer nada! Lo ha dicho el médico —gimió.

—Tú me dirás lo que tengo que hacer —le ofreció y entonces sonrió—. Eso te gustará.

Abrió la boca para discutir con él, pero luego suspiró y se recostó sobre los almohadones. Sam, que le tenía la mano apoyada sobre el abdomen, sintió una tensión extraña bajo sus dedos. Al instante todo su cuerpo se tensó y Josie aspiró profundamente y aguanté la respiración unos segundos.

Sam arrugó el entrecejo.

— ¿Eso es una contracción?

Acostumbrado a tener siempre control sobre su propio cuerpo, le costaba imaginar lo que podría ser estar sujeto a unas fuerzas sobre las cuales nadie tenía poder. Se preguntó si Josie estaba molesta con él.

¿Y cómo no estarlo? En una noche había cambiado su vida, arruinado su compromiso y destruido su libertad. Sam la había deseado, había necesitado su consuelo y sus caricias. Y

estando con ella la había sentenciado a una existencia de la que acabaría arrepintiéndose.

La miró y se preguntó qué podría hacer para reparar el daño que le había hecho, para devolverle al menos parte de lo que había perdido.

No se acordaba de cómo se había dormido. Cuando se despertó a la mañana siguiente no estaba en su cama y le costó unos segundos reconocer dónde estaba y por qué.

Metió la mano bajo el edredón y se acaricié la tripa. El bebé pareció moverse un poco pero no hubo contracción. Josie siguió acariciándola y esperó, apenas atreviéndose a respirar.

Pasó uno minuto, dos, y empezó a contar. Entonces recordó que se había dormido contando y con Sam dándole la mano.

Después de cinco minutos sin que se hubiera producido ninguna contracción, respiró hondo y se sintió más relajada. Se tumbé sobre la

espalda y entonces vio a Sam dormido en la mecedora junto a la cama.

Estaba allí sentado, con los vaqueros puestos, la camisa por fuera y la cabeza apoyada sobre una mano que hacía de almohada. En la mesilla de noche vio una bandeja con un desayuno: zumo de naranja, tortitas, beicon y un cuenco con macedonia.

—Oh, Sam —susurró.

Pero él pestañeó y abrió los ojos; al momento se incorporó.

— ¿Cómo te encuentras? —le preguntó preocupado.

—Estoy bien —contestó, conmovida por su inquietud. Empezó a incorporarse y él casi saltó de la silla.

—Déjame ayudarte.

Sacudió la cabeza y la apoyó sobre el cabecero. Tenía que ir al baño, pero no iba a hacerlo mientras él estuviera allí. ¡Ya la había visto demasiadas veces en camisón y bata!

— ¿No te han dado más contracciones? —dijo, de pie junto a la cama.

Apretó los labios y sacudió la cabeza ligeramente.

—No —dijo y sonrió—. Creo que ya se me ha pasado —añadió en tono ligero, esperando que él entendiera que no había necesidad de quedarse con ella.

Pero Sam no se movió.

—Te traje el desayuno antes, pensando que ibas a estar despierta para cuando volviera de dar de comer a las hordas. Supongo que estabas agotada.

—Creo que sí —contestó en voz baja; se sorprendió al ver que ya habían dado las diez—.

¿Quién está en la recepción? Habrá huéspedes que dejarán las habitaciones.

—Benjamín se está ocupando de todo eso. Subió temprano y me ayudó con el desayuno también. Cletus vendrá dentro de una hora. No te preocupes, Josie. Todo está controlado. Las tortitas están frías y el beicon también. Te traeré otra cosa.

—Puedo levantarme ahora —dijo—. Sí te vas —añadió significativamente.

—Me voy —dijo—. Pero vuelvo enseguida.

—No tienes por qué quedarte junto a mí todo el rato.

No le contestó, solo la miró. Josie alzó la barbilla, fingiendo estar perfectamente.

—Cinco minutos —le dijo Sam—. Ahora vuelvo.

Fiel a su palabra, le dio solo tiempo a lavarse la cara, cepillarse los dientes y el pelo antes de volver con un plato de huevos revueltos, tostadas, fruta y zumo. Colocó la bandeja junto a la cama, donde Josie estaba sentada.

—Gracias —dijo ella y esperó a que se marchara—. No tienes por qué quedarte.

—Tenemos que hablar.

Tomó una tostada y le dio un mordisco.

— ¿De qué?

—De lo de anoche.

—Lo de anoche ya ha pasado. Estoy bien. Últimamente he hecho demasiado esfuerzo; no volveré a hacerlo —prometió.

—No –dijo con seriedad—. No volverás a hacerlo.

Estaba apoyado contra la librería que había en la pared junto al cabecero de la cama y la miraba con gravedad.

Josie le sonrió de oreja a oreja, intentando provocar una sonrisa en él, pero Sam no sonrió.

Se apartó de la librería y empezó a caminar por la habitación, con las manos en los bolsillos.

—El otro día me dijiste que deseabas tener este hijo –dijo en tono desafiante.

—Es cierto —le contestó Josie, alzando la cabeza.

—Entonces no ha sido muy inteligente por tu parte lo que has estado haciendo estos últimos días, ¿no?

Josie se ruborizó pero al mismo tiempo le irritó aquel comentario.

—Eso no lo sabía, ¿no crees? ¡Jamás haría nada adrede para hacerle daño a mi hijo!

—Nuestro hijo.

Josie apretó los dientes y miró hacia otro lado. No deseaba ver aquellos profundos ojos marrón oscuro traspasándola con la mirada; no quería que Sam la mirara y descubriera su deseo por él. ¿Dios mío, qué iba a hacer si el bebé sacaba los ojos de Sam?

—Nunca haría nada para hacerle daño al niño —le dijo con firmeza—. Debes saberlo.

— ¿Entonces por qué no quieres hacer lo que es mejor para él?

Ella entrecerró los ojos.

— ¿Qué se supone que quieres decir con eso?

Él se volvió y la miró de frente.

—Que te cases conmigo.

—De eso ya hemos hablado, Sam.

—Y ya entonces no me tragué lo que me contaste. Dices que quieres tener este hijo, pero no quieres cuidar de él.

— ¡Perdona! —tiró la tostada al plato hecha una furia—. ¿Cómo sabes lo que quiero o dejo de querer. ¿Cuánto tiempo llevas aquí? ¿Una semana?

—Y en ese tiempo te he visto trabajando como una mula.

—Tenía que...

— ¡No tenías que hacer nada! ¡Lo has hecho porque has querido!

Quieres ser independiente y también echarme de aquí. Todo tiene que ser como tú quieres. ¿Y eso te parece cuidar de tu hijo y quererlo? No me hagas reír.

Era la primera vez que Josie veía a Sam enfadado.

—No sabes lo que dices.

—Yo creo que sí. Me parece que deberías dejar de reaccionar ante mí como una colegiala tonta y empezar a comportarte como una persona adulta.

— ¿Colegia1a tonta? —apenas podía pronunciar las palabras. ¿Cómo se atrevía a hablarla así?

—Piensa en alguien aparte de en ti misma para variar —le soltó Sam—. No se trata solo de lo que tú quieras, o de lo que yo quiera. ¡Se trata de lo que sea mejor para el niño! ¡Nuestro hijo!

Tuyo y mío. El bebé no puede tomar esas decisiones; somos nosotros los que debemos tomarlas. Los dos; no solo tú.

—Tú eres el que no deja de mandarme y acosarme.

Él resopló.

— ¿Acosarte? —la miró, allí en la cama y luego a la bandeja del desayuno. Entonces arqueó las cejas.

Lo oyó acercarse y sentarse en una silla que había junto a la cama. De mala gana lo miró mientras él apoyaba los codos sobre las rodillas y la miraba con sus grandes ojos de mirada intensa.

— ¿Quieres que este bebé salga adelante?

— ¡Por supuesto que sí!

—Entonces le debes lo mejor. Y para que eso sea posible debes tomarte la vida con más calma. Eso fue lo que dijo el médico. Tienes que descansar, no ponerte nerviosa por nada, comer bien y dormir mucho. Y no puedes hacer todo eso si sigues al frente del hostal.

—Está bien, lo dejaré todo. Pero eso no significa que tenga que casarme contigo —dijo con dureza.

—Sí, si es que quieres conservar tu empleo.

Ella lo miró de hito en hito.

— ¿Me despedirías?

— ¡Sí! ¡Bueno, no! —se pasó la mano por los cabellos—. ¡Maldita sea, no lo sé! No, no te echaría; pero quiero que razones. Quiero... —suspiré--. Quiero que mi hijo lleve mi nombre.

Se miraron en silencio.

— ¿Por qué? —Josie suspiró.

— ¡Porque es mi hijo! No quiero negarle lo que por derecho es suyo. ¡Es un Fletcher, maldita sea!

Josie se asombró de su insistencia, de su apasionamiento al desear un hijo con el que nunca había contado.

—O una Fletcher —dijo ella, momentos después.

—O una Fletcher —repitió Sam—. Sea como sea, no me importa.

No quiero estar de espectador. Quiero que nuestro hijo sepa también lo que es el amor de un padre –dijo en voz baja, pero con una intensidad tremenda—. Si después de nacer el niño no quieres seguir casada conmigo, podemos divorciarnos.

— ¿Entonces qué más da? —le preguntó Josie.

—Hará que él, o ella, sea legítimo. Le probará al niño que me importaba lo suficiente como para querer asegurarme de que eso era así. Y me dará el derecho de opinar en cuanto a su educación.

—No pensaba negarte ese derecho.

—Entonces no me niegues la oportunidad de ser un marido y padre legítimo. Por favor —Sam estaba tan cerca que Josie recordó el áspero tacto de su mentón cuando habían hecho el amor

—. Haré que no te arrepientas —añadió al ver que ella no decía nada.

— ¿Que no me arrepienta?

—Hattie debería de haberte dejado a ti el hostal, no a mí. Y lo habría hecho si no hubiera querido que me enterara de lo del niño. Cásate conmigo y me encargaré de ponerlo a tu nombre.

Josie lo miró.

—Eso sería como casarme por dinero y yo no me casaría por dinero —dijo con firmeza—.

¡Jamás!

Sam resopló con exasperación.

—Entonces cásate conmigo porque es lo mejor. Cásate conmigo porque quieres a ese niño.

Hubo un tiempo en el que Josie soñaba con casarse con Sam.

Cuando era joven e inocente y creía que todo era posible, se había permitido soñar con ello. Solía quedarse despierta por las noches, imaginando que Sam Fletcher le pedía en matrimonio.

Menos mal que tenía imaginación, porque la realidad no se le parecía en nada.

—Piénsatelo —le había dicho Sam antes de abandonar el cuarto.

Se lo pensó. Vio que lo que le estaba proponiendo era como un trato de negocios. Era, como decía él, lo más sensato, lo propio. Era lo mejor para el niño.

Josie no tenía argumentos que ofrecerle.

Se quedó sentada en la habitación durante mucho rato y debatió consigo misma. Pensó en todos los argumentos posibles para demostrarle que estaba equivocado.

Pero lo cierto era que no lo estaba.

Finalmente, tuvo que reconocer que casarse con Sam era, por el bien del niño, lo mejor.

Capítulo 7

NO IBA a ser un asunto de poca monta. En diez o quince años, cuando su hijo le preguntara por su boda, Sam quería poder decirle que habían hecho las cosas apropiadamente.

Como era de esperar, Josie no estaba muy de acuerdo. Le había dicho que aceptaba su proposición, pero lo que él le contó después no se lo esperaba.

— ¿Tu madre? –dijo horrorizada—. ¿Quieres que venga tu madre?

Josie se puso colorada y al momento se quedó pálida.

—A mi madre le gustaría estar en mi boda —dijo de plano—. También a mis tías Carolyn y Grace y a mi tío Lloyd. A mis primos también —añadió—. Darcy, Catherine y Alexis.

— ¿Y por qué no invitamos de paso a todos los habitantes de Dubuque?

—Adelante. Puedes invitar a cuantos quieras —contestó Sam, ignorando su sarcasmo—.

Benjamín vendrá, por supuesto; y también Cletus. ¿A quién más quieres invitar?

Josie se volvió y miró por la ventana de la cocina.

— ¡A nadie! ¡No quiero invitar a nadie! ¿Por qué quieres darle tanta importancia al asunto?

—Porque nos vamos a casar.

—Pues vaya casamiento.

Él se encogió de hombros.

—Es el único matrimonio que tenemos.

Josie no parecía convencida, pero no discutió más. Le dio la espalda y siguió preparando un ramo para una de las habitaciones. Eso lo podía hacer sentada y Sam no le dijo nada.

Sam sabía que tan solo iba a casarse con él porque se lo dictaba su sentido común; sabía que Josie no lo amaba.

Le pidió que llamara a un catering, a una floristería, a un violonchelista y a un panadero. Quería que prepararan un banquete, con flores, música... ¡Y una tarta nupcial!

Josie se dijo que Sam había perdido el juicio. No podía hacer de aquello un acontecimiento importante, ¿o sí?

Aparentemente sí que podía, e iba a hacerlo.

A las pocas horas de haberle dado el sí, los preparativos para la boda estaban en marcha. Llegada la noche tuvo que reconocer de nuevo su habilidad para manejar el mundo a su voluntad. No sabía lo que le había contado a su madre, tías y tío acerca de aquel precipitado matrimonio; solo sabía que su madre llegaría el miércoles.

—El resto llegará el viernes, y podremos casamos el domingo por la noche. ¿Te parece bien?

—le preguntó, como si su opinión importara.

Josie quería gritarle que no; que no le parecía bien. Pero había tomado la decisión de casarse con Sam y por ello asintió con la cabeza.

De todos modos se sentía extraña y ridícula delante del personal encargado del catering o mientras hablaba con el florista. Pero aspiró profundamente y se tranquilizó, llevando a cabo con obstinación los planes que Sam le había sugerido.

Y sabía que, a pesar de su vergüenza, todo aquello sería un día recuerdos de los que vivir. Porque llegaría el día en que no tendría nada más.

Intentó serenarse, no pensar en ello. Cedió, aunque no de buena gana, y le permitió que trasladara sus cosas a la biblioteca mientras durara el embarazo.

— ¿Lo ves? —le dijo Sam una tarde, después de que Josie, sin moverse de la silla, le dijera a unos turistas cuáles eran los lugares más interesante para visitar—. Incluso tú puedes llevar una vida de ocio —sonrió.

Josie le sacó la lengua.

Lo que no iba a poder hacer, era enfrentarse a su madre con desenvoltura. ¿Cómo podía mirar a la madre de Sam a los ojos y fingir que aquella boda era como las demás?

—No es una boda como las demás —le dijo Sam cuando se lo comentó—. Es nuestra boda.

No va a esperar que te muestres indiferente.

—Me odiará nada más yerme —dijo Josie—. ¡Creerá que te he tendido una trampa!

—A mi madre le sorprendió un poco —reconoció Sam—. Pero ella sabe bien lo que significa la pasión. Toda la vida estuvo colada por mi padre.

— ¡No es lo mismo!

—Pero eso ella no lo sabe.

Sus palabras tranquilizadoras no consiguieron ahuyentar sus miedos. Ella estaba colada por Sam, aunque él no lo supiera, pero él por ella no.

Cuando el miércoles por la tarde Sam se fue a buscar a su madre al aeropuerto, Josie se quedó esperando con inquietud. Había pensado en ir con él y quitárselo de encima cuanto antes, pero finalmente decidió quedarse en casa porque había tres huéspedes a punto de llegar.

Sam había querido que Josie cerrara el hostal, pero Josie se había negado.

—Esto es un negocio —había argumentado—. No puedes cerrar un negocio por un capricho.

La miró como si fuera a discutir con ella, pero cerró la boca y asintió con la cabeza.

—Vale. Haz lo que quieras —había dicho enojado-. Muy pronto el hostal será tuyo.

Por mucho que lo pensara él, Josie no había insistido por esa razón.

—Me quedaré para recibir a los huéspedes —fue todo lo que dijo.

Sam se fue solo a buscar a su madre. Josie no sabía si había contado Sam la verdad de su relación.

De habérselo dicho, la madre de Sam no le habría sonreído con tanta amabilidad cuando él las presentó. Intentó sonreírle del mismo modo, pero se sentía tan enorme y torpe y, peor aún, falsa. La madre de Sam debería estar saludando a la mujer amada por Sam, y no a alguien con quien Sam había querido cargar a causa de sus escrúpulos y su mala suerte.

—Esta es Josie —dijo Sam y tras sonreír a Josie de modo alentador —. Esta es mi madre, Amelia.

Josie jamás había tenido ningún problema al recibir a los huéspedes; tenía el don de hacer que la gente se sintiera a gusto allí. Pero en ese momento enmudeció.

—Me alegro tanto de conocerte, Josie —le dijo Amelia, tendiéndole la mano y acercándose a Josie para darle un beso en su colorada mejilla—. Ahora ya sé qué es una Josephine Nolan —

le dijo a Sam sin soltarle la mano a Josie—. Y entiendo perfectamente por qué la tía Hattie te la dejó en su testamento.

—Mi madre fue la primera en ver el testamento —le explicó Sam —. Se quedó extrañada.

Josie tenía ganas de que la tragara la tierra. Al menos era de agradecer que cuando Amelia dijo que entendía perfectamente, la hubiera mirado a la cara y no a la tripa. Sam le había dicho que su madre poseía un tacto exquisito y Josie lo creyó.

—Vete a hablar con tu secretaria o llama a las aduanas —Amelia le dijo a Sam— y déjame charlar un rato con Josie —al ver que vacilaba, Amelia hizo un gesto con la mano para que se fuera—. Venga. No la morderé. Te lo prometo.

Josie consiguió sonreír.

—Vete, Sam; estaremos bien —le aseguró, y rezó para que fuera cierto.

Amelia pareció entender que Josie era una chica reservada sin por ello hacer que se sintiera incómoda.

En su lugar se interesó por los arreglos que Josie había hecho en el hostal. Y cuando vio que la joven estaba más tranquila, le preguntó por los preparativos de la boda.

Josie le contó todo al detalle y se mostró satisfecha de lo que había

conseguido.

Entonces Amelia dijo:

— ¿Puedo ver el vestido?

— ¿Vestido? —suspiró Josie. Inmediatamente se puso pálida.

De momento, Amelia parecía tan consternada como Josie, pero enseguida reaccionó y esbozó una sonrisa.

—Te has olvidado del vestido —dijo, como si fuera lo más natural del mundo.

¿Dónde demonios encontraría un vestido de la talla de un elefante? Era imposible. En su subconsciente debía de haberlo sabido y por eso ni siquiera había pensado en ese detalle.

—No necesito nada especial —se apresuró a decir—. En realidad, nada especial me cabría. Al fin y al cabo no soy una novia corriente — se miró la enorme tripa y luego a la madre de Sam con una sonrisa irónica.

—Ninguna novia es corriente —dijo Amelia con delicadeza—. Todas las novias son especiales y cada una merece llevar un vestido especial.

Era el vestido más bonito que Josie había visto en su vida; y era suyo.

Lo había hecho para ella la increíble madre de Sam en los pocos días que quedaban para su boda. Cada vez que lo veía colgado en el ropero de la biblioteca, Josie tenía que pellizcarse para creer lo que estaba viendo.

— ¿Puede hacer un vestido de novia en tres días? —le había preguntado Josie cuando habían vuelto de la tienda de telas, cargadas con los metros de seda, el encaje, las cremalleras y los botones.

—Bueno, no será un vestido de diseño —le había dicho Amelia—. Pero creo que nos apañaremos.

Ya era domingo por la mañana y mientras Amelia miraba a la joven de pie frente al espejo, con el vestido de seda y encaje, de cintura imperio y amplio escote, y mangas de encaje, esperó su veredicto.

—. ¿Te ves bien? —le preguntó por fin, al ver que Josie se miraba una y otra vez.

Josie tan solo fue capaz de sonreír y dijo:

—Ay, sí.

Sam no sabía por qué estaba tan nervioso. Después de todo, no era más que una boda; tan solo lo que él y Josie debían hacer por el bien del niño que habían engendrado.

¿Entonces por qué temblaba de ese modo?

Además, era la primera vez en su vida que la corbata parecía molestarle; y Sam llevaba corbata casi a diario.

El violonchelista estaba tocando una pieza de lo más apropiada y

muy conocida, pero Sam no recordaba el nombre. No era la pieza que marcaría la entrada de Josie, eso lo sabía, aunque no parecía poder dejar de mirar hacia las escaleras, como si Josie fuera a estar allí.

Al momento el músico dejó de tocar y Benjamín apareció en el rellano. Miró hacia abajo, donde estaba el grupo de familiares de Sam y Josie y un par de amigos; luego miró a Sam. El murmullo cesó y entonces Benjamín asintió con la cabeza.

El violonchelista volvió la página y empezó a tocar.

De pie junto a la chimenea, Sam observó a Josie, agarrada a Benjamín y a su madre, bajando por las escaleras despacio, haciendo la entrada que su madre había prometido.

Parecía, pensaba Sam, como un ángel del cielo.

Se le hizo un nudo en la garganta al mirarla. Era la mezcla exacta entre un ángel y una diosa, con su gloriosa figura de madre cubierta de elegante seda color marfil, los brazos del más fino encaje y los pechos turgentes bajo el amplio escote del vestido que su madre le había confeccionado.

Llevaba recogido el largo cabello castaño oscuro con un prendedor de flor de azahar.

Tenía las mejillas sonrosadas, los ojos oscuros y de expresión seria mientras lo miraba sin pestañear. Estaba radiante, tal y como debía estar una novia.

Si al menos quisiera sonreír.

Sam deseó que sonriera.

Se adelantó casi antes de que ella llegara al final de las escaleras. Entonces le tendió la mano. Oyó que alguien murmuraba algo, unas risitas ahogadas. Pero no le importó, ni siquiera se fijó. Tan solo tenía ojos para ella.

Recordó sus besos de aquella noche, recordó sus caricias y su sonrisa.

«Sonríe para mí», pensó.

—Queridos hermanos —empezó a decir el pastor.

Por el rabillo el ojo Sam vio que Josie palidecía y que se agarraba a él con fuerza.

Entonces él empezó a acariciar los dedos temblorosos.

— ¿Samuel, quieres tomar a Josephine...?

Las palabras fluyeron con suavidad: amar, honrar, en la pobreza y en la riqueza, en la salud y en la enfermedad, durante todos los días de la vida. Y entonces el pastor lo miró, esperando su respuesta.

—Sí, quiero —dijo.

— ¿Y tú, Josephine, quieres a Samuel como esposo para...?

Sam miró sus manos unidas y la tripa de Josie, que era la razón que les había llevado hasta allí.

—Sí, quiero —dijo ella.

—Los anillos —dijo el pastor.

Sam alzó la cabeza bruscamente y Josie hizo lo propio. Se miraron. Sam sabía perfectamente lo que estaba pensando Josie y a ella le pasó lo mismo con él.

Oh, Dios mío, se habían olvidado de los anillos.

Cletus le dio un codazo; luego otro. Entonces le colocó un anillo en la palma de la mano.

Sam lo miró. Cletus arqueó las cejas expresivamente, después dio un pisotón a Sam.

—Con este anillo te desposo —entonó el pastor y lo miró con expectación.

Sam consiguió agarrar el anillo y alzó la mano de Josie. Tras unos segundos se lo puso.

Josie lo miró y luego a Sam.

—Es el anillo de Hattie —le dijo. Y entonces Josie le sonrió.

Menos mal que tenían a Benjamín, Cletus y Amelia, pensó Josie. Con la ayuda de sus amigos y familiares la boda salió redonda. Incluso había un anillo para Sam.

Amelia le puso a Josie en la palma de la mano una alianza, segundos antes de que el pastor alzara la cabeza para mirar a Josie. Más tarde se enteró de que era el anillo que la madre de Sam le había dado a su marido.

—Espero que no creáis que me estoy entrometiendo –dijo Amelia más tarde, durante el banquete. Habían terminado con la cena que había servido el encargado del catering: pollo Kiev con salsa de espárragos y patatas al horno, y estaban escuchando al tío de Sam que en ese momento hacía un brindis por los recién casados con gran entusiasmo.

—Por supuesto que no —le había dicho Josie.

Sonrió a la mujer que iba a ser, durante el tiempo que fuera, su suegra. Le gustaba mucho la madre de Sam y deseó poder conservar la amistad con ella si algún día perdía a Sam.

—De todas maneras, un día iba a ser para Sam.

Se miró la alianza de diamantes que ella llevaba en el dedo. Si algún día se separaran, se la devolvería.

Al pensar en su separación cuando acababan de casarse hizo que se le hiciera un nudo en la garganta. Se volvió un momento para refrenar las lágrimas que amenazaban con salir y sonreír de nuevo. Entonces, le dio una contracción.

Le habían dado unas cuantas desde la noche en que Sam la había llevado al hospital.

Seguramente aquella no sería más importante que las demás. De todos modos se llevó la mano al abdomen con discreción.

— ¿Estás bien? —Sam le susurró al oído, asustándola.

Dejó caer la mano con rapidez y se volvió hacia él.

—Por supuesto.

Sam la miró a los ojos unos momentos.

—Me lo dirías si te encontraras mal, ¿no?

—Sí.

—...Y os deseo muchos años de felicidad en común —terminó de decir el tío Lloyd, alzando la copa de champaña.

Sam, Amelia y el resto de los invitados bebieron a su salud. Josie dio un trago de su zumo de frutas, esperando que los deseos del tío se hicieran realidad. Se sentía como una impostora, engañándolos a todos.

—Vamos, queridos míos —dijo Amelia—. Ha llegado el momento de cortar la tarta.

A Josie le dio otra contracción mientras cortaban el pastel. Esa vez parecía venir desde atrás, como un gran espasmo, y Josie aspiró con fuerza. Sin querer, se le cayó de las manos en trozo de tarta que le estaba metiendo a Sam en la boca.

—Intentémoslo de nuevo –dijo Ambrose, que estaba haciéndoles fotos.

Pero Sam sacudió la cabeza.

—Con una es suficiente —buscó la mano de Josie—. Seguid con la fiesta —le dijo a los invitados—. Voy a llevarme a mi novia a la cama.

Josie se puso colorada mientras todos los allí reunidos sonreían y reían.

—No podemos marcharnos ahora —le dijo en voz baja.

—O te llevo ahora a la cama, o tendremos que ir más tarde al hospital —la miró con seriedad

—. Elige.

Josie suspiró y se encaminó hacia la biblioteca, donde había dormido desde que la llevara aquella noche al hospital.

—Ahí no.

Y, antes de que pudiera decir ni una palabra, la levantó en brazos y empezó a subir por las escaleras.

— ¿Adónde vamos? —le preguntó Josie—. ¿Qué estás haciendo?

—Llevándote de luna de miel —le contestó Sam.

— ¿Luna de miel? —chilló Josie.

—A Las Dependencias del Capitán. Me pareció el sitio más apropiado —dijo, cuando estaban a punto de llegar al tercer piso.

Las Dependencias del Capitán. Era la habitación donde habían hecho el amor; el lugar donde habían concebido a su hijo.

Habría sido el lugar perfecto si su boda hubiera sido por amor, si fuera a ser un matrimonio real.

Josie quería llorar.

—Ya hemos llegado. Me puedes dejar en el suelo.

Él vaciló y la miró a los ojos un instante. Josie esperó que no viera el dolor reflejado en su mirada.

Finalmente, Sam la dejó en el suelo muy despacio, pero no le soltó la mano mientras abría la puerta de la habitación.

Josie entró, desviando la mirada para no tener que ver la cama.

—Gracias. Estoy bien ahora. Puedes volver a la fiesta.

Sam la miró.

—No lo creo. Me voy a quedar aquí. Lo que he dicho iba en serio.

Josie alzó la cabeza y lo miró; entonces tragó saliva, con los ojos como platos.

— ¿E1 qué?

—Lo de llevarte a la cama.

Capítulo 8

LA IDEA de llevarse a Josie al tercer piso y proponerle pasar la noche con ella no fue una idea demasiado brillante. En realidad, resultó de lo más estúpida.

Quizá podría atribuirlo a la champaña que su tío había servido generosamente, o a las risillas y rubores de sus dos tías solteras. O tal vez a los guiños y codazos de Sam y Benjamín; o a las lágrimas que vio en los ojos de su madre cuando los había besado y dicho lo feliz que se sentía por los dos.

O a lo mejor había sido simplemente el ver a Josie, sonriendo con valentía y soportándolo todo de buen grado, aunque se había dado cuenta de que estaba a punto de perder el equilibrio en cualquier momento. Entonces le habían entrado unas ganas tremendas de abrazarla y protegerla, de levantarla en brazos y de llevársela con él.

Y así lo hizo.

Y una vez en el dormitorio con ella, una vez cerrada la puerta, ahogando murmullo y las risas que llegaban de abajo, una vez que le había visto un trozo de pierna por debajo de su vestido de seda y encaje, no quiso marcharse.

Se apoyó contra la puerta y rezó para que ella no lo echara.

Josie lo miró con expectación. Al no moverse, la vio tragar saliva.

— ¿.Llevarme a la cama? —preguntó con recelo, momentos después.

Sam no dijo nada, sabiendo que ya había tomado una decisión.

— ¿Y por qué no? Estamos casados —añadió con firmeza—. No puedo marcharme, ¿no crees? ¿Qué van a pensar los demás? El novio no puede dejar que la novia duerma sola la noche de bodas.

— ¿No puede? —Josie pareció pensárselo; luego se encogió de hombros y lo miró desde la cama, donde estaba sentada—. Supongo que no —dijo y esbozó una tímida sonrisa.

—Bueno... como me voy a quedar, déjame que te ayude —se aclaró la voz, víctima de una repentina y extraña ronquera— a quitarte el vestido.

Josie lo miró, pestañeó y luego bajó la vista, ruborizándose de pies a cabeza.

—Bueno, la verdad es que... —maldita sea, se sentía como un adolescente torpe y nervioso—.

Bueno, te he visto antes... esto.., sin, quiero decir...

—Yo.... supongo que sí —alzó las manos y se las tendió a Sam.

Sam se humedeció los labios, que de repente se le habían quedado resecos. Le tomó las manos y la ayudó a ponerse de rodillas sobre la cama. Entonces se colocó detrás de ella y le desabrochó el corchete de arriba. Al hacerlo le rozó la piel y Josie se estremeció. Sam también

tembló, de deseo, de necesidad.

Le bajó la cremallera y le fue quitando el vestido. Estaba tan cerca de ella que su aroma, una mezcla embriagadora de lilas y algún cítrico, lo provocó. Se acercó más y aspiró con más fuerza.

Josie tembló y soltó una tímida risilla.

—Me haces cosquillas...

— ¿Con qué?

—Esto... con tu aliento.

Sam bajó la cabeza y le mordisqueó la oreja.

— ¡Sam! —Josie intentó apartarse.

Sam le agarró por la cintura y empezó a hacerle cosquillas con suavidad. Josie se echó a reír y se cayó hacia un lado. Entonces él cayó junto a ella, estrechándola entre sus brazos. Su aliento le acarició el cuello y después lo hizo con los labios.

Josie gimió sutilmente y ese sonido hizo que sus hormonas se revolucionaran y que pegara su cuerpo al de ella. Le extendió las manos sobre el abdomen y sintió cómo se contraía.

Josie se quedó inmóvil al instante y Sam hizo lo mismo, hasta que sintió que la contracción cedía. Entonces ella pareció relajarse un poco. Josie se cambió de postura pero no se separó totalmente de él.

—Una contracción —dijo Sam.

A los dos segundos sintió un golpe justo debajo de donde tenía la mano y se asustó.

— ¿Qué es eso?

—EJ bebé —dijo, ligeramente divertida.

Sam tragó saliva. ¿El bebé? ¿El bebé daba patadas?

—Dios mío... —susurró.

Josie se volvió a mirarlo.

— ¿Te sorprende? Pues se pasa así toda la noche.

— ¿Y cómo duermes? —le preguntó, mientras sentía otras pataditas.

—Hay noches que no duermo.

Lo dijo con naturalidad, no como una queja. Jamás había oído a Josie quejarse de nada; ni del bebé con el que la había dejado, ni del hostal que Hattie no le había dejado. Sam la abrazó y le dio un beso en el hombro. Tenía la piel tersa y cálida. Deseaba...

Gimió y se apartó de ella. Por mucho que deseara, no podía tenerlo. Josie se puso de pie y Sam la ayudó a quitarse el vestido. Sam tuvo cuidado de no deleitarse demasiado en la finura de su piel, ni de tocar más de lo necesario. En realidad, intentó no respirar.

Josie lo ayudó. Se quedó todo el tiempo de espaldas a él, luego agarró la bata que él le pasó y se fue al baño sin mirarlo.

—El resto lo haré yo sola —le dijo.

Sam pensó para sus adentros que sería lo mejor. Respiró de nuevo,

recordándose que suspirar por Josie no le llevaría más que a la frustración. Como no podía tenerla lo mejor era no desearla.

Pero eso solo funcionó mientras ella estuvo en el baño. En cuanto salió, se metió en la cama de matrimonio y le dio las gracias con tanta dulzura, que volvió a sentir por ella todo el anhelo que creía haber ahogado.

Se aclaró la voz.

—No tienes por qué agradecérmelo –dijo con voz ronca.

—Te doy las gracias por el día de hoy —le dijo ella.

Él cerró los ojos. El día aún no había concluido.

Estaba seguro de que se moriría de frustración. Lo suyo era un caso grave de excitación sexual, empeorado por la presencia constante de Josie Nolan. O más bien de Josie Fletcher.

Incluso después de que sus familiares se marcharan y su madre volviera a Nueva York, no fue capaz de volver a la habitación Coleman y dejarla sola en la biblioteca. Se dijo que era porque estaría demasiado lejos si necesitaba algo a media noche. También pensó que a Dios le parecería bien que pasara las noches con Josie; así sufriría por todos sus pecados.

Pero, de un modo perverso, estaba también disfrutando de cada momento. Durante el día tampoco se separaba de ella. Subía a la habitación Coleman a solventar los asuntos que Elinor le enviaba por fax o a hacer algunas llamadas. Pero en cuanto podía, se bajaba el teléfono móvil y algunos documentos con los que trabajar y se iba con Josie, para echarle un ojo.

Josie se empeñó en seguir haciendo la limpieza de la planta baja y habría intentado hacer el resto, y la colada, si Sam no hubiera insistido en contratar a dos estudiantes para que cambiaran las sábanas, hicieran la colada y arreglaran las habitaciones cada día.

— ¿Y cómo sé que lo están haciendo bien? —se quejó el primer día —. Ni siquiera puedo supervisarlas.

—Yo tendré cuidado de que lo hagan bien.

—Vale, pero mira también debajo de las camas, que no queden pelusas. Y que las toallas las cuelguen derechas. Cada habitación debe tener flores frescas, dos pastillas de jabón, un bote de crema corporal, champú, y un cepillo para los zapatos.

Sam hizo una lista y la saludó en plan militar.

Ella le sacó la lengua.

Entonces, cuando estaba a punto de salir de la habitación, Josie lo llamó.

— ¿Y tu trabajo? ¿Cómo vas a dedicar tiempo al mío?

—Me las apañaré.

— ¿No te podría ayudar?

Él vaciló. Pero Josie lo miró tan esperanzada, con tanta buena

voluntad que él se encogió de hombros.

—Tal vez.

Era más sencillo, se decía a sí mismo la semana siguiente, dejar que Josie hiciera lo que pudiera para aliviarle del trabajo mientras él hacía lo que hiciera falta en el hostal.

Al principio Josie se mostraba tímida con las preguntas, pero cuanto más le contaba más interesada se mostraba ella. Sam descubrió lo mucho que disfrutaba compartiendo con Josie su entusiasmo por un artista o artesano en particular.

Cuando no estaba pintando el techo del porche, desatascando un lavabo o recibiendo a los huéspedes, volvía a la biblioteca a charlar con ella, a explicarle el cómo y porqué del negocio y a regalarle historias de algunos de los personajes que había conocido en sus viajes.

Josie se entretenía mucho y eso la ayudaba a olvidar que estaba confinada a una habitación. Él también se sentía bien y disfrutaba al verla contenta e interesada por sus cosas.

Quería enseñarle las tiendecillas que frecuentaba en Hong Kong y que conociera al marchante de arte de Bali.

Pero eso sería imposible, porque jamás la llevaría a esos sitios.

Su matrimonio duraría unos meses, no años; y era de conveniencia, no por amor. Él estaba allí para darle a su hijo un apellido, para ofrecerle a Josie apoyo moral en un momento difícil de su vida. También para darle una seguridad económica. No estaba allí para siempre.

Josie sabía que era tan solo una cuestión de tiempo. Quizá le quedaran semanas con Sam, meses tal vez, pero eso era todo.

Tan solo deseaba que su corazón se diera cuenta también.

Cada vez que lo veía se le aceleraba sin remedio. Sonreía más a menudo, sobre todo cuando él la abrazaba en la oscuridad de la noche. Incluso su imaginación empezó a traicionarla, haciéndole creer que él la amaba del mismo modo que ella lo amaba a él.

Era una estupidez, una locura, un imposible.

Se preguntó por qué, si no la amaba, iba hasta ella cada noche y la estrechaba entre sus brazos. Se dijo que Sam se sentía obligado a quedarse junto a ella por si acaso se ponía mala y tenía que llevarla al hospital a mitad de la noche. Pero Josie sabía que podría haber evitado, de haber querido, ese contacto continuo con ella; podría haberle dado respuestas breves a sus preguntas en vez de sentarse y contarle historias de Singapur, Chiang Mal, Hokkaido o Bali.

Entonces empezó a sentirse feliz y a tener esperanzas.

¿Si ella no le importaba, por qué se había disgustado tanto cuando bajó una tarde y encontró a Kurt tomando café en la cocina con ella? Se había quedado paralizado a la puerta, y al ver a Kurt la saludó con

cara de pocos amigos.

— ¿Qué diablos está él haciendo aquí?

Josie, que al entrar él estaba sonriendo porque Kurt le estaba contando algo divertido, se quedó sorprendida oír el tono de Sam.

—Ha venido a yerme, nada más.

—He venido a pedirle si podía mecanografiarme un escrito —dijo Kurt, como siempre franco y, aparentemente, ajeno a la reacción de Sam.

—No puede.

Kurt lo miró.

—Pero... acaba de decirme que sí.

—No lo hará.

—Pero...

Sam señaló los folios que había sobre la mesa.

—Devuélveselos.

—No me llevará mucho tiempo —protestó.

En realidad no le apetecía demasiado pasar aquel trabajo a máquina. Hacía más de un mes que no había visto a Kurt, pero tampoco lo echaba en falta. Sin embargo, percibió algo en el tono de Sam que le dio ganas de contestarle, O quizá de enterarse de lo que le pasaba.

¿Estaría celoso? No era posible, claro que...

—Devuélveselo —repitió Sam en voz baja, pero amenazadora.

Sam parecía cansado, nervioso e irritable; y listo para pelearse con Kurt.

Josie levantó los papeles y se los dio a Kurt.

—Lo siento —le dijo—. Creo que ahora no tengo tiempo.

Kurt miró a Josie y luego a Sam.

—Pero ahora no haces nada —dijo, confuso. Kurt no debería haber dicho eso.

Josie se levantó al ver que Sam iba hacia Kurt y se colocó entre los dos.

—Me parece que hay algo que Sam quiere que haga —le dijo a Kurt—. Ya sabes, te he dicho que ahora estoy trabajando con él.

—Sí, pero...

—Has sido muy amable al pasar a verme, pero tenemos mucho que hacer.

—Pero si acabo de llegar —protestó Kurt.

—Bueno, pues no te puedes quedar —Josie se colocó detrás de su silla, intentando tirar de ella para separarlo de la mesa y despedirlo.

— ¿Por qué no?

—Porque Sam y yo tenemos trabajo que hacer –dijo y le dio una patada disimuladamente en el tobillo.

— ¡Ay! —se agachó a frotarse el tobillo y Josie le dio una patada

en la mano.

Finalmente la entendió.

—Bueno, en realidad yo también tengo algo de prisa —la miró visiblemente enojado y se puso de pie.

—No te olvides de tu escrito —le dijo Josie con firmeza mientras lo acompañaba a la puerta.

—Eso, no vayas a dejártelo —dijo Sam en tono seco.

Kurt los miró a los dos y luego sonrió a Josie con aire esperanzado.

—Bueno, espero verte pronto.

—Claro —abrió la puerta y prácticamente lo empujó fuera.

—Nunca más —dijo Sam entre dientes.

Jamás había sentido deseos de despedazar, de poner un ojo morado ni de romperle los dientes a nadie.

Pero claro, siempre había una primera vez para todo.

¿Pero, por qué?, se preguntó Sam. No les había pillado en una situación comprometida; tan solo charlando en la cocina.

Pero Josie había estado dispuesta a pasarle a máquina un trabajo a Kurt; dispuesta a dejarle entrar de nuevo en su vida, a verlo de nuevo, a hablar con él. ¿Y luego qué?

Sam se prometió a sí mismo que no dejaría que las cosas fueran tan lejos. ¡Josie era suya! Al menos de momento.

Al borde del risco, Sam estaba con las manos embutidas en los bolsillos del vaquero.

Respiró profundamente y miró hacia la ciudad.

—De momento —dijo en voz alta—. Solo de momento.

¿Pero qué le importaba lo que hiciera ella?

En realidad, el suyo no era un matrimonio por amor. Josie no lo amaba más que él a ella. Era la frustración lo que le había hecho tirarse al cuello de Kurt Masters. La frustración sexual.

Necesitaba una mujer. Tenía una mujer; una esposa. Ese era el problema.

Capítulo 9

ELLA era la última persona a la que habría esperado oír cuando contestó al teléfono esa noche.

—La Mansión de los Escudos –dijo con seriedad.

— ¿Sam? –dijo una voz con incredulidad, seguida de una risilla— ¿Eres tú?

— ¿Izzy?

—C'est moi! ¿Cómo estás? Llevo una semana intentando localizarte. Luego decidí llamar a tu madre —hizo una pausa—. Me dijo que estabas en Dubuque.

—Estoy en Dubuque —le confirmó Sam.

De nuevo silencio. Sam sabía que Izzy no diría nada hasta que él le diera la noticia.

—Me he casado.

— ¡Eso fue lo que me dijo tu madre! ¡Qué estupendo! ¡Estoy tan contenta por ti!

Sin duda lo estaba. Conociendo la ingenuidad de Izzy, se jugaba el cuello a que ella pensaba que se había casado por amor, que él y Josie se habían enamorado tan rápida y apasionadamente como ella y Finn.

—Finn no me creyó cuando se lo dije —Izzy continuó con desenfado—. Hasta que le dije lo del bebé... ¡Ay, perdona Sam! —Izzy hizo una pausa, avergonzada—. Siempre meto la pata.

No era mi intención...

—Lo sé.

De otra persona lo habría esperado, pero sabía que Izzy no tenía una pizca de maldad.

De todos modos, no quería que la gente dijera que él y Josie se habían casado por el bebé...

aunque fuera verdad.

— ¿Y ahora Finn se lo cree? —le preguntó en tono seco.

—Sí. ¿Entonces es cierto? ¿Vas a tener...?

—Es verdad.

Se hizo silencio y luego Izzy dijo:

—No pierdes el tiempo, ¿eh?

—Con una vez es suficiente —dijo y al momento se arrepintió de haberlo dicho; no era asunto de Izzy el número de veces que se había acostado con Josie—. ¿Bueno, qué ocurre?

—Bueno, quería pedirte un favor. Y en realidad es una casualidad que estés en Dubuque. No podía creerlo cuando tu madre me lo dijo.

Volvía a ser la Izzy de siempre, charlando a toda prisa y con energía.

— ¿Cuál es la casualidad? —le preguntó—. ¿Qué favor quieres que te haga?

—Finn está buscando un hostal.
— ¿Finn quiere comprar un hostal?
—Por supuesto que no. Es para un catálogo. Tiene que hacer una sesión fotográfica en un hostal y alrededores. Necesita un escenario típicamente americano; algo así como la fiesta del cuatro de julio, con bandas de música y cenadores. Ese tipo de ambiente.
—Estamos en mayo.
—Ellos trabajan por adelantado —le dijo Izzy—. Es para la colección primavera verano del año que viene. Finn estaba intentando encontrar un sitio distinto; siempre los hace en Puget Sound, Newport, Jackson Hole y sitios así. La semana pasada me acordé del hostal de tu tía en Dubuque.
—Ahora es mi hostal —le dijo Sam.
—Muy bien. Sentí mucho lo de tu tía.
—Gracias. En realidad el hostal es de Josie —puntualizó Sam.
— ¿Es tu mujer?
Como aún no se había acostumbrado a la idea de que estaba casado, vaciló una décima de segundo.
—Sí –dijo con firmeza—. Es mi mujer.
— Bueno, ¿crees que a Josie le importaría alojarnos durante una semana? Alquilarían todo el hostal y lo mencionarían en el catálogo. Además, saldría en algunas de las fotografías. Sería una publicidad estupenda. Así la gente empezaría a saber de la existencia de Dubuque.
—No sabía que hubieras hecho un curso de relaciones públicas —Sam sonrió.
Izzy se echó a reír.
—Ya me conoces. Cuando se me ocurre una buena idea, voy hasta el final.
—Como Finn.
Se produjo un prolongado silencio.
—Sí, como Finn —otra pausa—. No estás enfadado por eso, ¿verdad, Sam? Dijiste que no.
¡Tú me lo enviaste!
Era cierto. No había querido, pero Sam Fletcher siempre jugaba limpio. Y sabía lo suficiente como para estar seguro de que no quería casarse con una mujer que quería a otro.
—Lo sé, lo sé —Sam se pasó la mano por los cabellos—. Y no, no estoy enfadado. Solo es que... —suspiró—. No lo sé. Me has pillado de sorpresa.
—Si prefieres que no vaya... Finn me dijo que seguramente no querrías verlo allí.
—No —se apresuró a decir Sam—. Me parece una idea estupenda —cuanto más pensaba en ello, mejor le parecía—. A Josie le vendrá

muy bien, así se distraerá. Le queda… Le queda un mes para que nazca el niño y lo está pasando mal. Tiene que tomárselo todo con mucha calma.

Izzy gimió.

—Sam, no es una tarea fácil tener la casa llena de huéspedes.

—Es más fácil si son las mismas personas durante esa semana —le dijo Sam con resolución

—. Y ella no quiere cerrar el hostal. Créeme, se lo he propuesto en más de una ocasión y se ha negado.

— ¿Entonces, estás seguro?

—Sí. Como tú bien has dicho, será positivo para el negocio.

—Mejor aún para cuando lo vendas.

Él frunció el ceño.

— ¿Cómo?

—Bueno, es decir, lo vas a vender, ¿no? O ella lo va a vender; tu esposa. No vas a mudarte a vivir a Dubuque para siempre —dijo Izzy con impaciencia.

Sam se golpeó la frente contra el marco de la puerta.

—No. Claro que no.

Él no se quedaría, pero Josie sí. Cerró los ojos, angustiado.

— ¿Cuándo quiere venir?

—El domingo.

Él se puso derecho.

— ¿Dentro de dos días?

—Eso es. ¡Dubuque resultará mucho mejor que cualquier otro sitio! ¡Nos divertiremos de lo lindo! Así te veré, conoceré a tu esposa, y…

—Eh, espera un momento. ¿Es que tú también vienes?

— ¡Pues claro! Y las chicas también —Izzy se refería a las sobrinas de Finn, Pansy y Tansy

—. Hemos pensado que nos vamos a tomar unas mini vacaciones todos juntos, como hicimos cuando Finn nos llevó a Jackson Hole. Solo que ahora los resultados serán mejores —Izzy dijo con pesar.

Sam se acordó de lo de Jackson Hole. Izzy había vuelto a casa y roto su compromiso con Sam.

—Izzy, no sé…

—Oh, lo pasaremos bien —le aseguró—. Te lo prometo. Estoy deseando conocer a tu esposa.

Venga, hasta el domingo entonces.

—Bueno… —Sam murmuró después de colgarle Izzy—. Estoy seguro de que ella también quiere conocerte.

Josie se aguantó las lágrimas que tanto deseaba derramar desde que Sam le había dado la noticia. Él le había dicho que tenía que darle una buena noticia. ¿Una buena noticia?

Debería habérselo imaginado.

Isabel iba a ir. Sam no la había olvidado para nada y a Josie eso el dolía.

¿Cómo se atrevía a invitar a la mujer que amaba y que había perdido, a que se quedara con ellos allí? ¿Acaso tenía la intención de ponerse a tontear con ella delante de las narices del marido de Isabel y de ella?

Probablemente. Se imaginó que Isabel resultaría mucho más atractiva. Josie se echó finalmente a llorar y para sus adentros maldijo a Sam Fletcher.

Aquella noche Sam no pudo entrar en la biblioteca sin llamar a la puerta porque Josie había echado el cerrojo. No había querido que la viera con los ojos rojos de haber llorado. Por fin la abrió pero con la luz apagada y se metió en la cama sin decir nada.

—Si no quieres que vengan —le dijo—, les diré que se vayan.

Y seguramente él se marcharía con ellos. Pero no podía pedirle que hiciera eso.

Además, no quería que se diera cuenta de que estaba celosa, ni de lo mucho que le importaba su persona.

—No te preocupes —le dijo en tono frío y le dio la espalda.

— ¿Estás bien? —le preguntó Sam mientras se metía en la cama y la abrazaba con ternura.

Josie tragó saliva y asintió con la cabeza porque no se fiaba de cómo iba a responderle la voz.

Pero no se encontraba nada bien. En absoluto.

A Josie no le costó imaginarse a Isabel Rule. Estaba segura de que la ex novia de Sam sería alta y esbelta, con las facciones de Audrey Hepburn y la sonrisa de la Mona Lisa.

Por esa razón le costó comparar esa imagen que se había formado de ella con la de la joven menuda y alegre que resultó ser Isabel. Primero le echó los brazos a Sam y luego se volvió hacia Josie muy sonriente.

—Así que tú eres la afortunada —dijo, dándole también un abrazo a Josie—. Yo soy Izzy. Me alegro muchísimo de conocerte.

Izzy le iba mucho mejor que Isabel. No era alta ni esbelta y tampoco tenía los pómulos marcados, como ella había imaginado. El hecho de conocer a Isabel y de ver que no era la típica mujer fatal debería de haber puesto a Josie de mejor humor.

Desgraciadamente no fue así; porque Izzy era una persona maravillosa. Era graciosa, dulce, considerada y generosa. Tenía a los técnicos, a los estilistas, a las modistas y a las modelos, locos con ella. Adoraba a sus sobrinas y se notaba a la legua que estaba locamente enamorada de su moreno e irresistible marido. Y, a pesar de ello, parecía tener también debilidad por Sam.

¡Izzy incluso parecía querer ser amiga de Josie! Y eso la molestaba

mucho más.

—Ven a sentarte conmigo —le dijo Izzy cuando Josie salió al porche el domingo al atardecer.

Había salido a ver dónde estaba Sam y esperaba no encontrarse con Izzy. Pero esta la vio, sonrió y la llamó.

—No puedo –dijo Josie, dando un paso atrás—. Tengo trabajo.

—Nada de trabajar –dijo Izzy con firmeza, dando una palmada sobre el asiento columpio donde estaba sentada—. Sam ha dicho que nada de trabajo. Me ha dicho que te ayude a distraerte, y para eso estamos aquí; para entretenerte.

— ¿Cómo?

—Siéntate —le ordenó Izzy—. Eso ha dicho Sam —añadió con firmeza, como si no hubiera más que discutir.

—Sam no me organiza la vida —murmuró Josie, pero salió y fue hacia donde estaba Izzy.

—No –dijo Izzy—. Es demasiado agradable.

— ¡No es agradable!

Le tocó el turno a Izzy de sorprenderse.

— ¿Ah, no? —estaba verdaderamente asombrada—. ¿Sam?

—Le gusta intimidar –dijo Josie y se sentó junto a Izzy.

Estaba de mal humor, porque le dolía la espalda y el bebé no dejaba de darle patadas.

En realidad, le iría bien sentarse un rato. Se retiró el pelo de la cara, deseando poder aparentar la tranquilidad de Izzy.

—Intimidar—repitió Izzy.

—Sí —corroboró Josie.

Miró al frente y vio a Finn con sus dos sobrinas gemelas jugando a la pelota en el césped que había delante de la casa. Sam y Finn habían sido reclutados para jugar con las chiquillas. Finn era el más atractivo de los dos hombres. Pero Sam...

—Sam no parece un bravucón.

Era cierto. El viento le revolvía el cabello castaño dorado y llevaba la camisa por fuera. Estaba jugando con Finn y las gemelas a lanzarse una pelota. Todos corrían de un lado a otro, reían y gritaban.

No, Sam no parecía ningún matón, pensaba Josie, tragando saliva.

Parecía un padre.

—Me gusta tu esposa —Izzy le dijo a Sam.

Estaban sentados en el asiento columpio del porche y ya se había hecho de noche.

Finn estaba en el salón ensayando algunas ideas con el representante de la empresa que editaría el catálogo. Las modelos estaban volviendo locos a los lugareños en el casino barco o en alguno de los locales nocturnos de Dubuque. Las gemelas dormían.

Josie también se había ido temprano a la cama. Sam la invitó a

sentarse con ellos en el porche para hablar un poco con Izzy. Pero poco después de la cena dijo que estaba agotada y se retiró a la biblioteca.

En ese momento Sam se volvió y miró hacia la ventana que daba al vestíbulo; la puerta de la habitación de Josie estaba cerrada a cal y a canto.

—A mí también me gusta.

—Pues claro —dijo Izzy, soltando una risita—. Por eso te has casado con ella —le sonrió.

Izzy hizo que el asiento se balanceara con suavidad.

—Por eso tenía que venir —dijo.

— ¿Para qué? —le preguntó él, frunciendo el ceño.

—Tenía que asegurarme que eras feliz —dijo—. Y veo que lo eres.

Él la miró.

— ¿Y cómo lo sabes?

—Es suficiente con mirarte a la cara.

¿Se le veía feliz? Sam estaba admirado.

—Estás nervioso —le dijo Izzy—. Todo esto es nuevo para ti y está claro que te has adelantado a los acontecimientos. Por eso te está costando un poco más aclimatarte a todo ello.

—Ah, sí –dijo Sam de manera inexpresiva.

—No intento mostrarme crítica. Finn no se mostró reticente, que digamos, cuando se trataba de la, esto..., la cama –dijo algo avergonzada.

Si hubiera oído ese comentario unos meses atrás, se habría sentido muy molesto. Pero en ese momento se quedó indiferente. Sam se encogió de hombros.

Izzy sonrió. Estiró el brazo y le dio una palmada en la rodilla.

—Bueno... Parece que todo ha salido bien, ¿no crees? Mi boda con Finn y tu matrimonio con tu Josie.

—No sé si es mi Josie.

—Pues claro que lo es –dijo Izzy, muy convencida.

Izzy lo tenía muy claro, pero también era una persona para quien todo era o blanco o negro.

De repente Sam decidió que no podía seguir allí hablando de ello. No se sentía a gusto hablándole a Izzy de su matrimonio; eso era algo de lo cual solo debía hablar con su esposa.

Y, aunque no pudiera hablar con ella, podría estar en la cama con Josie.

Se puso de pie, se estiró y bostezó ruidosamente.

—Estoy bastante cansado. Creo que me voy a dormir.

Izzy lo miró y sonrió.

—Eso es lo que tienes que hacer.

Sonrió de oreja a oreja al ver a Finn que salía a buscarla. Se puso

de pie, le dio la mano y miró a su marido a los ojos.

—Creo que yo voy a hacer lo mismo.

Josie se preguntó si Sam estaría deseando poder acostarse con Izzy.

Había entrado en el dormitorio mucho más temprano de lo que ella había pensado.

Estaba tumbada en la cama y había apagado la luz, pero no dormía. Pensaba en lo agradable que era Izzy y en lo mucho que le gustaría poder detestar a la ex novia de Sam; pero le resultaba imposible. Por otra parte tampoco se podía sentar con ellos en el porche a charlar.

Era preferible que lo hiciera Sam. Que se muriera de envidia y celos si tenía que hacerlo. Sencillamente, ella no quería presenciarlo.

Pero a los quince minutos de apagar la luz, se abrió la puerta de la habitación y entró Sam.

Lo oyó moverse con cuidado y se preguntó si quizá hubiera entrado a por algo y fuera a marcharse otra vez. No para acostarse con Izzy; se veía a la legua que esta estaba enamorada de su marido. Pero tal vez para no tener que dormir con ella.

Sam no se marchó. Se metió en el baño y al poco rato salió y se acostó junto a ella.

Josie se quedó inmóvil y aguantó la respiración, esperando a que di se diera la vuelta hacia el otro lado.

Al principio Sam tampoco se movió, pero pasados unos segundos se volvió hacia su lado. Le echó el brazo por la cintura, agarrándole la tripa con suavidad, y seguidamente la estrechó contra su cálido cuerpo. Por un momento Josie se puso tensa, pero enseguida se rindió.

Deseaba tanto aquello… A él…

Una lágrima se le resbaló por la nariz y cayó sobre la almohada. Josie rezó para que no cayeran más.

La despertó un dolor.

No era demasiado fuerte, solo continuo. Hacía tanto tiempo que sentía dolores que estaba acostumbrada ya. Se volvió ligeramente, aún entre los brazos de Sam.

Él no se despertó pero se volvió un poco para acomodarla. A la luz de la luna lo miró mientras dormía, con los labios levemente entreabiertos. Estaba bellísimo, bañado por aquella luz plateada, perfecto. Además, ni siquiera roncaba.

El dolor persistió, volviéndose de repente más agudo. Josie se movió de nuevo y en ese momento Sam abrió los ojos.

— ¿Qué ocurre? —dijo en voz baja y algo ronca.

A Josie le encantaba el sonido de su voz nada más despertarse.

—Creo que a lo mejor me ha llegado la hora.

Sam creyó que iba a desmayarse.

La otra vez cuando la había llevado al hospital, aguantó el tipo.

Pero cuando la oyó decir que iba a tener el niño, se puso muy nervioso. Se incorporó pero volvió a tumbarse de inmediato. Respiró profundamente cuatro o cinco veces, mientras Josie lo observaba asombrada.

—Lo siento —murmuró, incorporándose por fin—. Solo es que... ¿Viene ya?

Ella tragó saliva y asintió.

—Eso creo.

¡Dios mío, iba a ser padre! Y no en un futuro, sino inmediatamente. ¡Era cuestión de horas!

—Bien —se levantó a ponerse los pantalones y estuvo a punto de tropezarse y caer encima de ella—. No estoy preparado —murmuró—. ¿Acaso no teníamos que asistir a unas clases de preparación al parto?

—Yo las hice —le dijo Josie—. Fue antes de venir tú.

Sam se subió la cremallera de los tejanos.

—Bien. Al menos uno de los dos sabrá qué hacer.

Josie sonrió.

Sam no se había dado cuenta de lo mucho que le había hecho falta verla sonreír hasta ese momento.

¿La amaba?

Oh, Dios mío, claro que sí. No era el tipo de amor que había pensado que sentiría; no era como el sí espontáneo que había sentido al enamorarse de Izzy. Lo que sentía por Josie era más profundo que nada de lo que había sentido antes, y mucho más fuerte.

Era un amor nacido no de un momento, sino de cientos de pequeños momentos. Los recordaba todos:

Josie cuando era una adolescente llena de entusiasmo, callada pero atenta; Josie cuando era una joven, tierna y solícita; Josie nadando, Josie limpiando, Josie leyendo, Josie riendo, Josie acariciándolo...

Josie amándolo.

Amándolo.

Deseaba desesperadamente poder recordar más los momentos vividos aquella noche, sentir lo que había sentido, una y otra vez.

En ese momento la vio haciendo una mueca, mientras se llevaba la mano a la espalda.

Salió de su ensimismamiento, de vuelta a la realidad, a su esposa, que estaba sentada en la cama. Quería contárselo, decirle que la amaba.

Pero tenía miedo.

Tenía miedo de que ella no quisiera oírlo. No era lo que le había prometido cuando se casó con ella; el amor no fue nunca parte del trato.

Por eso cerró la boca y le tendió la mano.

—Vamos. Tenemos que ayudar a este niño a nacer.

Capítulo 10

EN SAM siempre podía una confiar. Josie estaba segura de ello. En esa ocasión tampoco la defraudó.

Sam se mostró sereno, controlado, responsable; tal y como ella había esperado.

Fingió estar nervioso. Pero luego, por supuesto, se hizo cargo de todo.

Le preparó la maleta. Llamó a Benjamín y a Cletus para asegurarse de que estarían allí para dar los desayunos por la mañana. También despertó a Izzy y Finn, sin importarle la hora que era.

Al rato, Izzy bajó a ver si podía hacer algo por ellos.

—Ocúpate de lo que haga falta —le dijo Sam mientras él y Josie salían al porche.

Mientras subían a Josie a la planta de obstetricia, Sam rellenó la hoja de admisión en la recepción. Cuando Sam llegó a la maternidad, Josie estaba en el paritorio y una enfermera que había a la puerta le impidió el paso.

—No ha asistido a las clases de preparación al parto —le dijo—. Son el requisito indispensable para poder entrar.

—Lo que quiera mi esposa es el único requisito que importa —Sam contestó sin rodeos; miró a Josie, que estaba tumbada sobre una camilla—. ¿Quieres que esté presente?

Josie asintió.

—Sí.

Sam pareció sorprendido, pero después él también asintió.

—Déjeme pasar —le dijo a la enfermera que, de no haberse movido, seguramente habría recibido un empujón por parte de Sam.

El nacimiento de un bebé era un suceso natural. Intelectualmente, Sam lo sabía. Pero aun así se preocupó sin poder evitarlo.

Le limpió la cara con un paño húmedo, le dio un masaje en los hombros e intentó respirar lenta y profundamente para marcarle el ritmo, tal y como el doctor le había aconsejado, según palabras de Josie. Era lo menos que podía hacer.

Tenía ganas de decirle que lo sentía.

El que dijera que las mujeres eran el sexo débil, no había estado nunca en un parto. Se maravilló de su paciencia, de su fuerza. Y la gracia con la que se entregó a todo el proceso inspiré en él un respeto que no hizo más que aumentar el amor que sentía hacia ella.

Josie era mucho más fuerte que él, mucho más valiente. Se dijo que, de haber podido, le habría ahorrado aquel trance. Claro que, de habérselo ahorrado, no estaría compartiéndolo con ella, ni estaría dándose cuenta del amor tan profundo que sentía hacia Josie.

Tampoco sabría de la satisfacción que experimenté cuando ella lo

miró, buscando su apoyo, cuando el médico dijo:

—Está bien. Vamos a ver si ayudamos a nacer a este niño.

Y si no hubiera estado allí cuando, colorado y cubierto de grasa, su hijo llegó al mundo, no la habría oído decir:

—Mira Sam, ¿no te parece precioso?

Sam miró al niño que Josie acababa de parir y luego a ella, que tenía el rostro lleno de sudor y lágrimas. En ese momento a él también se le escaparon un par de lágrimas.

—Precioso —dijo con voz ronca.

Pero no solo el niño. Ella también.

Josie pensó que había valido la pena.

Por nada del mundo se habría perdido tener aquel hijo a quien pusieron de nombre James Samuel Nolan Fletcher, pero a quien llamaban Jake. Además, era un bebé muy bueno.

—El mejor —había dicho su padre con firmeza.

Pero qué iba a decir Sam, que ya adoraba a su hijo.

También se había portado como un estupendo marido durante el parto, pues no se separó de ella ni un momento.

Después de dormirse el bebé, Josie se durmió también. Sin embargo, al despertar Sam ya no estaba.

La alegría que había sentido al dar a luz a su hijo se desvaneció. De repente se sintió sola y abandonada. Sam se había marchado, así de sencillo. Había llegado, la había ayudado, y luego se había marchado.

Miró a su alrededor de nuevo. No había señal alguna de la anterior presencia de Sam en su vida. Nada excepto Jake,

La realidad era que Sam se había casado con ella para darle al niño su apellido, se había quedado con ella los últimos meses de embarazo para ofrecerle su apoyo, y había prometido darle el hostal para asegurar su futuro.

Pero luego se marcharía. Y ella lo sabía desde hacía mucho tiempo.

Ese había sido el trato entre ellos. Ella y Jake se quedarían solos.

Sollozó y se enjugó las lágrimas que derramé con gran pena. No debía llorar; tenía que dar gracias por lo que tenía.

Se llevaron a Jake a casa cuando tan solo tenía dos días de vida. Al llegar, los huéspedes estaban en el césped delante de la casa, en medio de una sesión fotográfica. Josie vio los altavoces, las luces, los cables, las cámaras y la ropa; a las modelos y a los técnicos.

—Les diré que se vayan —le ofreció Sam.

—No. A mí no me molestan.

Cuanto antes terminaran, antes se marcharía Sam.

—Pero...

— ¡No! —dijo con severidad—. No podemos echarlos —añadió en tono conciliador—. Sería fatídico para el hostal.

Y eso era algo más en lo que tenía que pensar. Aunque él accediera

a ayudarla económicamente, no sería suficiente. Necesitaba cuidar del hostal, pensar en el negocio y hacer planes.

Sobre todo, cuando él se marchara.

Tras sus palabras, Sam la miró con dureza. Antes de que pudiera contestarle, Izzy y las sobrinas de Finn se acercaron a ver a Jake.

Exclamaron embelesadas al ver al bebé y a Josie. Sam, que no le soltaba el brazo, la llevó hasta el porche, donde la ayudó a sentarse en el asiento columpio con el niño en brazos.

Al momento, varias modelos y un estilista se acercaron a ver al bebé; incluso Finn y un par de hombres se sintieron obligados a llegar hasta el porche para felicitar a los padres.

Sam apretó los dientes, con cara de pocos amigos, como si quisiera echarlos a todos, pero no volvió a sugerirlo. Aun así, le propuso ir a la biblioteca a descansar.

—No —le dijo Josie.

No quería descansar ni estar sola, porque se pondría a pensar en la soledad que la esperaba a la vuelta de la esquina. Ya tendría tiempo suficiente para eso. Tendría años para contemplar la soledad de su vida sin Sam.

Josie se volvió, agradecida de que Finn le estuviera diciendo algo en ese momento. El marido de Izzy dio un paso atrás y le tiró una foto.

—Oh, Dios mío —dijo Josie, cubriéndose la cara—. A mí no, y menos ahora.

—No te preocupes —le dijo Finn con tranquilidad y sin dejar de hacerle fotos—. No voy a publicarlas en ninguna revista. Solo es que estoy empezando a darme cuenta de cómo la maternidad os hace a todas estar tan bellas —se volvió y le hizo una foto a su esposa, que se ruborizó.

— ¿Es cierto?

Todavía colorada, Izzy asintió y Finn miró a su esposa con tanto amor y ternura que a Josie le entraron ganas de llorar. ¿Por qué, Dios mío, no podía Sam sentir lo mismo por ella?

Estaba de pie junto al asiento columpio, dando golpecitos en el suelo con el pie.

Sabía que Sam la estaba mirando, lo sentía, pero no fue capaz de mirarlo en ese momento.

Sam sabía que la había perdido por el camino.

O tal vez, pensaba Sam mientras la ciudad desde lo alto del risco, no había sido suya jamás.

Solo se había casado con él porque la había dejado embarazada, no porque lo amara.

Lo había hecho porque era lo correcto, no porque deseara pasar el resto de su vida junto a él.

También porque él se lo había exigido, y eso era todo.

¿Entonces por qué le dolía verla tan retraída y callada?

Había visto esa reacción en ella al volver a la habitación del hospital, después de bajar a la floristería a comprarle un ramo de flores. Había esperado encontrarla durmiendo, pero Josie estaba despierta. En principio le había sonreído, pero al momento desvió la mirada, como huyendo de la suya. Luego, cuando le había dado el ramo, apenas silo había mirado.

Josie se empezó a comportar como si la presencia de Sam le fuera totalmente indiferente.

Lo cierto era que, después de darle su apoyo durante el embarazo y el parto, ya no lo necesitaba.

Tal vez nunca lo había necesitado.

Josie aún se estaba recuperando; aún lo necesitaba. Quizá un par de días más. ¿O

semanas quizá?

Al pensar en eso Sam se sintió algo más animado.

Josie notó que Sam estaba cada vez más distante con ella. Para empezar, no quiso volver a dormir en la misma cama. Parecía que después de volver del hospital con Jake y mudarse a sus habitaciones de siempre, lo de dormir juntos ya no era importante.

La primera noche subió, pero se quedó en la puerta mientras la observaba acostando a Jake. Sin embargo, cuando Josie se dispuso a meterse en la cama, él no la siguió. Se quedó donde estaba, miró al bebé, luego al suelo y finalmente a ella.

— ¿Estás bien? —le preguntó.

¿Qué se suponía que tenía que decir? ¿Acaso esperaba que se pusiera de rodillas y le pidiera que se quedara a su lado?

Ni hablar. Además, a él no le gustaría que hiciera eso.

Josie asintió.

—Estoy bien.

—Entonces te dejaré para que duermas —se metió las manos en los bolsillos de los pantalones y se dio media vuelta.

Josie se pasó la noche dando vueltas y al final no pegó ojo. En cuanto Jake gimoteaba, aunque fuera levemente, se incorporaba y lo sacaba del moisés, porque necesitaba acurrucarlo, amamantarlo y mecerlo. Lo hizo porque tenía que darle de comer, porque el niño la necesitaba.

Pero en realidad Josie necesitaba el calor de Jake tanto como él el de ella.

Miró al bebé que mamaba con avidez.

—Oh, Jake —le susurró—. ¿Qué voy a hacer?

El bebé comió y luego se durmió. Finalmente Josie también lo hizo en la mecedora, con el retoño en brazos.

Josie se despertó cuando alguien llamó a la puerta. Pestañeó y se

estiró. Era de día, pero aún temprano.

— ¿Quién es?

Se abrió la puerta y apareció Sam, con pinta de no haber dormido mucho más que ella.

—Se me ocurrió venir a relevarte. ¿Has dormido bien?

—Sí —mintió Josie.

Lo miró recelosa mientras él avanzaba hacia ellos. Hubiera querido tomarle de la mano y decirle que lo había echado de menos esa noche, que le habría gustado tenerlo a su lado, abrazándola. Pero bajó la vista y siguió meciéndose.

Sam se detuvo junto a la silla.

—No lo he oído llorar.

—Es que no le dejé.

—Entonces no has dormido mucho.

Alzó la vista y lo encontró mirándola.

—Supongo que ya me he adaptado a él.

—Debe de ser —Sam vaciló—. Dámelo. Lo pondré en la cuna otro rato.

Sam levantó al bebé en brazos y lo meció torpemente contra su pecho. Jake se movió y frunció el ceño. El padre lo miró con recelo y al momento el bebé empezó a gimotear. En vez de pasárselo a Josie, que era lo que ella había supuesto que haría, lo cambió de postura y se lo apoyó en el hombro, dándole palmadas en la espalda para tranquilizarlo.

Al ver la mano de Sam, Josie recordó esa misma mano acariciándole la espalda.

—Como estás con él voy a darme una ducha —dijo Josie, levantándose bruscamente.

Josie se quedó mucho rato debajo del agua, intentando calmar su ansiedad, pero al salir se sintió igual de angustiada que antes de darse la ducha.

Al entrar en la habitación y ver que el niño no estaba en la cuna, Josie se alarmó. Salió y bajó las escaleras con tanta prisa que al llegar al vestíbulo estuvo a punto de chocarse con Izzy.

— ¿Eh, adónde vas tan corriendo? —dijo Izzy sonriente.

—No sé donde está Jake. Sam iba a meterlo en la cuna y...

—Está con Sam.

—Pero Jake estaba dormido.

—Y sigue dormido —le dio la mano a Josie—. Ven conmigo —Izzy llevó a Josie al salón.

Allí, en el sofá, estaba Sam tumbado boca arriba y dormido como un tronco. Jake dormía sobre el pecho de su padre, con el pulgar en la boca y el culete en pompa.

Josie tragó saliva al contemplar la escena. No fue capaz de

pronunciar una sola palabra.

—Siempre supe que Sam sería un padre maravilloso —dijo Izzy—. Esa era una de las razones por la que quería casarme con él.

— ¿Y por qué no lo hiciste? —susurró Josie.

Izzy sonrió.

—Porque lo que teníamos no se puede comparar a lo que tengo con Finn, o a lo que Sam tiene contigo.

Josie abrió la boca para protestar, pero no pudo.

¿Cuánto tiempo podía seguir engañándose? ¿Cuánto tiempo podía fingir que ella lo necesitaba a su lado?

No por mucho tiempo.

Finn, Izzy y todo su equipo se marcharon al final de la semana. En cuanto lo hicieron, Josie volvió a trabajar con más ganas. En cuanto las habitaciones se vaciaron, empezó a llenarlas.

Aun así, Sam pospuso su partida. Josie lo miraba como si no le hiciera ninguna gracia que estuviera allí, pero como no le dijo nada, Sam se quedó.

El bebé era muy bueno: dormía mucho, comía bien, y los pocos ratos que pasaba despierto se limitaba a mirar a su alrededor y a emitir sonidos guturales. Cuando empezaba a llorar, Josie lo acunaba o lo amamantaba y luego seguía haciendo lo que hubiera estado haciendo antes.

Sam estaba de más, y lo sabía.

Rezó para que Josie le pidiera que se quedara, para que le dijera que lo necesitaba o, mejor aún, que lo amaba.

Pero ella no lo hizo. En realidad, apenas lo miraba y hablarle mucho menos. Estaba claro que deseaba que se marchara.

— ¿Oye, te acuerdas de mí? ¿Te suena Fletcher’s? ¿Y el señor Rajchakit? Necesita que vueles a Tailandia inmediatamente —le dijo Elinor en tono seco cuando lo llamó un día por teléfono.

Sam reflexionó y no encontró ninguna buena razón para no ir.

Ese mismo día, Josie estaba sentada en una mecedora al otro lado de la habitación con Jake en brazos, charlando con una pareja de profesores de una localidad cercana que habían ido a celebrar sus bodas de plata.

—Me marcho —Sam interrumpió a Josie y a los profesores. Entonces los tres se volvieron a mirarlo, pero él solo miraba a Josie.

—Tengo que tomar un avión a Tailandia esta misma tarde.

— ¡A Tailandia! Y esta tarde... —dijo la profesora—. ¡Desde Dubuque!

Sam no la estaba escuchando. Miraba a Josie y a Jake.

«Dime algo», le dijo Sam con el pensamiento. «Una palabra, una mirada», pensó.

Josie no se movió, ni siquiera se meció. Se quedó petrificada, como

una estatua.

— ¿A qué parte de Tailandia va a ir? —le preguntó la profesora con entusiasmo.

Pero Sam miraba a Josie, esperando que dijera algo. Rezando.

— ¿Has estado en Tailandia alguna vez, querida? —le preguntó la mujer a Josie.

Esta tardó un momento en reaccionar.

— ¿Cómo? —Josie parecía sobresaltada, confusa—. No... —dijo y se volvió a mirar a sus huéspedes—. Lo más probable es que nunca vaya.

A Jake le dieron los típicos cólicos de los lactantes, pero Sam nunca se enteró. Errol Flynn tuvo crías, pero eso también se lo perdió. Cletus se cortó un dedo con las tijeras de podar y las dos estudiantes se marcharon de vacaciones. Josie tuvo que encontrar otras dos, cosa que le costó mucho trabajo.

Claro que Sam no se enteró de nada de eso.

La llamaba cada día desde Tailandia, pero la conexión era muy mala. Todo resultaba de lo más extraño y penoso y cuando hablaba con él, Josie se sentía peor que si no hubiera llamado.

La llamó cuando volvió a Nueva York, desde donde la conexión era mucho mejor.

Pero no hablaban de ellos dos, sino del niño.

Josie siempre le decía que Jake estaba bien, aunque estuviera pesado o le hubiera dado un cólico.

— ¿Qué está haciendo?

Unas veces le decía que estaba durmiendo y otras que estaba mamando. Pero ninguna vez le dijo que estuviera llorando. Si se lo dijera, tal vez pensaría que no era capaz de arreglárselas sola.

Aun así pareció pensarlo.

—Podría ir si me necesitas —le dijo en una de las conversaciones.

—No. Oh, no…

Le echaba muchísimo de menos, pero peor aún sería verlo a diario y no poder acariciarlo ni besarlo.

Jamás hablaban de ellos mismos, solo de Jake; porque tan solo Jake importaba.

Josie se lo repetía a sí misma todos los días, cada vez que lo deseaba o lo echaba en falta. Lo pensaba por las noches, cuando se abrazaba a la almohada para poder dormir.

Lo único importante era Jake.

Pero, por mucho que quisiera convencerse de ello, sabía que no era cierto.

Sam también le importaba.

Iba paseando por Central Park y de repente se chocó con una persona.

Volvía a casa del trabajo, mirándose los pies mientras caminaba, pensando en las dos únicas personas que le daban sentido a su vida. Tan solo podía hablar unos cuantos minutos cada vez, y las conversaciones con Josie eran torpes, llenas de silencios y de preguntas. Hasta dentro de tres horas no podría volver a llamar y por eso estaba paseando. Entonces se topó con Izzy, que estaba patinando.

— ¡Ay!

Alzó la vista y la agarró antes de que se cayera.

— ¡Izzy! ¿Te encuentras bien?

No había vuelto a verla desde que ella y Finn dejaran el hostal, hacía ya más de un mes.

Ella se agarró a él para no perder el equilibrio.

— ¡Sam! ¡Qué casualidad! —le dio un sonoro beso en la mejilla y luego se retiró un poco para mirarlo mejor—. Tienes un aspecto horrible.

—Muchas gracias —dijo—. En cambio, yo no puedo decir lo mismo de ti.

Izzy estaba preciosa, radiante. A pesar de que aún no se le notaba, el brillo de sus ojos y de su piel la delataban. Conocía ese esplendor a la perfección; lo había visto en el rostro de Josie.

—No deberías estar patinando —le dijo—. Podrías hacerte daño.

—Voy bien protegida —dijo ella—. Lo dejaré cuando el médico me lo diga.

Las gemelas, que los vieron desde lejos, se acercaron a ellos.

— ¡Hola, Sam! ¿Dónde está Josie? ¿Y Jake?

—Eso —dijo Izzy, mirando a su alrededor—. ¿Dónde están Josie y Jake? ¿Cuándo habéis vuelto?

—Hace un par de semanas —se limitó a decir Sam—. ¿Cómo estáis vosotros?

—Muy bien. Me alegro que hayáis vuelto. Tengo muchas ganas de ver a Josie y charlar con ella, porque tengo una sensación muy rara en el vientre y creo que podría ya tratarse del bebé.

Sam bajó la mirada.

—Josie está en Dubuque –dijo.

— ¿En Dubuque? ¿Por qué? ¿Es que aún no habéis vendido el hostal?

—No vamos a venderlo —dijo, aún sin mirarla.

—Entonces Josie está enseñando a alguien cómo llevar el negocio antes de venirse, ¿no?

—En absoluto. Josie se va a quedar allí.

Izzy lo miró con los ojos como platos; luego los entrecerró y ladeé la cabeza.

— ¿Qué quieres decir conque se va a quedar allí?

—Lo que he dicho, y ya está. Nosotros... Esto, no estamos juntos.

— ¿Y por qué no?

Él frunció el ceño.

— ¡Izzy! ¡Maldita sea! ¡Esas cosas no se preguntan!

Ella puso los brazos en jarras.

— ¡Me gustaría saber por qué no! Me parece una pregunta de lo más razonable, dado que hace un mes erais inseparables.

— ¡Entonces estaba embarazada! ¡Me necesitaba!

— ¿Y ahora no? –dijo Izzy con sarcasmo.

Sam apretó los dientes.

—No, maldita sea; no me necesita.

— ¿Una mujer con un bebé recién nacido, tres gatos, un perro, un par de viejos y un hostal de veinte habitaciones no necesita ayuda?

—No la mía –dijo con obstinación.

— ¿Te ha dicho eso?

—Sí —susurró.

—No me lo creo —hizo una pausa, pensándoselo—. O quizá sí.

— ¿Qué quieres decir?

Izzy ladeó la cabeza y lo miró.

— ¿Le has dicho alguna vez que la amas?

Sam se encogió de hombros, pero no contestó. Eso, aparentemente, fue suficiente respuesta.

— ¡Sam...! —gimió Izzy con exasperación.

—Ella no querrá oírlo —discutió—. ¡Josie no quería casarse conmigo! Yo la obligué a que lo hiciera.

—Pero no la obligaste a hacer el amor contigo cuando la dejaste embarazada, ¿verdad?

Sam la miró, horrorizado.

— ¡Por supuesto que no!

—Bueno, ¿entonces por qué crees que lo hizo?

Sam sintió que se ponía colorado. No deseaba explicar las circunstancias de esa noche a nadie... ¡Y menos aún a Izzy!

—Habíamos estado bebiendo —dijo—. Los dos estábamos pasando un mal momento. Lo tuyo, lo de Kurt... ¡No lo hizo por amor!

—Sam —le dijo Izzy con expresión de disgusto—. ¿Cómo puedes ser tan idiota?

Capítulo 11

SAM Fletcher siempre había poseído el coraje que le daban sus convicciones, la determinación que acompañaba el saber que estaba haciendo lo correcto, dando el paso más inteligente. Con sus negocios jamás se echaba atrás, arriesgando lo necesario, sin amilanarse ante nada.

¿Entonces por qué no se iba directamente a Dubuque y se enfrentaba a Josie, mejor dicho, le preguntaba a Josie si lo amaba y le decía que la quería?

¿Por qué había pasado más de una semana y todavía no había ido? No era capaz de dar ese paso.

—No puedo creerte —lo criticó esa tarde en el parque—. ¿Estás ciego? Josie esta loca por ti.

—No –dijo Sam.

No lo estaba. ¿O sí?

Después de observar a Josie detenidamente, no había visto en ella ningún indicio de que lo quisiera.

Claro que, como no tenía nada, cualquier cosa podría ser mejor. Temía que Josie le partiera el corazón. Y era, aunque eso no se lo había dicho a Izzy, porque ya lo habían rechazado en una ocasión.

Había creído estar enamorado cuando se prometió a Izzy, y que ella estaba enamorada de él. Pero lo que tuvieron no soportó el reto de Finn. Y aunque la dejó marchar sin armar ningún alboroto, lo cierto era que le había hecho mucho daño.

Pero si Josie lo rechazara, si le dijera que no lo amaba, jamás se recuperaría. Quizá si le diera espacio y tiempo, Josie llegara a amarlo. Pero podría llevarle años.

Aun así, siguió sin ir; pero llamaba todas las noches.

— ¿Cómo está Jake? —le preguntaba. ¿Me amas? ¿Me echas de menos? ¿Si te dijera que te amo, te importaría?

Lo que Sam deseaba era que ella le respondiera a las preguntas a las que no se atrevía a dar voz. Y cada noche colgaba el teléfono sintiéndose más solo y vacío.

—No entiendo por qué Josie está en Dubuque —le dijo su madre otro día, mirando a su hijo con cara de pocos amigos—. Tampoco entiendo por qué la dejas estar allí sola.

—Josie tenía su vida antes de casarse conmigo —le contestó Sam. No era una respuesta adecuada, pero no tuvo valor de contarle a su madre la verdad.

—Sabes —le dijo Elinor, su secretaria, mientras colocaba un montón de mensajes telefónicos que Sam ni siquiera se había molestado en contestar—. Si me enterara de que en Dubuque hay una industria de donaciones humanas, diría que han fabricado un clon

tuyo y han enviado el incompetente a Nueva York.

Sam la miró sin verla.

— ¿Qué?

—Digamos que eras mucho más eficiente cuando estabas empapelando con una mano y llevando la empresa a través del teléfono con la otra. Vete a Dubuque, Sam; vuelve con tu esposa y tu hijo.

Lo haría, pensaba mientras dejaba el correo sobre la encimera de la cocina de su ático de lujo de la Quinta Avenida, si supiera que Josie lo deseaba del mismo modo que él a ella.

Suspiró y empezó a separar las cartas de los folletos publicitarios que cada día metían a decenas en los buzones. Entonces vio un sobre con su nombre escrito a mano. Lo abrió y de él sacó una foto con una nota que decía:

Finn dice que a veces una imagen vale más que mil palabras.

Era una de las fotos que Finn había sacado aquella tarde en que habían llevado a Jake a casa. Estaban en el porche, Josie sentada con el bebé en brazos y Sam de pie a su lado.

Josie, sin embargo, no miraba al bebé; estaba mirando al hombre que estaba junto a ella.

El hombre era él.

Recordó el momento. Él había estado mirando a Jake, deseando tener el valor de mirar a su madre, de decirle lo mucho que la amaba. Pero no lo había hecho.

Entonces se fijó en la madre del bebé y en cómo lo miraba.

No recordaba haber visto nunca a Josie mirándolo así; jamás había percibido aquel tierno anhelo en su mirada; anteriormente nunca se hubiera atrevido a imaginar aquella expresión de nostalgia. ¿Sería real? ¿O acaso Finn era muy buen fotógrafo?

Josie estaba con los brazos metidos en un enorme cuenco lleno de queso crema, manzanas picadas, canela y pasas, y rezando para que Jake no se despertara hasta que hubiera terminado de mezclar el relleno de las tortitas de la mañana siguiente. Llevaba todo el día bastante pesado.

—Está echando los dientes —le había dicho Benjamín.

—Solo tiene seis semanas —Josie señaló.

Benjamín y Cletus adoraban a su nieto honorario, como lo llamaban ellos, que, según decían estaba más adelantado que el resto de los niños de su edad.

Fue al office, donde lo tenía acostado en el carrito para vigilarlo mientras trabajaba y vio que afortunadamente seguía dormido.

Estaba con las manos todas llenas de queso crema cuando el bebé empezó a lloriquear.

A los pocos segundos el llanto se hizo más persistente y finalmente

empezó a berrear, como queriendo decir que tenía hambre.

— ¡Ya voy cariño! —canturreó suavemente, agarrando el cuenco con los antebrazos y llevándolo hasta el office.

Jake siguió llorando.

—Ya voy, espera —se volvió para poner el cuenco sobre una mesa y fue entonces cuando se chocó con un torso fuerte y masculino.

— ¿Qué le pasa al niño?

Abrió la boca y volvió a cerrarla. ¿Sam? ¿Allí?

Le quitó el cuenco de las manos y lo colocó sobre la encimera.

— ¿Qué le pasa? —preguntó de nuevo, estirando el cuello para mirar hacia el carro donde estaba el niño.

—Esto... Tiene hambre —farfulló Josie—. Tengo que darle de comer.

—Pues lávate las manos.

—Sí... ¿Qué haces tú aquí?

Él no contestó y fue a levantar en brazos al bebé.

—Dios mío, ¡cómo ha crecido! ¡Está el doble de grande!

—Es lógico —dijo Josie mientras se lavaba las manos—. ¿Qué haces aquí? —volvió a preguntarle.

—Estoy con mi hijo —Sam se apoyó al bebé sobre el hombro y le acarició la espalda.

Josie entro en la cocina y al poco lo hizo Sam con el bebé; él la miraba, como esperando a que se sentara en la mecedora. Lo hizo, después lo miró, pero no le pasó al niño; se quedó allí esperando.

Josie se abrió la blusa con timidez y extendió los brazos, aún sin mirar a Sam.

Sam le pasó al bebé, que se enganchó al pecho con avidez.

Entonces Sam se agachó junto a la mecedora.

— ¿Qué pasa? –dijo Josie, sin mirarlo.

—Te quiero.

Ella alzó la cabeza, como movida por un resorte. Quizá no lo hubiera oído bien; tal vez lo hubiera soñado. Frunció el ceño.

—No —él le acarició la frente.

— ¿Que no haga el qué? —le dijo enfadada, sacudiendo la cabeza para librarse de sus caricias.

—No pongas esa cara; no me rechaces, por favor –dijo con voz queda—. No me pidas que me vaya.

Ella sacudió la cabeza, confusa, desesperada.

— ¿De qué estás hablando?

—De nosotros.

— ¿Nosotros?

—Sí. Quiero que estemos casados de verdad –dijo, sin dejar de mirarla ni un momento.

—Tú no me amas —argumentó Josie, que no quería albergar

esperanzas vanas.

—Te amo.

— ¡Pues antes no me amabas!

—Ahora sí. Llevo amándote desde hace... Maldita sea, no sé hace cuánto tiempo. Soy un poco duro de mollera, supongo —sonrió con pesar—. Sabía que me estabas volviendo loco, pero no me di cuenta de que era amor hasta que te pusiste de parto.

— ¿Hasta que me puse de parto? ¿Qué pasó entonces?

—Sentí la necesidad de hacerte sonreír.

Era algo tan sencillo, y tan ilógico al mismo tiempo, que Josie no lo dudó. Se echó a reír, tragando saliva al tiempo para no ponerse a llorar.

— ¿Y por qué no me lo dijiste? —le dijo, con voz temblorosa.

Él esbozó una medio sonrisa.

—No creí que me amaras.

—Pero...

—La verdad es que nunca me lo dijiste.

— ¿Tenía que hacerlo? ¿Cuando estabas pensando en otra mujer?

Sam hizo una mueca.

—Izzy me dijo que era un imbécil.

— ¿Lo has hablado con Izzy?

—No tuve que hablarlo con ella —dijo Sam con pesar—. Fue ella la que me lo dijo a mí.

— ¿Y le creíste?

—Quise creerle, pero tenía miedo. Luego me envió una foto.

Se puso de pie y sacó la cartera del bolsillo trasero del pantalón. Entonces extrajo una foto y se la pasó.

Josie miró a la mujer que aparecía en el retrato. No tenía idea de que sus sentimientos hacia Sam fueran tan aparentes. Agaché la cabeza y estudió los suaves cabellos de Jake, entonces le acarició la mejilla. Sam extendió el brazo y le tomó de la mano.

—Me quieres —susurró, lleno de miedo y esperanza.

Josie alzó la cabeza y lo miró.

—Sí –dijo en voz baja—. Desde hace años.

— ¿Años? —Sam parecía indignado.

—Desde que te vi por primera vez aquel verano, cuando era la encargada de la limpieza del hostal. Para mí tú eras mi prototipo de hombre ideal.

Sam resopló, como si estuviera algo avergonzado.

—No tenía idea.

—Eso me pareció —dijo Josie.

—Ibas a casarte con Kurt.

—Y tú estabas prometido a Izzy —le recordó—. Me equivoqué al prometerme a Kurt. Eso lo sé ahora. Yo no era la mujer ideal para él.

—Ni él el hombre adecuado para ti.

—Es cierto —accedió Josie—. Supongo que me habría dado cuenta de ello antes de cometer alguna locura.

Sam vaciló.

— ¿No te pareció una locura acostarte conmigo? —preguntó tímidamente.

—Oh, no —Josie sacudió la cabeza y lo miró a los ojos, esperando que pudiera leer los sentimientos a los que aún no había dado voz—. Lo volvería a hacer —le dijo y sonrió.

—Por Jake.

Lentamente, sus miradas se encontraron. Josie sacudió la cabeza.

—No solo por Jake. Por ti.

Entonces Sam se acercó a ella y empezó a besarla. Se apartó de ella y, poniéndose de pie, sacó otra foto de la cartera. Era de Sam, mirando a su mujer y a su hijo con una expresión en los ojos similar a la de Josie en la otra foto. Josie la miró y luego miró a su marido, que le sonreía.

—Es para ti —le dijo—. Para que nunca olvides lo mucho que te quiero.

— ¿Crees que a Hattie le importará que vendas el hostal? —le preguntó Josie a la mañana siguiente, mientras se abrazaban juntos en la cama.

—Me parece que eso es exactamente lo que Hattie tenía en mente cuando me lo dejó –dijo Sam—. La verdad es que estoy convencido de que Hattie orquestó todo esto.

— ¿Y el perro y los gatos?

—Podríamos venderlos también.

— ¡No! —Josie quiso incorporarse, pero él tiró de ella y la estrechó contra su cuerpo—. No podemos —repitió Josie—. Son de la familia.

—Está bien. Nos los quedaremos —dijo Sam, que después de amar a Josie y de ser amado durante toda la noche, estaba de acuerdo con casi cualquier cosa.

— ¿Y Benjamín y Cletus?

— ¡Con ellos no nos podemos quedar!

—Pero se sentirán solos.

—Pueden venir a vemos cuando quieran.

—Querrán ver crecer a Jake.

—Vendremos a verlos, te lo prometo.

Josie sonrió.

—Bien. Me gustaría venir a menudo. Los voy a echar de menos y el hostal también. Voy a echar de menos Dubuque.

— ¡Dubuque no nos lo llevamos!

Ella se echó a reír.

—Sam, te quiero.

Él se colocó encima de ella y la miró a los ojos.

—Yo también te quiero.

—Demuéstramelo.

— ¿Otra vez?

Ella le acarició la oreja con la punta del dedo, haciendo que Sam se estremeciera.

—Bueno –dijo Josie, sonriendo con picardía—. Si no quieres...

Él también sonrió.

—Creo que sí, señora Fletcher. En realidad —le dijo mientras empezaba a besarla—, no se me ocurre nada que me apetezca más.

FIN